

I Certamen Internacional Sopena
RELATOS CORTOS

La oportunidad de superarte



DOLORES
SOPENA
FUNDACIÓN

I CERTAMEN INTERNACIONAL SOPEÑA DE RELATOS CORTOS
“LA OPORTUNIDAD DE SUPERARTE”

I Certamen Internacional Sopena
RELATOS CORTOS

La oportunidad de superarte



No puedo vivir sin proyectos.
DOLORES SOPEÑA

© 2022
FUNDACIÓN DOLORES SOPEÑA
Francisco de Rojas, 6. 28010 MADRID

Coordinación
Cristina Buenvarón, CS
Esther Navarro Rosinos, Responsable de Comunicación

Diseño y maquetación
koldofuentes.com

Índice

Presentación	15
PRIMERA CATEGORÍA	
Primer Premio	
Nicolás y la oportunidad de superarse FRANCISCO TORO ROSA	23
Segundo Premio	
Nunca dejes de superarte ALICIA NEVADO BERMEJO	31
Otros participantes	
Cómo viví en la pandemia ADRIANA ESPEJO LOZANO	37
Niña sin brazos y sin piernas ÁLVARO CORREA FLORES	41
Universo intenso ÁNGEL ORTEGA CARRASCO	46
La liga de la superación BÁRBARA RODRÍGUEZ CORTÉS	51

El sueño que se creía perdido DAVID CALDERÓN CHAMORRO	56
Yo puedo, yo quiero y lo lograré IGNACIO HORTAL CABANILLAS	61
La niña nueva IRENE SECO DE HERRERA CALDITO	65
El Equipo JI ZHEYU	70
Jorge y Luis JOSÉ SARDIÑA MONSERRAT	75
Como la vida misma MARTA ESPINOSA LÓPEZ	80
El camino del cambio: un paso a la vez NICOLÁS TORVISCO ABRIL	85
Ricardo SANDRA GARRIDO MARTÍN DE LA VEGA	89
SEGUNDA CATEGORÍA	
Primer Premio	
La respuesta está en el camino ERIC ALBACETE	97
Segundo Premio	
Mi historia de superación LIAM HERNÁNDEZ MAGISTRETTI	105

Otros participantes

La oveja negra ANELÍS ASCANIO DELGADO	113
Moda en París ANTONELLA LARA	118
Apocalipsis Zombie ANTONELLA YAMILET MONTES SANTA CRUZ	123
Historia de superación de una mujer maltratada ARIADNE SEGURA SUÁREZ	128
José AROA VILLARREAL	133
La grandeza humana de Enrique CHARLYNE ITCHON	138
Una sola persona contra un montón de dragones DANAYARA CÉSPEDES ROJAS	143
Mi abuela y su historia de superación DAVINIA DE CASTRO FERNÁNDEZ DE LA PUEBLA	149
Superar tu miedo para seguir luchando GINGER DOMÍNGUEZ	154
Mi historia de superación IAN PASCUAL	159
Escalando JOSÉ MANUEL ASENSIO	164
Cris y Marcos JULIA CUBELLS, SARA BACALE, BRYAN LÓPEZ	170

La mudanza		
LUCA MARTÍN CAÑO	176	
La derrota de los Petrov		
LUKA MTCHEDLURI	181	
La estrella		
MARÍA FERNANDA PASACHE	186	
Una mujer vestida de leona		
MICHELLE MANOBANDA GUAMAN	191	
Meriendas en la residencia		
MONTSERRAT GINFERRER ROJAS	196	
La superación de Dylan Rodríguez Moreno		
LUCÍA DE SOLA FARRÉ Y NICOL LOOR PALMA	201	
Pepa y el jarrón de oro		
PABLO FERNÁNDEZ CASTILLO	205	
Robert		
ROWAN BERENICE MARTÍN NAVARRO	210	
Pamey Micalas		
YAMILET GUTIÉRREZ, MISHCHA MAGAWAY, PAULA ORDÓNEZ	215	

TERCERA CATEGORÍA

Primer Premio

Su nuevo yo		
MARÍA TERESA FUREST AYCART	223	

Segundo Premio

Miradas de superación		
Ex aequo SERVANDO HERMOSA CORDÓN	231	

Un personaje de Vallecas		
Ex aequo BENJAMÍN GARCÍA ESTEBAN	239	

Otros participantes

Viaje a la vida		
ALBERTO ARCINIEGA GARCÍA	247	

Mi experiencia de superación		
ALEJANDRA ECHAVARRÍA SARMIENTO	252	

Obstinación		
CARLOS MAURICIO PÉREZ GÓMEZ	257	

El sueño de tres amigos		
DJIBY DIAGNE	262	

Ilusión		
FABIÁN PÉREZ GÓMEZ	267	

Dos caras		
GLORIA GÓMEZ ABAD	272	

Volver a lo que amo		
GRACIELA FILOMENA SICALI	277	

El aroma de cristal		
IDAIRA TORRES	282	

Una historia de superación		
LUZ MARCELA MERCADO ARISPE	288	

Dolores Sopeña	
OLGA LUCÍA GARCÍA CASTRO	293
Una chica de África	
PRISCILIA PARDÓN AMANKHIAN	297
Superarme... Superarnos	
ROSALÍA PIZARRO VENTURA (PSEUDÓNIMO)	302
Mujer con 17	
YILBER JOSÉ MORAGA ARAGÓN	307
El lugar donde descubrí mis talentos	
ZULLY PATRICIA BERNAL VILLA	311

Presentación

La convocatoria del I Certamen Internacional Sopeña de Relatos Cortos “La Oportunidad de Superarte” ha surgido con motivo de la Celebración de los 120 años de la constitución de la Fundación Dolores Sopeña.

El sueño de Dolores Sopeña, nuestra fundadora, nació de la búsqueda de mejorar la vida de las personas, concretamente de aquellas personas adultas (en el vigor de la vida), de familias trabajadoras que, con casi total seguridad, no habían tenido muchas oportunidades de una formación integral.

Este anhelo se continúa plasmando en la vida y en la misión de los Centros Sopeña en el mundo, materializada en nuestra propuesta educativa y alimentada con valores como la acogida, el respeto, la fraternidad, la solidaridad, el salir al encuentro, ... y la promoción, para dar siempre lo mejor de nosotros.

Conscientes de que la creación y la expresión artística, y concretamente la literaria, son parte de la formación integral que planteamos, la convocatoria de esta primera edición del Certamen tiene un doble objetivo.

Por una parte, fomentar y dar todo el lugar a la expresión artística, a través de la expresión escrita, a cada uno de los miembros de nuestra familia Sopeña. Es decir, se concibe abierto a la participación de todas aquellas personas, relacionadas de alguna manera con los espacios de acción Sopeña.

Y por otra, y teniendo en cuenta que lleva como lema “La Oportunidad de Superarte”, dar visibilidad a todas las historias de superación reales o ficticias que se producen o se inspiran en el día a día de esos espacios de acción.

Recogiendo en este sencillo libro, y a la vez de gran significado, esas historias en forma de relatos, estamos constatando que el sueño y la labor de Dolores Sopeña siguen más vivos y vigentes que nunca en todo el mundo. Sirva el libro como homenaje a esta mujer excepcional.

Con su lectura se percibe que, al escribir cada palabra, cada frase y expresión, los autores han puesto el corazón para conseguir transmitir lo que viven en los centros y para que cada vez más personas conozcan nuestra Fundación y se beneficien, a través de ella, de la formación integral que ofrece. Celebremos y agradezcamos juntos este logro.

El I Certamen y los relatos ponen en valor lo más valioso de la Fundación: cada persona que la integra, como un ser individual, merecedor de las más alta dignidad y consideración.

En las páginas siguientes podréis disfrutar de verdaderas experiencias de superación, conmovedores testimonios en los que, cada persona, afronta dificultades ficticias o reales.

El Jurado ha destacado la calidad humana y literaria de los relatos y la emoción que nos han producido los autores y las autoras a través de las historias de superación que nos han transmitido. Historias muy personales, de superación física, de valores, de acompañamiento y de retos. Historias de amistad y de reencuentros. Historias de agradecimiento a Dolores Sopeña y su labor perdurable. También historias muy literarias.

Mi agradecimiento y mi felicitación a todos los escritores que han participado en esta primera edición y la hago extensiva a todos los que sabemos que se animarán para los próximos certámenes.

MIRYAM ÁVILA
Presidenta Internacional
Fundación Dolores Sopeña

PRIMERA CATEGORÍA:

Segundo ciclo de Primaria o entre 9 y 11 años de edad.

SEGUNDA CATEGORÍA:

Secundaria o entre 12 y 16 años de edad.

TERCERA CATEGORÍA:

a partir de 17 años de edad

PRIMERA CATEGORÍA

Primer Premio

Nicolás y la oportunidad de superarse

Francisco Toro Rosa

Había una vez un niño llamado Nicolás, al que no le iba muy bien realizando las tareas de Educación Artística. Una vez dibujó una vaca de color verde y con manchas azules; en otra ocasión, dibujó un jarrón totalmente deformado. Esto le hacía pensar que no podía hacer nada de nada bien. ¡Era tan torpe! Siempre se reían de él en esa clase. Sin embargo, lo peor era que no tenía amigos en el colegio.

Nicolás era rubio, alto y delgado, con brazos débiles, ojos azules, uniforme color granate y naranja con el símbolo Sopena. Era amable, juguetón, torpe, miedoso, pero tenía un gran corazón. Su afición era jugar baloncesto, deporte que le enseñó su abuelo. También, jugaba fútbol en el colegio, aunque no era tan bueno. En realidad, quería que alguien se fijara en él y se convirtiera en su amigo.

Un día, llegó un chico del extranjero llamado Juan, que era muy amable, y estaba muy contento de estar en el Colegio Sopena Badajoz. Cuando llegó la hora del recreo, se encontró con Nicolás y le preguntó:

—Hola, ¿cómo te llamas?

Nicolás, asombrado por esta pregunta, respondió inmediatamente.

—Nicolás, me llamo Nicolás.

—¿Dónde están tus amigos? —preguntó intrigado Juan.

—No tengo amigos.

—¿Y por qué no tienes amigos? —le volvió a preguntar Juan con mucha extrañeza.

—Porque soy torpe y malo en Plástica.

—Pues yo te ayudaré. ¡Nadie debe sentirse ni estar solo!

Después de las clases, se reunieron en la casa de Juan, que era muy lujosa y espaciosa, pero eso no le interesó a Nicolás, porque lo que quería era aprender a realizar mejor los trabajos de Plástica. Fue increíble darse cuenta de que en una tarde divertida había mejorado haciendo nuevos dibujos que, aunque no eran perfectos, eran mejores que la vaca y el jarrón.

Otra tarde, Juan y Nicolás realizaron juntos una tarea que consistía en un círculo cromático con colores cálidos: rojo, amarillo, naranja etc.; y colores fríos: azul, verde, violeta, morado, etc.

Cuando por fin tuvieron la clase de Plástica, la “señorita” se sorprendió del trabajo entregado por Nicolás y le dijo:

—¿Cómo has mejorado tanto Nicolás? Estoy sorprendida.

—Con la ayuda de Juan, que me ha enseñado, que es amable y cree en mí; además, juega conmigo y comparte su merienda cuando se me olvida y yo también lo hago con él. ¡Es el mejor! ¡Nos hemos vuelto súper amigos!

La señorita sonrió de alegría y le asignó un nueve al trabajo realizado por Nicolás.

En el recreo, Juan y Nicolás planearon hacer los deberes rápido, porque así jugarían el tiempo que les sobrara; y eso hicieron. Les ayudó que la tarea era facilísima: dibujar un balón con sombra. Luego de hacerla, jugaron videojuegos, al “pilla-pilla” y al cementerio, con otro par de amigos suyos.

El viernes, fueron al colegio y acordaron encontrarse el sábado para realizar las tareas del lunes, pero esta vez donde Nicolás. La casa de Nicolás era más pequeña, estaba un poco sucia y tenía una gata llamada Puntitos, porque tenía puntitos negros. Aquella tarde invitaron a muchos niños y niñas de la clase, aunque solo fueron dos.

¡LO PASARON PIPA! Comieron pizza con refrescos; jugaron al pollito inglés y al escondite; merendaron unos batidos de fresa, chocolate y vainilla; y se hicieron una pandilla formada por Nicolás, Lucía, que era una nueva integrante, y Juan y Sergio, también nuevo.

Estaban jugando con fuego, pasándolo genial y de repente recordaron que se les había olvidado una tarea. Sergio comentó que tenían que dibujar un cuadro con un paisaje. Todos lo hicieron. Lucía acabó antes su cuadro; dibujó una sabana africana. Sergio dibujó un iceberg parecido al del Titanic. Juan dibujó una selva con leones y panteras. Finalmente, Nicolás dibujó un campo de flores un poco mal dibujado, pero bueno, ¡era Nicolás, así que no importaba!

El domingo, se encontraron de nuevo para estudiar y jugar. Esta vez no estaban ni Lucía ni Sergio, pero Nicolás sentía que tenía amigos y que, aunque era torpe, los demás lo apreciaban por su buen corazón.

Pasó el verano y comenzaron sexto de educación primaria. Si quinto era difícil, ¡cómo sería sexto! Nicolás estaba asustado, porque pensaba que iba a ser una tortura. En los primeros exámenes de las asignaturas Lengua, Mates, Ciencias Naturales, Ciencias Sociales y Plástica, todos estaban atemorizados.

Sin darse cuenta, fue pasando el curso y la amistad de Juan y Nicolás continuaba. Jugaban al pollito inglés con Sergio y Lucía, y al escondite con toda la clase. Toda la clase se la picaba, pero Juan y Nicolás no, ¡porque se habían escondido en unos arbustos que estaban por las esquinas del patio del colegio!

Nicolás estaba muy contento y se sentía muy agradecido, porque gracias a Juan tuvo la oportunidad de superarse, al mejorar en Plástica, y tener buenos amigos. De igual manera, Nicolás pensaba que él iba a ayudar a otros niños y niñas que llegasen a estar solos en el colegio.

Pronto llegarían las vacaciones de verano y toda la clase hablaba de las cosas que iban a hacer, como visitar a primos, tíos, abuelos, bisabuelos o parientes cercanos; otros decían que iban a ir a un campamento de verano; otros se iban a visitar Comunidades Autónomas, como Galicia o Castilla y León...

El último día de clase, dieron las notas e hicieron muchas actividades divertidas para despedirse. También, vieron una

película llamada “Los Croods”, unos cavernícolas a los que se les rompió la casa y se fueron en busca de otra. De camino, se encontraron con un joven, llamado Chico. Al final, encuentran una especie de playa en la que vivieron felices y comieron perdices. Esa misma felicidad era la que sentían todos, porque llegaba el verano y podrían descansar y disfrutar haciendo algo diferente.

Nicolás se sentía más feliz aún, porque en su Colegio Sopeña había encontrado al mejor amigo del mundo entero, que le ayudó a encontrar amigos y a superarse para ser mejor en su día a día. En ese preciso momento, se dio cuenta de lo que siempre les decía la profesora de Religión sobre la importancia de ayudar a los demás, así como lo hizo Jesús y Dolores Sopeña, pues, con ello, les ofrecemos una oportunidad de superarse.

Ayudar a alguien significa ofrecerle una oportunidad de superarse.

PRIMERA CATEGORÍA

Segundo Premio

Nunca dejes de superarte

Alicia Nevado Bermejo

Jaime era un chico humilde que tenía nueve años cuando empezó a sufrir acoso escolar, también llamado *bullying*. Varios años recibió insultos, patadas, puñetazos y otro tipo de violencias en silencio, de un grupo de chicos de su misma clase.

Cuando llegaba a su casa todos los días, se iba a su habitación. Allí, escondido bajo la cama, se ponía a llorar en silencio, para que sus padres no se enteraran de lo que le ocurría en el colegio. No había un día que no fuera acosado por aquel grupo de niños de su clase, que siempre la acometían contra él y le pegaban.

La situación se complicó aún más cuando un día se levantó, fue al salón de la casa y encontró a su madre en un sillón llorando y tapada con una manta. Estaba muy asustada. Jaime se acercó a ella corriendo y empezó a decirle a voces:

—¡Mamá, mamá! ¿Qué te pasa?

Su madre se destapó y Jaime no podía creer lo que estaba viendo. Su madre tenía la cara llena de moretones y ensangrentada. Jaime le preguntó:

—¿Qué pasó, mamá?

Ella empezó a contarle llorando.

—Hijo, no quería decírtelo para no asustarte, pero no puedo más, llevo más de un año sufriendo maltrato por parte de tu padre.

A Jaime se le vino el mundo encima. No podía creer que a su madre le estuviera pasando lo mismo que a él; y lo peor, que ella fuera maltratada por su padre.

Jaime la empezó a curar y le dijo que esa situación no podía continuar, que debía separarse de su padre lo antes posible. Y así fue, debido al miedo de que volviera a pasarle de nuevo, decidió separarse y vivir con Jaime.

Luego de esto, la angustia de Jaime aumentaba, pues desconocía cómo superar la vida que llevaba. Él había sufrido muchos años de acoso escolar y ahora se sumaba la situación de sus padres. No sabía qué hacer.

Un día, al salir de clase, iba llorando por el camino a su casa y una mujer lo paró; se llamaba Dolores Rodríguez Sopeña, fundadora de un colegio llamado “Sopeña”. Ella le preguntó qué le pasaba y Jaime empezó a contarle lo que sufría, tanto en el colegio como en su casa, que ya no quería estudiar ni hacer nada, que quería estar solo, que no era feliz; que solo quería ser psicólogo, pero no podía, porque sus padres no tenían suficientes recursos económicos para ayudarlo con sus estudios, lo que más quería en su vida.

Dolores, al verlo tan triste, se propuso ayudar a Jaime a cumplir sus sueños.

—Yo misma te ayudaré a alcanzar la felicidad —le dijo Dolores y continuó—. El Colegio Sopeña es la mejor opción para alcanzar tu objetivo.

No obstante, Jaime le dijo que para ser un buen psicólogo necesitaba ir a la universidad.

Entonces, Dolores le contestó:

—Irás a la universidad, yo misma te prepararé para que puedas alcanzar tu objetivo. Sin embargo, antes debes formarte para que puedas aprender, trabajar y pagarte tu carrera. Si aceptas, lo conseguirás.

Jaime aceptó.

Al cumplir dieciocho años y viviendo una adolescencia bastante cruel, dura y muy difícil de superar, Jaime acabó sus estudios en el Colegio Sopeña donde Dolores le ayudó muchísimo. Obtuvo el título de administración y consiguió un trabajo en una empresa para poder pagarse su carrera en la universidad.

Tras varios años saliendo adelante con su madre y ahorrando de su trabajo, por fin pudo ver una luz al final del túnel. No lo podía creer, estaba muy emocionado, pues tenía el suficiente dinero ahorrado para ir a la universidad y alcanzar su gran objetivo de ser un buen psicólogo.

Llegó el momento más esperado para Jaime. Entonces, invitó a su madre y se fue con ella para darle la gran sorpresa. Al pararse enfrente de una universidad, la madre le preguntó:

—Hijo, ¿qué hacemos aquí?

Y Jaime le respondió:

—Mi gran sueño es poder ser psicólogo y, como he ahorrado constantemente, ahora es la mejor decisión que puedo tomar.

Su madre se alegró muchísimo y le dijo:

—En esta vida, con voluntad, sacrificio y superación todo se consigue. Estoy muy, pero muy orgullosa de ti, hijo.

Tras varios años estudiando y trabajando a la vez, llegó la hora de superar su pasado, y por fin ser un gran psicólogo.

—¡Síííí! ¡Síííí! Por fin lo conseguí tras años y años luchando, por fin soy un psicólogo... ¡Otra prueba superada!

Pero claro, él ya tenía su título, pero todavía no trabajaba como psicólogo. De nuevo, Juan se enfrenta a otro reto. Su vida está hecha de retos que debe superar. Entonces, decide optar por una idea que tenía en mente, que era abrir su propio consultorio de psicología.

Al cabo de unos meses, Jaime alquiló un pequeño local, donde montó su propia consulta privada de psicología y empezó a tener éxito. Estaba fascinado, pues le encantaba hacer su propio trabajo, que consistía en ayudar a las personas con sus procesos mentales y, en general, en todo lo relativo a la experiencia humana.

Como siempre la recordaba, Jaime fue en busca de Dolores para agradecerle todo lo que había hecho por él. Después de luchar y luchar por su vida, él, con el apoyo de Dolores, ayudó a muchas personas más en la superación de sus problemas, tal como él los superó con ayuda de ella.

*Nunca dejes que tus miedos ocupen
el lugar de tus sueños.*

PRIMERA CATEGORÍA

Otros participantes

Cómo viví en la pandemia

Adriana Espejo Lozano

Cuando empezó el COVID, ocurrían muchas muertes, pero ahora, con las vacunas y las precauciones, han disminuido notablemente.

A veces pienso que el COVID es el virus más potente que ha existido, pero no es verdad. En el pasado, la humanidad padeció virus parecidos.

Recuerdo que el COVID comenzó en el año 2019 y al día de hoy seguimos con el COVID. Sin embargo, hemos soportado dos años y, por muy duro que haya sido, estamos consiguiendo que se vaya. Aunque todavía permanece con nosotros, pronto lo-
graremos superarlo.

El COVID ha terminado con muchas vidas, pero también una buena cantidad de personas ha podido sobrevivir junto con sus familiares. Muchas personas han muerto o lo han padecido en soledad. Por mucho que intentemos evitarlo, vamos a contagiarnos después de todo y una gran cantidad de personas se recuperarán como lo hacen con un resfriado o una gripe. Y cuando lo tengamos superado, pensaremos que no está aquí, pero siempre

estará con nosotros, nunca se irá por mucho que lo intentemos. En poco tiempo, se acabará y volveremos a la normalidad y estaremos con nuestros familiares.

Recuerdo cuando no se podía salir de casa y teníamos que pedir la comida. Todo el mundo estaba aterrorizado porque mucha gente se moría. Pero hemos soportado hasta el final y seguimos bien, con buena salud. Todos tenemos días malos, ya sea en el colegio, en el trabajo, en nuestros hogares... Pero si tenemos fe, el día cambia por completo.

En el confinamiento, fue el cumpleaños de mi hermana, pero no lo podíamos celebrar con ninguno de sus amigos. A pesar de eso, le hicimos una fiesta. Ella estuvo feliz. Ese fue uno de los mejores días de toda la pandemia.

Nuestro día a día cambió. Cada vez que teníamos que pedir comida, lo hacíamos por una página web y nos la traían a los pocos días. Nos comunicábamos con mis abuelos por videollamada para ver cómo estaban. Mi familia y yo salíamos todos los días a las ocho de la noche para aplaudir a los médicos desde nuestro balcón. En el cumpleaños de mi hermana, los vecinos le cantaron “cumpleaños feliz”.

La época de la pandemia ha sido difícil, pero hemos podido superarnos poco a poco. Hay momentos en el día en los que pienso qué pasaría si el COVID no hubiera aparecido...

Cuando empezó la pandemia, teníamos clases *online* y mi profesora nos decía que lo íbamos a superar, y tenía razón. En la pandemia, nadie podía celebrar el cumpleaños con sus amigos y los niños queríamos estar con otros niños de nuestra edad. Todo

el mundo estaba preocupado por contagiarse, pero por suerte muchos no lo hicieron. Incluso, mientras estábamos en el confinamiento, nacieron muchos niños.

Todas las personas deseábamos a veces que se acabara el COVID para poder ver a nuestros abuelos, a nuestros amigos, a nuestros familiares...

Muy pronto, el COVID será cosa del pasado y todos tendremos la vida que nos merecemos. Muy pronto, podremos volver a la normalidad. Muy, pero muy pronto, el COVID será una gripe y todos estaremos bien y sanos. Si hemos podido con el COVID antes, ahora podemos dejar el COVID atrás y seguir adelante con las personas que nos importan. Ya casi lo hemos derrotado y mañana habremos logrado todo lo que nos proponíamos.

Todos debemos estar vacunados para protegernos los unos a los otros, por ejemplo, debemos cuidar a nuestros abuelos. Cuanto más nos protejamos, más seguros estaremos y más seguros estarán los demás. Tener puesta la vacuna del COVID nos ayuda a inmunizarnos. Cuantas más personas estén vacunadas, más podremos protegernos a nosotros y a los demás. Muchas personas no usan la mascarilla adecuadamente y eso puede hacer que se contagien del virus.

Antes moría mucha gente cada día. Ahora ya no muere tanta. Antes morían 493.776 de personas al día. Las personas que se contagiaban de COVID y lo superaban tenían mucha suerte, porque mucha gente no lo lograba.

Un día, mi padre, que es científico, me dijo que habían encontrado la cura para el COVID y me llevó a su laboratorio para

verlo. Me aseguró que en un par de días podrían elaborar muchas más vacunas y aplicarlas a millones de personas. Podrían salvar a mucha gente. Esa noche, soñé que salvaba a mucha gente con la cura. Y le dije a mi padre: “yo te ayudaré”; y él me dijo: “puedes ayudarme”. Entonces, trabajamos día y noche para hacer cien curas y las daremos a los mayores. También haremos muchas más para los adultos y niños del mundo entero. Todos estarán a salvo y será gracias a mi padre y a mí.

Un año después, les pusimos las vacunas a todos y estuvieron seguros y sanos en sus casas. Todos le daban las gracias a Badajoz por darles las vacunas y todo el mundo reconoce a Badajoz por las personas que salvaron el mundo entero del COVID. Todo Badajoz reconoce a mi padre como el salvador del mundo y saben quiénes somos su familia. Todos están impresionados por lo que mi familia hizo por ellos. Nos llaman héroes.

Gracias a Badajoz no hay COVID y nunca más lo habrá. Todos están muy felices y contentísimos. Ahora llega mucha gente a Badajoz. Todos somos héroes y heroínas del mundo entero. Mucha gente cree que la vacuna les ha salvado, pero lo que de verdad les ha salvado ha sido la fe.

Gracias a Badajoz se ha acabado el COVID y podemos vivir en libertad, sin restricciones, sin mascarillas que agobien y no dejen respirar, y con la familia que nos quiere.

Toda situación es susceptible de mejorar.

Niña sin brazos y sin piernas

Álvaro Correa Flores

En 1958, una niña llamada Carol nació sin brazos ni piernas. Cuando empezó el colegio, sus compañeras y compañeros se reían de ella, porque era diferente. Carol le contó a su madre y le dijo que quería tener brazos y piernas como cualquiera de ellos.

Cuando tenía diez años, a Carol le empezó a gustar el fútbol, el baloncesto, el golf; todo tipo de deporte. Entonces, le dijo un día a su madre:

—Quiero jugar fútbol, baloncesto, golf y otros deportes.

La madre le respondió:

—Hija, no puedes, pues te hacen falta los brazos y las piernas.

La niña se enfadó, pues creía que sí podía, pero se transportaba en silla de ruedas.

A los once años, en su cumpleaños, la madre le tenía preparada una sorpresa muy grande, que le había costado mucho dinero: ¡brazos y piernas robóticas! Cuando llegó a la casa, estaba muy emocionada, porque ella no sabía si le iban a gustar. Lo único que sabía era que Carol quería practicar deportes.

Cuando la madre se dirigió a la habitación de su hija para llevarla al salón, estaba muy nerviosa. Le dijo:

—¡Feliz cumpleaños, mi preciosa niña! Adivina, te tengo una sorpresa muy chula.

Carol se puso súper feliz.

—¿Qué es?

Inmediatamente, la madre le dio el regalo y le ayudó a abrirlo. Al ver los brazos y las piernas, sintió que su corazón saltaba de alegría. También, pensó que pronto podría saltar y que sus compañeros y compañeras no se volverían a reír de ella.

—¡Pónmelas, mami, por favor, por favor!

—Querida mía, yo no puedo hacerlo. Tenemos que ir al médico.

Sin esperarlo más, pidieron cita y al día siguiente fueron el médico, que les dijo:

—Debemos hacer una operación para ponerle los brazos y las piernas a Carol.

—Lo que usted diga —dijo la madre.

Luego de la operación, Carol salió del quirófano y le preguntó a su mamá.

—Mami, ¿qué tal estoy?

—¡Fenomenal, mi querida niña! ¡Mírate en el espejo!

Carol se dirigió al espejo un poco temerosa y se maravilló de lo que podía hacer y de su nueva imagen. ¡Era un milagro el hecho de poder caminar y coger las cosas con la mano!

Cuando llegaron a casa, Carol salió corriendo al patio a jugar fútbol y baloncesto, y fue muy feliz, pues se lo había imaginado muchas veces y ahora era real.

Al día siguiente, fue al colegio y no se burlaron de ella, porque ya tenía brazos y piernas. Carol se sintió alegre por ello, pero también triste, porque había sufrido mucho en silencio.

Un día, Carol le pidió a su madre algo que desde hacía mucho tiempo había querido.

—Madre, por favor, apúntame en fútbol y baloncesto.

—Lo que tú quieras, hija.

Carol fue a la primera clase de fútbol y le encantó. El entrenador le dijo que era muy buena y que, si era perseverante, iba a tener un gran futuro. La segunda clase fue de baloncesto, que también le gustó mucho, pero no tanto como la de fútbol. Así fue como Carol se dedicó por completo a este segundo deporte. Tanta fue su disciplina que, después de hacer las tareas y de estudiar, entrenaba cuatro horas al día con mucha disciplina e ilusión. Su entrenador le dijo que si seguía así iba a conseguir lo que quisiese.

A los veinte años, jugó su primer mundial de fútbol y marcó cien goles. Sin embargo, en un partido, le rompieron la pierna derecha y no pudo jugar más. Ahora, se le presentaba un gran problema, porque no tenía dinero para pagar otra pierna robótica. Aunque le pidió a su madre dinero y ella reunió lo máximo que pudo, no fue suficiente. Entonces, decidió pedirles a sus ami-

gos de equipo, quienes también le dieron lo máximo que pudieron, pero aun así no alcanzaba.

Un día, la selección le dio el recibo de lo que habían cobrado ese mes y todo se solucionó. Carol pudo reunir el dinero, programar su cita y ver al médico.

—Te operaremos mañana, Carol.

—Gracias, doctor.

Cuando se despertó, el médico le dijo:

—Tienes que quedarte en el hospital algunos días, porque si vuelves al campo, te podrían romper la pierna de una sola patada. De ahora en adelante, debes tener mucho cuidado, porque, si se hubiera roto dos centímetros más arriba, no habría sido posible ponerte de nuevo la pierna.

—Claro, doctor, tendré mucho cuidado. ¿Cuántos días tengo que estar hospitalizada?

—Una semana.

Una vez transcurrida la semana, Carol le expresó al médico su profundo deseo.

—Doctor, por favor, quiero volver al mundial.

—Debes esperar a la siguiente temporada. En esta no puedes estar.

Carol se quedó muy pensativa.

Pasó el tiempo y recibió una llamada del Real Madrid, que la quería fichar por veinte millones de euros. Carol respondió que sí.

Un día, a Carol le llegó un correo en el que le informaban que estaba nominada a los Juegos Paralímpicos. Ella se emocionó tanto que se propuso entrenar más intensamente durante el verano. Y eso hizo. Entrenaba seis horas diarias, porque sabía que los Juegos Paralímpicos eran muy difíciles.

Le enviaron otro correo sobre el número de partidos que jugaría si pasaban a la final y eran cuatro. El primer partido era contra Alemania; en la primera parte, quedaron 1-0 ganando Alemania; pero, en la segunda parte, salió Carol, marcó 2 goles y quedaron 1-2 ganando el equipo de Carol. El segundo partido jugó contra Francia; en la primera parte, quedaron 5-0 ganando Francia; en la segunda parte, Carol marcó 4 goles y quedaron 5-6. Con esto, pasaron a la final y quedaron 10-0. Era imposible la remontada. Carol hizo lo imposible y marcó 6 goles; y su compañero marcó 5, así que ganaron los juegos, ¡la medalla de oro!

Tanto esfuerzo se había visto recompensado por estos logros. Sin embargo, el verdadero éxito de Carol consistía en superarse cada día más.

La superación no se logra de una vez; se alcanza trabajando en ella todos los días.

Universo intenso

Ángel Ortega Carrasco

Esta es la historia de un niño llamado Bart Simpson. Es un niño normal que gusta mucho de jugar *hockey*. De hecho, lo hacía en el equipo “Los cachondos”, pero todo no fue sino hasta un 25 de mayo, fecha en que su vida cambió.

Una noche, Bart paseaba con un grupo de amigos por el centro de la ciudad, entre ellos, Bob Esponja. Cuando el grupo de amigos cruzaba por un paso de peatones, un auto manejado por una persona ebria atropelló a Bart. Bart duró inconsciente durante cinco días y cuando despertó no sabía qué le había pasado. Su padre Harry Potter le informó que, como consecuencia del golpe, no podía mover las piernas temporalmente, ni jugar *hockey*. Bart se desilusionó mucho.

Cinco años después

Bart tiene ahora doce años y aún no puede mover las piernas, pero asiste muy puntual a las terapias con la esperanza de volver a caminar.

Un día, mientras la familia cenaba, Bart le dijo a su madre Sakura:

—Mamá, no quiero seguir yendo a terapia. Quiero volver a jugar *hockey* con mis amigos Bob Esponja, Naruto y Milhouse.

Sakura le respondió:

—Lo sé, hijo, pero, como aún no vemos avances, no podrás hacerlo por ahora.

Bart se molestó con su familia y se fue a casa de su tío Jimmy Neutron. Cuando llegó, timbró y su tío le abrió la puerta.

—Bart, ¿qué haces aquí y a estas horas? Anda, entra, que hace mucho frío.

Apenas entró Bart, su tío le ofreció una taza de chocolate caliente y una mantita. En ese momento, Bart se sinceró.

—Me he ido de casa, porque mis padres no comprenden por lo que estoy pasando, así que he venido aquí porque eres el único que me entiende y además porque necesito el cohete universal para ir a otros universos y encontrar monjes que me ayuden a mover las piernas y volver a jugar *hockey* con mis amigos.

Su tío meditó la respuesta y le respondió:

—Vale, te lo prestaré, pero con una condición.

—¿Cuál? —preguntó Bart ansioso.

—Tienes que llevar a dos amigos, para que te cuiden a ti y ayuden a pilotar.

Bart aceptó y esa misma noche se dispuso a ir a por sus dos mejores amigos, Bob Esponja y Naruto. Primero fue a la casa piña de Bob y le explicó todo. Este, como buen marchoso, aceptó. Ahora, ambos fueron a la casa de Naruto, pero, como buen dormilón, les tocó entrar a despertarlo. Luego de explicarle

todo, también aceptó, porque quería volver a jugar *hockey* con su amigo.

Ya completos, Jimmy los llevó a casa de su tío, les enseñó el cohete y les explicó la función de cada uno de los controles. Después los tres se subieron al cohete.

—¿A qué planeta vamos? —preguntó Naruto.

Bart le pidió a Bob Esponja la lista de los planetas.

—Aquí la tienes —le dijo Bob Esponja extendiendo su mano.

Tenían cinco tipos de planetas, según la serie: de ninjas, series malas, para adultos, de anime y películas. Bart leyó la lista y le preguntó a Naruto:

—¿Tú no eres del planeta de series ninjas?

—No, aunque mis padres eran de allí, mis padrastros me trajeron aquí —respondió Naruto.

—¡No lo sabíamos, lo siento! —dijeron al mismo tiempo Bob y Bart.

—No os desconcentréis por mí, vamos por ti, Bart —dijo Naruto.

—Vale, ¡vamos!

El grupo fue primero al planeta de películas y vieron muchos personajes, como Ant-Man, Ralph Wiggum, Godzilla, Jack Sparrow y a Darth Vader. Resultaba muy difícil dejarlos pasar sin darles al menos una mirada curiosa, pero lo intentaban, para no perder de vista su verdadera misión. También, pasaron por lugares como la Estrella de la Muerte, El Holandés errante y la

estatua de Bugs Bunny, hasta llegar el templo de Karate Kid, donde encontraron al señor Miyagi, quien desafortunadamente no lo pudo curar.

El grupo siguió su camino hasta el planeta de series de adultos, pero solo había personas de “The Walking Dead”, “Breaking Bad”, “Juego de Tronos” y “El Príncipe del Rap Bel-Air”. Aunque creían que Will Smith lo podía curar, no fue así.

En el planeta de series malas, igual que en el anterior, solo había personas de “The Pacifier”, “Glee” y series de Marvel en Netflix, es decir, no fue posible encontrar a alguien que pudiera ayudar a Bart.

En el planeta de anime, encontraron grandes curanderos, como la doctora Yaoi de “Pokemon” y Sakura de “Naruto”, pero no fue posible encontrar una ayuda tan especializada.

Por último, en el planeta de los ninjas, el panorama fue otro. Allí todos eran curanderos, como el señor Miyagi, los Cobra Kai, los tres ninjas, etc... Después de meditarlo, el grupo eligió al señor Miyagi y se dirigieron a su templo. Cuando llegaron, había un montón de dojos con muchos niños entrenando. El señor Miyagi se acercó a ellos y entonces le explicaron la situación de Bart. Él aceptó entrenarlo y mientras esto ocurría, Naruto y Bob Esponja entrenaban con otros chicos.

Bart y los demás estuvieron allí cinco meses y durante ese tiempo la familia de Bart lo buscó por todos lados, sobre todo su hermano Mortadelo, quien estaba muy preocupado por él.

Finalmente, con mucho sudor y lágrimas, consiguió volver a caminar. Por su parte, Naruto y Bob Esponja se convirtieron en los mejores karatekas de todo el templo.

Bart se acercó caminando a la nave y cuando entró en el cohete pensó en las ganas de volver a jugar *hockey*. Cuando llegaron a la casa de Bart, todos lloraron de alegría y se quedaron boquiabiertos al ver que caminaba.

Después de esto, Bart estuvo jugando *hockey* todo el día con sus amigos.

Ser persistente en los sueños significa tener constancia y fe en ellos.

La liga de la superación

Bárbara Rodríguez Cortés

Hace una semana, en el colegio Sulex de Barcelona, abrieron las inscripciones para la liga de baloncesto. Sofía se fue a inscribir y, cuando terminó de hacerlo, llegó una niña que se creía la reina del mundo, pues sus padres tenían mucho dinero. Ella también quería apuntarse a la liga. A Helena, que así se llamaba, solo le interesaba ganar para subir al escenario del salón de actos y presumir al recibir el trofeo, pues le encantaba ser el centro de atención.

Cuando estuvo cerca de Sofía le dijo:

—Sofía, no malgastes tu tiempo inscribiéndote a la liga, pues yo te voy a ganar. Además, a ti no se te dan los deportes.

Sofía aparentó ignorar a Helena y se fue al baño, donde se puso a llorar. Estaba ofendida y sentía rabia. Fue tanto lo que la afectó aquello que no pudo detener su llanto. Además, todo empeoró cuando Helena, que, en lugar de tranquilizarla, algo que nadie se espera de ella, le tomó una foto y la subió a Instagram con el *hashtag* #lalloronadelcole. Obviamente, Sofía se disgustó aún más. Una vez se calmó, se fue al patio con su única amiga

Laia. Ella le preguntó si había llorado, pues tenía los ojos brillantes, pero Sofía lo negó.

Cuando llegó la hora de irse, Sofía se fue como siempre sola a su casa, pues vivía cerca. Apenas llegó, se fue corriendo a su habitación sin saludar a su madre y se encerró para poder ver si Helena había subido la foto. Y sí, efectivamente, lo había hecho y Sofía comenzó nuevamente a llorar pensando en que al día siguiente se reirían de ella en el cole. En ese momento, escuchó la voz de su madre llamándola a almorzar, entonces, se tuvo que calmar para disimular y bajó. Sofía apuró la comida, que encima eran judías blancas, que odiaba, y volvió a su habitación a hacer tareas.

Apenas las terminó, se puso su ropa deportiva para ir al polideportivo de su ciudad a practicar baloncesto. Después de todo lo que le había hecho Helena, le quería dar una lección para callarle la boca. Entonces, tomó dinero de su hucha y salió de casa.

De camino, compró un balón de baloncesto y, cuando llegó al polideportivo, se puso a practicar. Al llegar a casa, su madre le preguntó:

—¿Qué estabas haciendo fuera de la casa?

—Practicando baloncesto, mami, me inscribí en la liga del colegio.

A su madre le pareció raro, pues a Sofía no le gustaban los deportes, pero no le dio importancia.

—¿Estudiaste?

—Sí, mami —mintió Sofía, pues no lo había hecho.

Luego de la conversación con su madre, se fue a la habitación, se duchó, se puso el pijama, organizó su mochila para el día siguiente y bajó a cenar. Cuando terminó, volvió a su habitación y apuntó en su agenda, que le regalaron en su cumpleaños y en la que todavía no había escrito nada, lo que iba a hacer al día siguiente para organizarse bien, ya que ahora tenía que incluir alguna hora para practicar baloncesto.

Al día siguiente, Sofía se despertó e hizo su rutina de todos los días antes de ir al colegio, es decir, vestirse, desayunar, cepillarse, tomar la merienda e introducirla en su mochila.

Ya salía sola para el cole, cuando su madre la notó triste, cosa rara en Sofía, pues le encantaba ir al cole y siempre llevaba una sonrisa su rostro. Entonces, su madre le preguntó:

—¿Qué te pasa, hija?

—No me pasa nada, mami. Solo estoy pensando en que hoy me dan la nota de un examen y creo que no me fue bien.

De nuevo, Sofía estaba mintiendo, pues en ese examen, que a propósito era de Lengua, le había ido genial. Sin embargo, su madre se tornó comprensiva para motivarla.

—Hija, lo importante es el esfuerzo que haces al estudiar.

Sofía le sonrió y salió para el colegio.

Una vez llegó, todo el mundo la estaba mirando y algunos se reían de ella. Sofía salió corriendo hacia el baño y esta vez se encerró, para que nadie pudiera verla llorar. Cuando sonó la campana para ir a clases, salió del baño, se lavó la cara para disimular, y se fue a clase de Lengua. La señorita dio las notas de los exámenes y,

por supuesto, Sofía sacó muy buena nota. Cuando sonó la campana, todos salieron pitando de la clase.

Pasaron horas y horas hasta que llegó el momento de irse a casa. Cuando Sofía llegó, su madre le tenía una sorpresa.

—Hija querida, te tengo una gran noticia.

Sofía quedó perpleja mirando con los ojos abiertos y en silencio a su mamá.

—Tú papá va a venir a verte.

Sofía, en vez de ponerse feliz, se puso a llorar. No veía a su padre desde hacía ya mucho tiempo. Sus padres estaban separados desde que ella era muy pequeña. Sin embargo, no se había puesto triste por la noticia, sino porque su padre le recordaba el baloncesto, ya que a él le encantaba ese deporte. Él era el motivo por el que Sofía se había apuntado a la liga.

—¿Por qué lloras? —le preguntó su mamá.

Sofía le contó todo a su madre. Entonces, ella le dijo:

—Cuando llegue tu papá, también se lo contaremos y muy seguramente él te enseñará a jugar bien, para que puedas superar-te a ti misma.

Sofía se alegró al escuchar a su mamá; también, porque quería demostrarle a Helena que todos podemos hacer lo que nos proponemos, puesto que a ella no le gustan los deportes, pero como se lo había propuesto, lo iba a lograr.

Llegó el día de la liga y, aunque no la ganó, quedó en muy buena posición y le dieron un premio. Sofía estaba feliz no por el premio, sino porque se había superado a ella misma y no dejó que

las palabras de Helena la hundieran, sino al contrario, demostró que, con seguridad y mucho esfuerzo, se puede conseguir lo que cada uno se proponga.

*Cuando nos proponemos alcanzar un objetivo,
comenzamos a hacerlo.*

El sueño que se creía perdido

David Calderón Chamorro

Había una vez una chica de catorce años llamada Helena Gómez. Era de Badajoz y estudiaba en el Colegio Sopena. A esta chica le gustaban mucho los deportes acrobáticos, como la gimnasia.

Su gusto empezó cuando fue a un circo con sus padres y su hermana. Al ver el espectáculo, le sorprendió una chica a la que se le daba muy bien hacer acrobacias con diferentes objetos; sobre todo, malabares y equilibrio en una cuerda. También, daba volteretas hacia atrás y laterales, saltos muy grandes e, incluso, y saltos de pértiga.

Helena se entusiasmó tanto con el trabajo de esa chica que le entraron unas ganas gigantes de aprender a hacer lo mismo, así que se apuntó a una escuela, donde descubrió que lo que verdaderamente le gustaba era la gimnasia acrobática. De esta manera, comenzó su sueño de ir en el futuro a los Juegos Olímpicos para ganar una medalla.

Cuando Helena empezó a entrenar la gimnasia acrobática, le costaba mucho, pero entrenaba muy duro. Con el paso de los entrenamientos, cada vez era más y más buena. Su entrenadora

la animaba a seguir. Entonces, la incluyeron en campeonatos regionales y nacionales, y ganó muchos premios y diplomas. En ese punto, verdaderamente creyó que su sueño se podía hacer realidad: ir a los Juegos Olímpicos.

Desafortunadamente, en uno de esos entrenamientos, sufrió una fuerte caída y fue trasladada a un hospital. Al principio, pensaron que la caída no iba a traer mayores consecuencias porque anteriormente ya había sufrido algunas pequeñas lesiones y se había recuperado rápidamente. Sin embargo, esta vez sentía un intenso dolor. Después de varias horas en el hospital, tiempo en el que el doctor le practicó una radiografía y distintas pruebas, descubrieron que tenía fracturada la tibia y el peroné. Este diagnóstico la obligaba a estar de baja por unos cuantos meses, sin hacer ningún tipo de deporte.

Muy angustiada, Helena se fue a casa a recuperarse, pero el dolor aumentaba. Entonces, decidieron acudir a otro doctor y le practicaron nuevas pruebas, luego de las cuales se comprobó que las fracturas eran mayores y debían operarla de urgencia. En la operación se presentaron graves problemas, que implicaron la amputación de una pierna de Helena.

Al despertarse, se negaba a creerlo, pensaba que todo era una horrible pesadilla, no podía creer cómo se podía haber llegado a tal punto de amputarle la pierna. Se sentía muy triste, porque sabía que había perdido las opciones de cumplir su sueño, además de dejar de hacer lo que más le gustaba, que era la gimnasia acrobática.

Después de unas semanas, empezó la rehabilitación. Al comienzo tenía que ir en silla de ruedas y todos la miraban diferente. Después de unos pocos meses, le dieron la opción de ponerse una prótesis en la pierna; ella no dudó y aceptó enseguida.

Al principio, se sintió extraña e incomprendida, porque era raro para ella estar con una pierna de metal en vez de con una pierna normal, además tuvo que aprender de nuevo a hacer los movimientos para andar, correr y otras acciones, lo que no fue nada fácil. Cuando aprendió del todo a andar con la prótesis, intentó practicar algunos deportes como el baloncesto en silla de ruedas y la natación. Sin embargo, ninguno de esos deportes se le daba bien y tampoco le gustaban. Por ese motivo, se empezó a desmotivar, además, porque sentía que sin la gimnasia no volvería a ser la misma.

Un día, un profesor del colegio le dijo a Helena que probara con el atletismo. Ella pensaba que tampoco le iba a gustar, pero, con unos pocos intentos, descubrió que le divertía, se le daba muy bien y le gustaba un montón, así que empezó a practicarlo con mucha motivación. Por otro lado, cuando practicaba ese deporte, se encontró con otras personas que presentaban las mismas dificultades. Helena hizo muchos amigos en la escuela de atletismo: unos amigos eran ciegos, otros carecían un brazo o de una pierna, incluso, a un compañero le faltaban las dos piernas y él la motivó aún más. Helena se sentía entendida por ellos, pues sabían en carne propia lo que ella había pasado.

Gracias a su esfuerzo, Helena consiguió ir a una escuela de alto rendimiento en Madrid para ser una mejor deportista e ir a los Juegos Paralímpicos de Tokio. Además, había surgido otro sueño para ella: hacer una carrera universitaria.

Entre el 2018 y el 2019, se preparó intensamente para asistir a los Juegos Paralímpicos de Tokio 2020 y para conseguir alguna medalla. Sin embargo, los planes de Helena se desmontaron cuando llegó la pandemia mundial y se suspendieron los Juegos Paralímpicos. Helena se desmotivó considerablemente, pero todos sus amigos la apoyaron y decidieron seguir entrenando hasta que reanudaran las convocatorias.

Después de la pandemia, se reanudaron los Juegos Paralímpicos ya en 2021. Cuando Helena llegó a la Villa Olímpica, se emocionó mucho porque conoció a otros deportistas españoles y de otros países, aprendió sobre otras culturas e idiomas y se dio cuenta de lo importante que era viajar. Luego, se concentró en las diferentes fases de la competición y llegó a la final. Aunque estaba muy nerviosa, porque tenía que competir contra las mejores del mundo en su categoría, en la final hizo un papel extraordinario, pues marcó el récord de España y quedó cuarta, a las puertas de una medalla. Finalmente, consiguió un diploma olímpico y su mejor marca personal.

Al llegar a España, Helena decidió escribir una autobiografía llamada “Retos de la vida y ganas de vivir”, que trataba sobre la fuerza y la voluntad que le hicieron superar su trágico accidente, que la obligó a abandonar lo que más le gustaba, pero que pudo

enfrentar de manera positiva encontrando un nuevo deporte que la hacía feliz.

En España, todos la felicitaron, aunque no había ganado medalla. Un gran merecimiento ya era haber ganado el diploma paralímpico del cuarto puesto, su esfuerzo tanto en la preparación como en los Juegos Paralímpicos y, lo más importante, haber afrontado de manera positiva los retos que la vida le había puesto.

Ella no se dio por vencida y continuó esforzándose aún más para los siguientes Juegos Paralímpicos en París, Francia, y soñando aún más con ganar una medalla paralímpica. Sin embargo, Helena sentía que ya había conseguido su sueño y, además, había ayudado a muchas personas a luchar y ser un ejemplo de superación, a pesar de los obstáculos que le había traído la vida.

Conocer nuestros límites conduce al desarrollo de nuestras fortalezas.

Yo puedo, yo quiero y lo lograré

Ignacio Hortal Cabanillas

Me llamo Ignacio y tengo once años. Me gustaría contaros mi experiencia y lo que he sentido al respecto.

Cuando comenzó la cuarentena por el COVID-19, yo estaba muy gordito, pesaba cincuenta y ocho kilos. Es mucho, ya lo sé, por eso, decidí cambiar y superarme a mí mismo con ayuda, por supuesto.

Comencé a corregirme y a comer menos. Mi madre me ayudó con la dieta y me motivó a hacer mucho deporte. El primer día, me costó demasiado; el segundo día, también; el tercero, de igual manera; y el cuarto, ya no tanto. Poco a poco fui consiguiendo cambiar mis hábitos en el día a día. Como conclusión, bajé diez kilos.

Durante esos cuatro meses que estuve encerrado, aparte de cambiar mis hábitos, hacía tareas del colegio, jugaba, hablaba con mis amigos, con mis padres, con mis abuelos, grababa Tik Tok con mi madre y mi hermano; hasta celebré mi cumpleaños. Mis amigos de clase me hicieron un vídeo que me encantó. Ese día me dieron muchos regalos. Creo que fue uno de mis mejores días, a

pesar de lo cuesta arriba que parecía la cuarentena. Hasta skaters famosos, que contactó mi mamá a través de Instagram, me hicieron un vídeo; no me lo pude pasar mejor.

Ya sé que me he ido un poquito del tema, pero ahora sigo con mi afán de superación y cambiar no solo físicamente, sino también en actitud y comportamiento. Sigo haciendo deporte y me esfuerzo muchísimo día a día, aunque me cuesta mucho, porque me encanta comer y disfrutar de la comida. Pero, bueno, en la vida se debe llegar a un equilibrio entre lo físico, la salud, comer bien y de forma saludable, y eso lo estoy consiguiendo.

Ahora les quiero compartir lo relacionado con mi actitud, comportamiento y, sobre todo, mis sentimientos. Estoy consiguiendo, a pesar de mi “pequeño problema”, mejorar mi comportamiento en el colegio. Sé que en casa me cuesta un poco más, pero, con la ayuda de mis padres y mi esfuerzo, lograré que todo vaya bien y seamos felices.

A todo esto, tengo que añadir que, en estos momentos de mi vida, por más de que me esfuerce, tengo en mi interior algo que me afecta y no me deja estar bien ni ser todo lo buena persona que soy. Eso que tengo en mi interior es lo que mis compañeros de clase, no todos, claro, pero si un grupo, me están haciendo en mi día a día y tiene como consecuencia que yo no pueda estar bien, sentirme feliz y comportarme como debo. Es difícil saber que te insultan, que no te aceptan, que hacen cosas a tus espaldas y, sobre todo, que tienes que estar con ellos día tras día.

Aunque fue muy difícil, tomé la decisión de dejar de salir con ellos los fines de semana, porque no me venía bien, además sé que, aunque me duele, a ellos les he hecho un favor, porque no están a gusto conmigo y hacen que me sienta mal con sus insultos, su forma de hablarme y de actuar conmigo. Es una pena, porque soy una gran persona y ellos no lo saben, y algún día se arrepentirán de no tener a su lado a una persona como yo.

Sufro y no lo manejo bien. Me asaltan pensamientos y sentimientos de no querer ir al colegio, de desear no tenerlos cerca, porque la paso muy mal. Creo que ellos no se dan cuenta del daño que me están causando y de cómo me siento. Pero, como dice mi madre, la vida da muchas vueltas y las malas personas tarde o temprano aprenderán que lo que hacen no está bien. Además, se pierden a la gran persona que estoy aprendiendo a ser, como ser bueno, bien educado, con la fortaleza para vivir cada día y contar lo que siento a las personas, para que me apoyen, pues quieren lo mejor para mí y me valoran. De igual manera, quiero que las personas que me oigan y les pase lo mismo que a mí no se sientan solas ni incomprendidas y pidan ayuda.

Es muy duro, difícil y complicado aguantar todo lo que me hacen y encima tener buen comportamiento, pero sé que lo estoy consiguiendo y lo lograré.

En esta vida con esfuerzo y ganas se consigue todo y, a pesar de los obstáculos que te pone la vida, debes seguir adelante con el apoyo de tu familia y no venirte abajo, porque, como dice mi ma-

dre, puedes conseguir cualquier cosa que te propongas y más si estás rodeado de personas que te quieren y te valoran como eres.

Por suerte, tengo amigos que me quieren, que están a gusto conmigo y me aceptan como soy, y son los que me ayudan a olvidar el daño que los otros me hacen. Ellos me están enseñando, apoyando y ayudando. Digo esto porque no solo ellos, mi familia y mis profesores me ayudan, también Teresa, mi psicóloga. He empezado terapia con ella para aprender a gestionar todo lo que me pasa, para actuar y reaccionar ante todo lo que me hacen y me ocurra. Siempre debo tener presente esta frase: Yo puedo, yo quiero y lo lograré. Aunque me cuesta, aunque no es fácil, porque incluso a veces me enfado con quien no debo, pues es complicado expresar qué me ocurre, día a día lo intento y me esfuerzo por conseguirlo.

Apoyarme en los que están a mi lado y solo quieren lo mejor para mí, porque, aunque es duro lo que sufro a causa de mis compañeros, debo mirar al futuro y pensar que detrás de la tormenta siempre llega la calma, que después de la lluvia siempre sale el arco iris y el sol, que sumarle valentía al día a día se convertirá en superación.

Y eso es lo que yo quiero en mi vida, superarme a mí mismo, superar todo lo que estoy viviendo, ser fuerte y no venirme abajo, ser educado, buena persona, rodearme de la gente que me quiere, que me valora, que no me hace daño; y lo más importante, SER FELIZ.

Con esfuerzo, ganas y el apoyo de las personas que te quieren, puedes conseguirlo todo.

La niña nueva

Irene Seco de Herrera Caldito

Érase una vez una niña que se mudó de ciudad y tenía que cambiar de colegio, de casa, de amigos... Se llamaba María. Su padre, que era militar, tenía un nuevo destino: Badajoz.

María y su familia vivían en un pueblo muy pequeño de Andalucía, que tenía playa y un lago. En el pueblo, acordaba con sus amigas verse en la playa para bañarse y jugar en la arena con una pelota, menos cuando llovía o hacía frío. Con frecuencia, salía al parque con ellas y jugaban al escondite, al “pilla pilla” y compraba chuches en un puesto en la esquina del parque. Otras veces, iba con su padre a pescar a la playa y al lago. Su familia hacía barbacoas y picnics al lado del lago con los padres de sus amigas, hasta que se hacía de noche. Una vez se quedaron todos a dormir en sacos, y se oían muchos pájaros y una rana.

María era alta, de pelo castaño largo, ojos verdes, delgada y con diez años de edad. Tenía dos hermanas: una mayor que ella y otra más pequeña. Su hermana mayor, Pepa, era rubia, también con ojos verdes. Su hermana pequeña se llamaba Lucía, tenía el

pelo castaño como ella, pero más corto. Su padre Antonio era fuerte, de ojos verdes, pelo castaño, y una barba corta y oscura. Su madre Paola era rubia, muy guapa y con ojos verdes.

Alquilaron una casa a las afueras de Badajoz, porque tenían dos gatos y un perro. Una gata hembra de color blanco llamada Nala; y el otro era negro y macho llamado Michi. El perro era grande, de esos que dan miedo; se llamaba Thor. La casa era grande, de dos pisos, con una piscina, columpios, un huerto de patatas, fresas, naranjas, lechugas y limones. La piscina tenía un delfín en el fondo.

Su hermana mayor iba a ir Instituto Bioclimático a segundo de bachillerato. Su hermana pequeña todavía no había entrado al cole, porque tenía tres años y se quedaba con su madre en casa; en el futuro, tendría que ir al colegio sola.

El nuevo colegio se llamaba Sopeña Badajoz. Era pequeño, solo tenía una línea de cada curso; con un patio en el que había una pista de fútbol sala, canastas de baloncesto, un corralito de juego para los niños pequeños, un huerto y dos palmeras. Tenía cuatro plantas con varias aulas, un ascensor para que subieran los niños con silla de ruedas, muletas o con algún impedimento. Tenía un gimnasio abajo de todo. Las paredes tenían cuadrados marrones por fuera. Además de infantil, primaria y la Enseñanza Secundaria Obligatoria, tiene Formación Profesional. Había muchos maestros y maestras, una secretaría con dos mujeres y una conserje. Todos se portaban muy bien con nosotros, y estábamos muy contentos de ir allí.

María entró a quinto de educación primaria, a mitad de curso, cuando ya habíamos presentado la mayoría de los exámenes. La llevó su madre en coche a la puerta del colegio; iba con su hermana en una silla de esas de adaptador.

El primer día que fue a clase nadie hablaba con ella, pero todo el mundo la miraba. La señorita la presentó a la clase. En el patio, como estaba sola, se le acercaron muchas niñas para preguntarle si quería jugar con ellas. En nuestro colegio, tenemos que ser todos amigos, ayudarnos mutuamente; además, la niña nueva estaba sola y no conocía a nadie. María dijo que claro que sí, que quería jugar con ellas. Se lo pasaron muy bien y la señorita que las veía desde lejos se puso muy contenta, porque confirmaba que los niños del cole habían aprendido los valores de respeto, solidaridad, cercanía, fraternidad.

Cuando entraron nuevamente a clase, la maestra dijo:

—Estoy muy contenta de vuestra actitud con María. Eso es lo que tenéis que hacer y no solo en clase, sino también con todo el mundo que lo necesite.

Al salir de clase, dos compañeras le dijeron a María que si quería acompañarlas por la tarde a caminar por el paseo nuevo del río que tiene muchas cosas: bancos, parques, dos bares, pistas de baloncesto y fútbol sala, muchos árboles; además, se ve el río; también, hay un parque de perros, dos muelles para barcas, y patos. Se pasa caminando por debajo de varios puentes y hay un circuito de bicis y patines. Siempre hay mucha gente paseando y disfrutando.

María se lo preguntó a su madre, que había venido a recogerla, y la madre le dijo:

—Por supuesto que puedes ir.

Esa tarde, se llevaron las bicis y la merienda; también fueron las madres. Se lo pasaron muy bien, fue divertido. Acordaron repetir el paseo otro día.

Después de varias semanas con María, parecía que llevara desde siempre con los otros niños en clase. Eran todos buenos amigos y se ayudaban para hacer las tareas.

Llegó el 30 de abril, día del cumpleaños de María, que cumplía once años. Ella quería invitar a todos los niños de la clase. Lo celebró en el parque del río y fueron todos los niños y algún hermano más. Era sábado y quedaron a las dos de la tarde para comer: Perritos calientes que antes cada uno había decidido con qué salsa se lo iba a comer, la bebida que cada uno quería. Llevaron para jugar pelotas, un pañuelo y juegos de mesa. También, podían subirse en los columpios y toboganes. Antes de merendar, hicieron ejercicio en unas máquinas que también había allí. Para merendar, había sándwiches de Nutella, una tarta con un número once gigante, que sopló María; patatas y chuches. Cuando se hizo de noche, vinieron los padres a recoger a todos los niños. Los padres de María también se hicieron amigos de los otros padres.

Gracias al colegio, María y su familia han hecho muchos amigos. Ahora María está siempre con ellos y sus hermanas, y también son amigos de los hermanos de sus compañeros de clase.

La niña nueva ya es una más de este colegio, forma parte de esta gran familia, como dice nuestro himno.

*Recibir a las personas nuevas significa crecer
en solidaridad.*

El Equipo

Historia de superación

Ji ZheYu

1. Pablo en la secundaria

En la primaria, siempre le hacían *bullying*, porque era bajito, medía 1.50 m.

Al llegar a la escuela nueva, se emocionó tanto que estaba rojo y lo primero que hizo fue ir al club del colegio. Le preguntó a un chico que pasaba por su lado:

—¿Sabes si hay un club de voleibol?

—Sí hay, al lado del de baloncesto.

—Gracias —dijo Pablo.

Pablo quería ir a buscar el club, pero ya empezaban las clases, así que tendría que esperar. Apenas finalizaron, se fue corriendo al club de voleibol y se alistó, pero se encontró con un chico que no soportaba, porque era uno de los que le hacía *bullying* y estaba en el mismo colegio. Como los mayores del club les condicionaron llevarse bien para poder entrar, los dos intentaron ser amigos, pero era imposible porque continuaba haciéndole *bullying*. Finalmente, se puede decir que lo consiguieron, pero Pablo aún le sentía rencor.

2. La presentación

Entraron y se presentaron. El chico se llamaba José. Una vez terminaron, empezaron a entrenar los saques, pero era muy difícil, así que empezaron a hacer los remates y los bloqueos. Cuando llegó el turno de Pablo, este saltó, y todos se sorprendieron, porque saltaba muy alto, como a los 2 m, y en los bloqueos pasaba igual.

Así pasaron los días, hasta que el entrenador decidió hacer un partido con otros jugadores. El día del juego, se desplazaron en autobús al colegio. Cuando empezó el partido, le correspondía sacar a los mayores e hicieron el punto. Ahora, el turno era para Pablo, que saltó tanto que no le dio a la pelota, pero atrajo la atención de los jugadores. Luego, lo intentaron otra vez y lo consiguió al final. Ese partido lo ganaron por poco.

3. El entrenamiento

Después de terminar el partido, aumentaron los entrenamientos. Si Pablo no perfeccionaba el salto, no funcionaría. Mientras todos practicaban, el entrenador llamaba a un jugador muy especial del colegio de Karasuno, la escuela de Pablo y José. Poco a poco, se incorporaron más y más jugadores al club y Pablo se ganaba el respeto de todos.

4. El festival de primavera

En primavera, había un torneo de voleibol y ya todos los equipos estaban listos para la competencia. La primera partida fue con un equipo de Satanen, considerados de nivel bajo. Sin

embargo, si un equipo se descuida, cualquiera puede ganar. Al principio, todo iba bien, hasta que Pablo y José tenían que remar. Afortunadamente, demostraron que no iban a perder, pues pasaron a la siguiente ronda.

Pablo tenía el sueño de mantenerse en la cancha, porque le gustaba cómo jugaba él cuando se convertía en el “pequeño gigante”.

Sin embargo, cada vez se ponía más difícil. Ahora jugarían contra una escuela de nivel alto, que llamaban “El escudo de acero”. Este nombre respondía a los bloqueadores, que eran geniales y, además, tenían una defensa increíble. Pero Pablo y José no se iban a rendir antes de tiempo y utilizaron el ataque secreto y el ataque rápido. Poco a poco, estuvieron empatando, pero el equipo contrario descubría sus trucos y los bloqueaban. Al final, Pablo y su equipo ganaron, se despidieron de sus contrincantes y continuaron en el torneo.

Sin embargo, no siempre iban a ganar. En el tercer partido, ya no tenían fuerzas, pero no se rindieron, a pesar de que era muy difícil, pues el equipo contrario tenía el colocador ganador del premio al mejor colocador de primaria. Aunque Pablo, José y sus compañeros se enforzaron mucho, no pudieron ganar. La otra escuela tampoco tuvo tanta suerte, porque estaban en las finales y perdieron.

5. Torneo especial

Al final del torneo de primavera, anunciaron un torneo especial. Como era obvio, Pablo tenía otra oportunidad para lucir-

se. Pero faltaba mucho para que iniciara, así que solo tenían que entrenar y entrenar.

Al fin llegó el torneo especial, las puertas se abrieron, era el día. Todos se burlaban de ellos, porque en el pasado perdieron y porque Pablo era bajito. Los primeros fueron Karasuno y Bans. El equipo contrario era muy bueno, pero no tanto como el de Pablo, que tenía muchas técnicas nuevas y secretas.

Comenzó el partido, todos jugaban normal, sin preocupación. De pronto, se calentaron y el equipo contrario utilizó sus habilidades. Sin embargo, no era tan fácil, porque tenían a Miguel, el jugador especial, que era muy, pero muy bueno recibiendo balones y logró detenerlos. Con ello, pudo ganar tiempo para José y Pablo, que marcaron punto y lograron empatar, pero casi pierden por un punto.

El equipo Bans se quedó súper sorprendido porque una persona tan baja pudiese ganarles. Uno de los miembros de Bans se acercó a Pablo y le dijo:

—La próxima vez que nos veamos ganaremos.

Pablo le respondió:

—Ya lo veremos.

Ahora era tiempo libre. Todos estaban agotados y aprovecharon para descansar observando cómo otros equipos ganaban y perdían, hasta que le correspondió al equipo de Pablo.

En las semifinales, eran Karasuno y Noke. Este rival sí era para preocuparse. Al saque del rival, anotó punto, pero muy rápido. Pablo y los demás se sorprendieron al verlo.

—Tranquilo, equipo, hay esperanzas —dijo Pablo.

No tuvieron más remedio que utilizar las nuevas técnicas. La de Pablo y José se llamaba “El ataque divino”, que consistía en un ataque rápido, pero mejorado, lo que los ayudó a anotar muchísimos puntos. La técnica de Miguel se llamaba “La defensa giratoria”, que consistía en que Miguel se movía a colocador y se ejecutaba “La combinación de cuatro”, un ataque sincronizado. Gracias a esto y muchísimo más, pudieron ganar la semifinal. Dieron un grito tan fuerte que los espectadores oyeron; significaba la gran alegría que sentían de haber llegado a la final.

6. *La final*

El 12 de marzo era la final y había mucha gente. El equipo contrario no era malo, sino buenísimo. Entonces, el equipo de Pablo decidió utilizar las técnicas del anterior partido, pero incluso así estaban perdiendo. De pronto, Pablo recordó cómo era el “pequeño gigante”, todas sus técnicas, su voluntad y mucho más. En ese momento, el entrenador pidió tiempo muerto, le explicó todo al equipo y siguieron el partido, pero ahora estaban conscientes de lo que hacían. Iban 24 a 23 ganando Karasuno, pero si ganaban el punto de set, serían famosos. Pablo tenía la pelota, iba a rematar y le dio con tanta fuerza que marcaron punto y ganaron.

Finalmente, a Pablo no le hicieron más *bullying*.

Cuando le das la cara a tu debilidad, se convierte en tu fortaleza.

Jorge y Luis

Los exploradores de la Galaxia

José Sardiña Monserrat

En una galaxia muy muy lejana...

En el planeta azul, un hombre llamado Luis vio caer una nave y se aproximó para indagar. De ella salió un niño con pelo rubio que decía no saber cómo se llamaba. Luis le vio un gran potencial como guerrero. Lo llamó Jorge y le entregó una espada. Comenzaron a entrenar todos los días y así lo hicieron durante muchos años, hasta que un día apareció otra nave en el espacio. Jorge sorprendido no sabía qué era. Luis le dijo:

—Es el día.

Luis y Jorge abordaron la nave en que había llegado Jorge y se dirigieron a donde estaba la otra nave. Entraron por el puente e inmediatamente comenzaron a sonar las alarmas. Entonces, se produjo una gran batalla entre Luis y Jorge, y miles de soldados blancos. Cuando terminaron con todos, vieron una puerta muy grande, la abrieron y apareció William, que luchó contra Luis y lo venció, pero Jorge, sorprendentemente, le clavó una espada láser por detrás.

—¿Por qué me haces esto, hijo? —preguntó William.

—¿Cómo? —preguntó a su vez Jorge, que estaba sorprendido.

Al comprender lo que había hecho, Jorge se puso a llorar, porque había matado a su padre.

El planeta azul era la Tierra, y sus habitantes invitaron a Jorge a una fiesta. Los terrícolas estaban de celebración porque William ya no iba a hacerles daño. Todos celebraban, excepto Jorge, que se encontraba llorando en una esquina.

Jorge todavía no creía que Luis estuviera muerto y por ello decidió buscarlo por toda la vía láctea. Buscó por Marte, Saturno y otros planetas, hasta que un día lo encontró en Júpiter. Su cuerpo estaba sangrando y Jorge quiso curarlo con el botiquín de la nave, pero, de repente, vio que se aproximaba una gran cantidad de soldados.

—Es una orden Walandrera —gritó Jorge.

Rápidamente, huyeron a Plutón con tan mala suerte que se encontraron nuevamente con William, que había resucitado. Nuevamente, se enfrentaron Luis y William. Esta pelea tuvo una gran consecuencia: la vía láctea explotó y los combatientes resultaron en otra galaxia muy lejana y esta vez había ganado Luis. Sin embargo, en ese planeta, se consideraba ilegal ganar una batalla, así que fue condenado a cadena perpetua. William se burló de él, pero Luis era tan delgado que cabía entre los barrotes y le clavó su espada de oro por detrás. Luis le robó una nave a un habitante y huyó para que la policía no lo atrapara. Quería encontrar a Jorge.

Jorge apareció solo en un planeta muy extraño. Era todo de color rosa. Pensó que estaba solo, que muy seguramente Luis y William ya habían muerto.

Luis viajó por toda la galaxia hasta que encontró el planeta. Justo cuando iba a aterrizar, se cruzó con Jorge, que había salido a su encuentro. Mucho tiempo tardaron en encontrarse, hasta que coincidieron en un planeta lleno de unas plantas extrañas. Allí no había habitantes ni comida ni agua. Jorge y Luis estaban desesperados hasta que llegó una nave de la que salió una persona mayor que les dijo:

—Venid conmigo.

Luis y Jorge se miraron fijamente y así lo hicieron.

La nave era muy pequeña por fuera, pero por dentro era gigantesca y tenía de todo, comida y agua. La persona mayor les dijo:

—Vosotros acomodaos como si fuera vuestra casa.

Ellos, sedientos y con mucha hambre, no pararon de comer y de beber. Luego, unos habitantes de esa nave les asignaron una habitación de lujo, parecía un hotel de cinco estrellas. Luis y Jorge durmieron una siesta y después se pusieron a jugar fútbol. No hacían otra cosa que dormir, comer y jugar.

Se pasaron meses así hasta que la nave llegó a un planeta. Un soldado gritó:

—Coged las armas y preparaos para la guerra.

Enseguida cogieron las armas y salieron. Luis y Jorge no sabían qué hacer. Finalmente, cogieron una escopeta y salieron.

Hubo disparos por todos lados y una de esas balas impactó a Luis. Jorge se puso a llorar.

—Coge una nave y vete, ya te buscaré —le dijo Luis.

Inmediatamente, Jorge subió a una nave de emergencia y se fue a otro planeta. Allí encontró a su familia de la tierra, que milagrosamente había sobrevivido a la explosión, e hicieron vida normal, comían la fruta de los árboles, cultivaban, cazaban. También, construyeron una casa. Jorge estaba jugando con sus hermanos cuando aparecieron unos alienígenas.

—Meteos en casa, yo me encargo —le dijo Jorge a su familia.

Él, con los movimientos que había aprendido de su maestro, logró matar a todos los alienígenas. La familia de Jorge salió muy emocionada a darle un abrazo. Esa misma noche, cenaron un gran banquete. Cuando se fueron a dormir, aterrizó una nave y Jorge salió listo para defender nuevamente a su familia y al planeta, pero era Luis, que había venido a buscarlo.

—Ven, Jorge, tenemos que irnos.

Jorge se alegró de que no estuviera muerto y, sin dudarlo, le dejó a su familia una nota y se fue con él. A la mañana siguiente, la familia encontró la nota de Jorge y se puso a llorar.

Luis le explicó a Jorge que en el planeta en el que antes vivían sus padres estaban en guerra y lo necesitaba para derrotarlos. Ellos se esforzaron por ganar la guerra, pero no fue posible. Todos los soldados del bando contrario seguían vivos, mientras que los del suyo estaban muertos. Sin embargo, a pesar de que no tenían soldados, no se rindieron. Eran ellos dos contra miles de

soldados. Finalmente, gracias a su espíritu de combate, Jorge y Luis ganaron.

La familia de Jorge salió a buscarlo, pero no lo encontró y acabó en un planeta sin saber qué hacer. Mientras tanto, Jorge y Luis volvieron al planeta donde se encontraba su familia, pero no los hallaron y durante un tiempo estuvieron buscándose.

Transcurrido un tiempo, Jorge encontró un teléfono móvil y llamó a sus padres. Cuando ya se iba a cortar la llamada, habló con su madre y acordaron encontrarse en un planeta.

Por fin, se encontraron Jorge y su familia, y Luis y su familia, y construyeron una vida juntos en ese nuevo planeta.

Jorge y Luis continuaron con sus exploraciones y descubrían cada día un nuevo planeta.

*Las personas cuentan con los recursos suficientes
para ser felices.*

Como la vida misma

Marta Espinosa López

Hola, soy Carla y os vengo a contar una historia que me ocurrió hace algún tiempo y que marcó mi vida por completo. Para que os hagáis una idea, soy morena, con unos ojos claros preciosos y unas facciones muy marcadas; además, para mi edad, soy bastante alta. Por aquel entonces, yo era una niña de más o menos doce años, vivía en el centro de Madrid con mi alegre familia en una gran casa.

Primero os voy a contar mi situación. Mi hermana mayor, Valeria, me ayudaba a hacer mis tareas de clase, mis trabajos, estudiaba y pasaba mucho tiempo conmigo; era muy buena hermana. Mis padres trabajaban todo el día fuera de casa y estábamos muy acostumbradas a estar solas. Un día, ella entró a la universidad y se fue a estudiar a Granada, un poco lejos de mí. Al principio, la situación no me resultó nada fácil, la echaba de menos, estaba bastante acostumbrada a que ella me ayudara día a día. Por eso, acabé dejando de lado mis responsabilidades.

Respecto a mi forma de ser, no solía ser muy positiva, pero me gustaba pensar a lo grande a la hora de hacer las cosas que

me gustaban. Era una persona muy reservada y a veces me costaba contar las cosas y me venía abajo porque era muy sensible. Para aquellas tareas, asignaturas y trabajos que no me llamaban la atención, me costaba cumplir con mis deberes sola, además me faltaba imaginación. Mi hermana siempre me había ayudado a olvidar esta parte de mí y me motivaba a ser más positiva. Cuando se fue, empecé a ser muy perezosa, a no ayudar tanto en casa y sobre todo a jugar en el ordenador con mis amigos a juegos de rol, ya que esto me entretenía mucho, debido a la cantidad variada de juegos que había. Estaba muy a gusto, me sentía en mi mundo, un mundo en el que solo estábamos mi ordenador y yo. Esto conseguía que me olvidase de mi alrededor.

Para algunas personas, sobre todo los niños, no es fácil hacer amigos, ya sea por la edad, por los diferentes gustos, etc. En mi caso, tenía muchos amigos en el colegio, pero era un poco tímida y me costaba. Cuando mi hermana se fue de casa, pasé por una etapa un poco complicada y eso me afectaba interna y externamente. Algo muy positivo fue que hice muchos amigos muy rápido y esto hizo que quisiera estar cada vez más con el ordenador, ya que así no me sentía tan sola en casa. A veces contaba cosas que me pasaban, me ayudaban en algunas dudas de clase o incluso me enseñaban algunas fotos de las ciudades en las que vivían y así conocía el mundo.

Mi rutina diaria era ir al colegio, llegar a casa, comer y automáticamente me ponía con el ordenador. Por la noche, cenaba y después me acostaba. Llegó un momento en el que mi madre

tenía que estar detrás mío, decirme lo que tenía o no tenía que hacer y ayudarme con mis tareas, tanto de clase como de casa. Muchas veces llamaba a mi hermana, para que no se enfadase mi madre, y le contaba mis problemas. Empecé a sacar malas notas, a esconder cosas y a ser muy negativa. Al ser tan perezosa, no me concentraba en los estudios del día a día, hasta me tiraba tardes enteras jugando, haciendo llamadas a mis compañeros de clase o incluso durmiendo hasta el punto de llegar a acostarme muy tarde por las noches, porque no tenía más sueño.

En aquel momento, no me daba cuenta de que, para la edad que tenía, debía ser más responsable y tampoco recapacitaba sobre cómo me podía afectar este comportamiento a mí y a mi familia.

Un día, llegó el momento que nunca pensé vivir, decepcioné tanto a mis padres y a mi familia, que acabé decepcionándome también a mí misma. No me daba cuenta de que mi madre también estaba muy cansada de su trabajo y de sus responsabilidades diarias. Ella hacía todo en casa, además de tener que ayudarme a mí. Algunos de mis profesores dejaron de estar contentos con mi trabajo en clase y llamaban mucho a mi madre para tutorías. Mi madre, cansada de la situación, decidió llevarme con ella al trabajo todos los días para controlar y vigilar que hiciera mis cosas y que aprobase el curso. Además, me quitó el ordenador y perdí los privilegios que tenía. Mi hermana y muchos de mis familiares, como mis abuelos, me llamaban para reñirme y decirme que tenía que esforzarme más.

Cada vez que me tenían que ayudar, me empezaba a dar cuenta de que tenía que ser más independiente y responsable de mi propio comportamiento y mis estudios. Fue entonces cuando me di cuenta de que mi actitud tenía que cambiar por completo. Poco a poco, iba teniendo más fuerza de voluntad a la hora de hacer mis cosas, empezaron a cambiar mis notas, ayudaba cada vez más a mi madre en casa, llamaba a mis abuelos para ver cómo estaban y me preocupaba por ellos. Mi madre empezó a recuperar la confianza en mí.

Mis emociones pasaron a ser cada vez más positivas. Me di cuenta de que la vida hay que aprovecharla y no malgastarla haciendo las cosas mal. Conseguí que mi madre sacase más tiempo para mí, nos íbamos juntas a pasear al perro, me llevaba a los cumpleaños de mis amigos y me dejaba ir a casa de mis compañeros de clase a jugar. Un hábito que tampoco tenía era el de leer libros. Con el tiempo, comprendí que leer me ayudaba a abrir la puerta de la imaginación.

Ahora sigo siendo esa persona sensible y mimosa de antes, pero he cambiado aquellos aspectos de mi vida que no me hacían bien ni a mí ni a los que estaban a mi alrededor. Me costó encontrar esa gran y enorme valentía y fuerza que tenía en mi interior para cambiar mi comportamiento, pero comprendí que lo que me impidió encontrar antes estas ganas era que no tenía intención de encontrarlas. Además, entendí que hay tiempo para todo, tanto para hacer los deberes de clase como para dedicar tiempo a lo que me gusta, solo hay que seguir un orden anteponiendo los

estudios, porque como dicen mis padres: “la obligación antes que la devoción”.

Creo que debería haber sido responsable desde un principio, ya que al final lo acabé siendo, pero es bueno aprender de las experiencias para contarlas en un futuro y que sirvan de espejo a los demás. Muchas veces necesitamos que nos pasen cosas malas para darnos cuenta de que podemos cambiar, para que nuestra vida sea buena y no se venga abajo.

Tú, yo y todos podemos conseguir lo que nos propongamos a pesar de los obstáculos. Debemos superarlos y esforzarnos por ser mejores personas cada día.

*Todos estamos dotados de valentía y fuerza interior
para cambiar.*

El camino del cambio: un paso a la vez

Nicolás Torvisco Abril

Había una vez un niño que siempre sacaba malas notas y en su casa no estudiaba. Se había propuesto varias veces cambiar, pero nunca lo hacía. Siempre estaba jugando videojuegos. Además, era muy mentiroso.

Un día, pensó que por fin daría un vuelco a su vida, pero tampoco lo logró. A la gente no le caía bien ese niño y eso lo hizo sentir peor, aún más solo y muy triste. No lograba actuar adecuadamente en la mayoría de los casos.

Nuevamente, se propuso cambiar, pero lo hizo poco a poco. El siguiente día tenía un examen y esta vez quería estudiar, pero al final no lo hizo. Unos días después le dieron el resultado y suspendió, así que sus padres se enfadaron mucho y le dijeron que, si no aprobaba el próximo examen que tuviera, no lo iban a dejar salir a jugar. Porque sus padres se lo ordenaron, esta vez estudió, pero se puso a reflexionar y pensó: “Si mis padres tienen que decirme que estudie y castigarme si no lo hago, puedo aprender, pero no de la forma correcta. La próxima vez estudiaré sin necesidad de que ellos

me lo ordenen, porque es mi deber y me voy a esforzar para sacar buena nota”.

Cuando volvió a presentar el examen también suspendió, pero esta vez sí se había esforzado para sacar buena nota. Como sus padres lo sabían, no solo no lo regañaron, sino que le regalaron un juguete como recompensa. Esto lo motivó mucho más a seguir por ese camino.

Con relación a las mentiras, algo que vivió lo hizo desear un cambio. En un almacén, tomó una golosina de la tienda y no la pagó. Su madre le preguntó:

—¿De dónde tomaste esa golosina?

—Me la dio un profesor de premio —dijo nervioso.

Los padres esperaron el momento oportuno y le preguntaron al profesor.

—Profesor, ¿qué fue lo que hizo nuestro hijo para merecer una golosina como premio?

—¿Disculpen? No sé de qué me hablan. Yo no les doy golosinas a los estudiantes.

Los padres le preguntaron a su hijo delante del profesor y él, al verse descubierto, no pudo más que quedarse callado y con la mirada baja. Luego, terminó contándoles y ellos le ordenaron ir a la tienda inmediatamente a pagar la golosina y a disculparse con el tendero. Fue tal la vergüenza y el arrepentimiento que sintió que se prometió no volver a mentir ni a robar.

Al cabo de unas semanas, como sus padres habían visto que se portaba bien, le dieron un premio. El niño se sintió mucho

mejor por los regalos y porque había avanzado en un montón de cosas que antes pensaba que nunca cambiarían. Esos días aprendió a no mentir, a no robar, a sacar buenas notas, pero también aprendió a ser mejor persona con los demás.

Otro aspecto que quería mejorar eran sus actos hacia los demás, pero se daba cuenta de que era mucho más difícil y requería más esfuerzo de su parte. Al principio, no tenía ganas de aprender a ser mejor persona, pero se propuso salir a la calle y estar dispuesto a ayudar a quien lo necesitara. Quizá así encontraría una motivación para cambiar.

Mientras iba andando, se dio cuenta de que había más personas que necesitaban ayuda de las que pensaba. Un hombre estaba pintando en lo alto de una escalera y se iba a caer, entonces, el niño acudió corriendo y sujetó la escalera. Una mujer anciana iba a cruzar la calle con unas bolsas de la compra y el niño tomó una de las bolsas y le ofreció su brazo para que se apoyara y así pudiera pasar la calle. Las personas que lo habían visto le sonrieron y le aplaudieron por haber hecho estas buenas obras. El niño se sintió genial y consiguió la motivación que buscaba para querer ser mejor persona.

Después de eso, pensó que ya había mejorado todo lo que debía. Sin embargo, seguía sintiendo deseos de hacerlo con cualquier defecto que tuviera, así que, a partir de esos días, se esforzaba mucho más y, aunque sus padres le reñían, porque no hay nadie que fuera perfecto, el niño siempre insistía.

De esta manera, consiguió ser mejor cada día más y su personalidad también cambió, tanto que sus padres y amigos estaban muy sorprendidos de verlo diferente. Él seguía pensando que así le iba a gustar más a la gente, pero, en lugar de eso le pareció que la gente que lo quería ya ni siquiera lo reconocía. Él se preguntaba por qué lo trataban así y no lograba entenderlo, pues si hacía algo malo, lo regañaban y castigaban; y si trataba de hacer todo bien, no lo reconocían. Entonces, se enfadó con sus padres y amigos, y los deseos de mejorar desaparecieron. Deseó ser peor a como era antes y lanzar por la borda todo lo que había logrado.

El niño sabía que estaba mal lo que estaba haciendo, pero no podía detenerse, no quería tener compasión. Paró de estudiar, volvió a mentir, dejó de ayudarle a las personas que lo necesitaban. Al ver esta nueva actitud del niño, todos le dejaron de hablar y él no entendía nada ni sabía qué hacer. Se le ocurrió que un cambio tan de repente no tenía sentido para los que lo rodeaban, entonces, les explicó lo que hacía y por qué lo hacía.

Luego de aclarar la situación, todos lo entendieron y él retomó el camino para ser una mejor persona cada día, sabiendo de antemano, por lo que le había ocurrido en su vida, que ser perfecto era imposible.

*Ser mejor persona es un reto que se asume
todos los días.*

Ricardo

El escritor deportista

Sandra Garrido Martín de la Vega

Ricardo era un niño de diez años que vivía en un pueblo muy pequeño de Extremadura, llamado Pedroso de Acim. De pequeño, cuando montaba en bicicleta, se le fue un manillar y, al no darse cuenta, se estrelló de tal manera contra la casa del vecino que tuvieron que amputarle la pierna. A Ricardo le gustaba mucho el deporte. Había visto en la tele que había personas como él, que eran deportistas. ¡Incluso, iban a los Juegos Olímpicos! Ricardo siempre pensaba en lo bien que la pasaría si pudiera correr de nuevo con sus amigos. Siempre pensaba en lo que podía hacer para participar en aquellas actividades deportivas que tanto les gustaban a sus amigos.

Ricardo estuvo investigando y entrevistando a sus padres, familiares y profesores durante mucho tiempo. Un día, se le ocurrió buscar por internet y se dio cuenta de que podría cumplir su sueño de correr por aquellos patios de los colegios. Rápidamente, fue a comunicárselo a su madre y le dijo muy emocionado:

—¡Mamá, mamá, he encontrado un invento para poder andar de nuevo!

—¿Ah sí? Dime, ¿qué has encontrado? —le preguntó intrigada su madre.

—¡He encontrado una prótesis deportiva, mira!

La madre miró asustada la prótesis y le dijo muy apenada:

—Ricardo, esto es demasiado caro, pero puedo ahorrar para comprarte una.

—Sí, claro que puedes, pero tardarás mucho, afirmó Ricardo desanimado.

Entonces, se fue a buscar si existía alguna prótesis más barata, pero no la encontró.

Al día siguiente, en Educación Física, vio que sus amigos la pasaban genial y quería estar con ellos corriendo y jugando, pero no podía. Ricardo tenía muletas desde los cuatro años y era imposible seguirles el ritmo.

Terminadas las clases, de camino a su casa, vio un cartel que decía: “Concurso de cuentos. primer premio 1200 euros.” De inmediato, pensó que si ganaba el concurso podía empezar a ahorrar para su prótesis deportiva. Cuando llegó a casa, fue a decírselo a su madre y sin más preámbulo, se dirigió a su cuarto, tomó papel y lápiz y empezó a escribir. Como no sabía hacerlo muy bien, decidió preguntarle primero al profesor. Al día siguiente, así lo hizo y su profesor le explicó cómo escribirlo.

El primer día que empezó a escribir, ya casi tenía la historia acabada. El segundo día, ya solo le faltaba los últimos detalles. El tercer día, el cuento estaba finalizado. Pasó una semana y anunciaron a los ganadores. Ricardo quedó de cuarto.

Se entristeció un poco por no haber ganado, pero se propuso encontrar otro concurso para ganar y conseguir lo suficiente para su prótesis.

Pasaron los días y seguía sin encontrar ningún concurso. De pronto, yendo nuevamente de camino a casa, en el mismo sitio, encontró el anuncio. Esta vez, el primer premio eran 2200 euros. Por otro lado, se enteró de que mensualmente se realizaba un concurso e iban aumentando la cantidad de euros del premio. Ricardo llegó a su casa y se puso manos a la obra. Primero intentó hacerlo despacio, para mejorar la letra; luego hizo un esquema de cómo sería la historia y también realizó algunos dibujos, que le quedaron muy bien; después, le puso grapas, portada y le dio la forma de un libro. La historia se trataba de un gato al que le gustaba dibujar, pero no lo hacía, porque sus patitas no podían agarrar el lápiz. En este segundo concurso, Ricardo obtuvo el segundo puesto y se le dibujó una sonrisa en el rostro al saber que había subido de posición.

Los siguientes días, después de hacer aquella historia, se inscribió en un curso de dibujo, para que las ilustraciones de sus historias fueran de mejor calidad. Volvió a crear un cuento con dibujos y le dio forma de libro. Estos dibujos mejoraron con respecto a los anteriores y estaba seguro de que esta vez ganaría y le faltaría menos dinero para obtener su prótesis.

El domingo por la tarde, Ricardo buscó por internet algún concurso más en el que pudiera participar. Encontró uno de relatos. Era más difícil, porque había que escribir más, así que se

dividió la escritura entre los días de la semana. Los lunes escribía cinco líneas, los martes hasta seis líneas, los miércoles siete, los jueves ocho y los viernes 10 o más. Esta vez la historia trataba sobre un niño como él, que, siguiendo sus mismos pasos, consiguió una prótesis deportiva con la que se hacía un gran deportista. Eso era lo que se había propuesto conseguir Ricardo.

Los resultados del segundo concurso de cuento dieron como ganador a Ricardo y se puso feliz. Inmediatamente, fue a contarle a su madre que había ganado 2200 euros y ella se quedó boquiabierta.

—Pero, hijo, ¿cómo los ganaste?

—En un concurso de escribir historias, mami. Espera te leo.

Ricardo le leyó a su madre todo lo que había escrito. Entonces, ella se dio cuenta de lo bien que lo hacía y se lo dijo.

Ricardo le tomó gusto a la escritura y continuó escribiendo mejores historias cada vez, ganó varios concursos, pero aún no tenía lo suficiente.

Pasaron los años y cada vez le faltaba menos dinero, hasta que un día encontró un concurso que si ganaba completaría lo que le faltaba para su prótesis deportiva. Sin embargo, este concurso no era de escritura, sino de dibujo y, como había estado estudiando y practicando para ilustrar sus historias, no dudó en presentarse.

Cuando anunciaron los resultados, se puso feliz, pues ganó el concurso y pudo comprar la prótesis, volver a correr con sus amigos y cumplir su sueño de ser deportista.

Pasaron diez años y Ricardo llegó a convertirse en un deportista profesional del atletismo. Obtuvo oro en los Juegos Olímpicos y consiguió ir dos veces.

La fe y la preparación constante son indicadores de la superación de los obstáculos.

SEGUNDA CATEGORÍA

Primer Premio

La respuesta está en el camino

Eric Albacete

Manuel tiene doce años. Es un niño alto y más bien delgado, de pelo castaño y ondulado, y unos profundos ojos negros. Es tímido e introvertido, de pocas palabras y pocos amigos, pero con un gran mundo interior. Vive en una pequeña ciudad costera y desde el balcón de su casa ve a lo lejos el mar. Es hijo único y sus padres lo quieren con locura, como él a ellos. Por eso, no les cuenta todo lo que le preocupa, pues lo menos que desea es afligirlos con sus problemas. Bastante tienen ellos con intentar sacar adelante la familia con sus sueldos precarios.

Teresa, la madre, es una mujer de cuarenta y dos años, delgada y de apariencia frágil, pero Manuel sabe que eso es solo en apariencia, pues su madre tiene una gran fortaleza interior, y es el sostén emocional de la familia cuando las cosas se tuercen. Ella cose en casa, hace los arreglos de ropa de una pequeña tienda de moda de la ciudad. La costura siempre ha sido su gran afición. Manuel piensa que tiene suerte de poder trabajar en algo que le gusta, pues ella dice que coser la relaja, que, mientras cose, su cabeza deja de darle vueltas a los problemas. A Manuel siempre

le ha gustado verla coser, enfrascada en su tarea, atenta a cada puntada.

Juan, su padre, es un hombre de cuarenta y cinco años, alto y robusto de aspecto y con carácter bonachón. Siempre ha tenido maña para arreglar cosas. De pequeño, quería ser ingeniero eléctrico, pero su humilde familia no pudo pagarle los estudios, de manera que todo quedó en un proyecto fallido. Aun así, él, por su cuenta, fue formándose leyendo libros y viendo programas de televisión que trataran sobre el tema. Cuando terminó los estudios básicos, entró a trabajar en una empresa como mozo de almacén, donde pronto pudo demostrar todo lo que sabía sobre electricidad. En un principio, se convirtió en operario de mantenimiento; y unos años después, en jefe del equipo de mantenimiento. Su padre también tiene un trabajo que le gusta.

Manuel no tiene una inclinación clara, cree que nunca destacará en nada, que será uno de tantos que hará un trabajo de tantos. Desconoce que, como todos los niños, él es único y especial, y cuenta con habilidades que le harán destacar. Cada día reflexiona sobre este tema intentando encontrar una respuesta. Si consigue saber en qué quiere destacar, le será mucho más fácil conseguirlo.

Un día, Manuel toma una decisión: cada mañana, antes de ir a la escuela, irá a correr por la playa; seguro que la brisa del mar y el ejercicio le ayudarán a resolver su problema, seguro que así logrará saber en qué puede ser bueno, ¡o quién sabe... tal vez el mejor!

La primera mañana fue dura, le cuesta levantarse a las seis de la mañana, tiene sueño y en ese momento es difícil encontrar la motivación para dejar la cama calentita y salir a correr. Tras unos minutos de vacilación, se incorpora y se viste con su equipo deportivo. Es invierno y hace frío, así que escoge un grueso chándal y sus viejos zapatos deportivos. En casa, su padre ya está levantado y a punto de salir a trabajar; también su madre, que anda atareada arriba y abajo. Ambos se extrañan de ver a Manuel listo tan temprano, y aún se extrañan más cuando les dice que sale a correr. Sin embargo, no les parece mal, al contrario, piensan que es bueno que su hijo deje de estar siempre tan pensativo y se decida a hacer algo de ejercicio.

Al salir a la calle, una fuerte ráfaga de viento recibe a Manuel, que siente activarse de inmediato todos sus sentidos. Es como despertar de un letargo. La sensación es estimulante y, cargado de energía, empieza a caminar hacia la playa. De camino, se encuentra con personas que, encogidas y con las manos en los bolsillos, toman el autobús o caminan deprisa, probablemente hacia sus trabajos. Sus caras no son alegres, parecen preocupados. También, encuentra a algunos, que, como él, han decidido salir a hacer deporte. Estos no van encogidos, tampoco tienen cara de preocupación, se les ve satisfechos, incluso, los que muestran signos de fatiga en sus rostros parecen sentirse a gusto. Eso le anima a seguir con su propósito.

Llegando al paseo marítimo, contempla la belleza del paisaje: la playa está desierta, aún no ha salido el sol y las numerosas luces del paseo iluminan parte de la arena dejando adivinar la in-

mensidad del mar, ese mar que susurra a lo lejos su melodiosa canción de paz. Manuel inspira profundamente y la brisa marina inunda sus pulmones llenándolos de vitalidad.

¿Cómo ha podido estar tanto tiempo sin percibir aquella sensación de bienestar? ¿Cómo no había pensado antes en hacer algo así?

Se adentra en la arena y empieza a correr de manera suave, rítmica, intentando acompañar su respiración: inspirando... espirando. Se siente tranquilo, relajado, no piensa en nada, no hay problemas, solo él y el mar, solo su respiración y el aire puro entrando en sus pulmones; solo paz...

Así pasa un buen rato, no sabe cuánto hasta que mira su reloj y ve que han pasado veinticinco minutos. Se siente cansado, pero feliz y decide que, para el primer día, es suficiente. De camino a casa, piensa que esos veinticinco minutos han sido los más gratificantes que recuerda en mucho tiempo.

Pasan los días y la nueva rutina de Manuel cobra consistencia. Cada día se levanta con más ganas de ir a correr, cada día corre durante más tiempo y más rápido, cada día se cansa menos y no solo eso, cada día se siente más feliz. Ese nuevo estado anímico también trae cambios en su comportamiento. Aunque sigue siendo tímido, ya no parece tan retraído con sus compañeros de clase; y en casa, se muestra mucho más comunicativo. Está claro que Manuel se siente mejor y eso se refleja en su comportamiento.

Las clases de Educación Física en la escuela pasan de ser un agobio a ser sus preferidas. Disfruta del deporte, juega con sus

compañeros en equipo y también practicando la carrera en solitario. Ángel, su profesor, un hombre de unos cincuenta años, con mucha experiencia en el ámbito de la enseñanza, nota enseguida los cambios experimentados por Manuel. Un día, al final de clase, Ángel le pregunta a qué se debía ese cambio de actitud tan positivo y el niño le contesta que, buscando una respuesta a una pregunta, se propuso seguir un camino y que, con el tiempo, se había dado cuenta de que el propio camino era la respuesta. Ángel se queda pensativo, no acaba de entender a Manuel. Entonces, este le explica que, queriendo encontrar algo que le gustara, algo que pudiera hacer bien y lo hiciera destacar, pensó que sería buena idea salir a correr para despejar la mente y poder pensar con claridad y que, con los días, se fue dando cuenta de que corriendo no pensaba en nada, solo disfrutaba hacerlo. Además, se le daba bien, de hecho, se le daba muy bien y cada día mejoraba.

Entonces, se dio cuenta de que esa era su respuesta: el deporte era lo que se le daba bien, lo que le hacía sentir pleno, con la sensación de poder ser bueno en algo.

Ahora Manuel piensa que cuando buscamos respuestas, hacer algo que nos haga sentir bien nos ayudará a encontrarlas. Incluso, a veces, como le sucedió a él, el propio camino de búsqueda es la respuesta que tanto anhelamos encontrar.

Valorar a los padres, la naturaleza y nuestro propio cuerpo es el principio de una nueva vida.

SEGUNDA CATEGORÍA

Segundo Premio

Mi historia de superación

Liam Hernández Magistretti

Y ahí estaba yo, bajo el crepúsculo de una tarde de invierno, ensimismado en mis pensamientos, encerrado entre las cuatro paredes de mi habitación y lamentándome de mi existencia. Si tan solo tuviera una pizca de valentía, estoy seguro de que podría acabar con este sufrimiento ya mismo. Y si el monstruo de mi armario se tomara un minuto para hablar conmigo, no sabría si seguiría siendo más monstruo que yo.

Supongo que ante todo esto se estarán preguntando a qué viene tanta negatividad. Es una historia un poco larga, pero tampoco tengo nada mejor que hacer, así que...

Todo empezó cuando entré al instituto. Yo solía ser un chico bastante alegre y sociable y, aunque me daba algo de miedo, estaba entusiasmado por conocer a mis nuevos compañeros y hacer amigos, pero no sucedió como yo esperaba. Allí todo el mundo era diferente a mí. Yo intenté con todas mis fuerzas integrarme a un grupo, pero ellos acostumbraban a reírse de mí y a utilizarme para que les hiciera las tareas. Durante un tiempo, esto me daba igual, pero cuando empezaron a burlarse de mí

diariamente, me empecé a sentir muy mal. Yo solo había hecho cosas buenas por ellos y no entendía por qué eran tan malos conmigo. Esta situación fue escalando y paulatinamente se fue apoderando de mí una oscuridad que había invadido por completo mi corazón y me estaba consumiendo poco a poco; una oscuridad a la que decidí llamar ansiedad. No podía dejar de pensar en cosas malas, de temblar, de vivir con un constante miedo en el cuerpo.

Mis padres tuvieron que cambiarme de instituto a mitad de segundo de la Educación Secundaria Obligatoria, porque no podía más con esta situación. Pero no sirvió de nada. Llegué a un instituto privado y la verdad es que, a pesar de que la gente era bastante buena conmigo, la oscuridad ya me había consumido por completo en aquel entonces e hizo que me convirtiera en una sombra. Todo este tiempo mis compañeros intentaban hablar conmigo, pero siempre les respondía de una forma burda o los ignoraba. Tenía miedo a lo que me pudieran hacer, a que fueran como los otros chicos. Había aprendido que solo podía confiar en mí mismo.

Y así es como llegamos hasta ahora. Solo soy una sombra que teme a la luz de la puerta entornada y, al caer la noche, se convierte en un destello sobre la alfombra o una silueta dibujada en la pared, temor de muchos niños. Me gusta la oscuridad, pero...

Estoy cansado de esta situación, no quiero seguir viviendo así. “¿Por qué me tienen que pasar estas cosas a mí?”, me pregunto constantemente. “Solo veo una forma de acabar

con esto, solo hay una forma, no hay otra”, me digo mientras una gota de agua salada se desliza por mis mejillas hasta el infinito...

En ese momento, un haz de luz me ilumina. Me doy cuenta de que las sombras solo existen cuando hay luz. Siempre he tenido a mis padres apoyándome en todo y a un par de amigos que, aunque haya dejado de hablar con ellos, sé que estarán ahí cuando los necesite. Solo debo echarle un balde de luz a mi vida. Entonces, decido pensar en lo que pasaría si las cosas cambiaran... Y mi mente sale volando por la ventana.

Lunes

Hoy me desperté con ganas de tener una buena semana. Para empezar el día, me levanté temprano, me di un baño y me puse a desayunar mientras hablaba con mis padres, cosa que les sorprendió bastante. He de admitir que no tenía muchas esperanzas, pero me sentó bien hablar con ellos, incluso hasta los abracé, momento en el que mis brazos se volvieron normales, dejaron de ser una sombra. Me sentí muy bien.

Martes

Al llegar al instituto, pensé en cómo podía arreglar las cosas malas que les había hecho a mis compañeros, que ya ni hacían el esfuerzo por intentar hablar conmigo. En el fondo, los entiendo. Yo tampoco estaría detrás de alguien que se dedica a tratarte mal o a ignorarte. Entonces, se me ocurrió una forma

de solucionar las cosas. En el recreo, me acerqué y les pregunté si podía jugar fútbol con ellos. La mayoría se incomodó, pero conforme íbamos jugando, sentí que me iba integrando al grupo; incluso, me pasaron el balón y pude marcar un gol. Todos lo celebraron conmigo y, en ese momento, mis piernas se volvieron normales, dejaron de ser una sombra. Me sentí muy bien.

Miércoles

Por lo general, yo no solía participar en las clases por este miedo que ya todos conocemos, pero lo que nunca hubiera imaginado es que Física podría llegar a ser una asignatura tan interesante. Ese día, me puse a atender en clase y, debido a esto, pude responder las preguntas de la profesora. Antes solía ser una tortura, pero ahora no estaba tan mal. Eso despertó una parte de mi cabeza que llevaba mucho tiempo dormida. Me hizo tomar interés por las clases y ser mejor estudiante. Mi cabeza se volvió normal, dejó de ser una sombra. Me sentí muy bien.

Jueves

El día de hoy lo dediqué a ayudar a mi hermano con sus tareas del colegio, pues estaba bastante perdido. Tuvimos que dedicarle todo el día al estudio, pero la verdad es que no me importó. Al acabar, me dio un abrazo tan fuerte que, aun con su cabeza en mi pecho, pude notar su aliento y su voz cansada dándome las gracias. En ese momento, mi pecho se volvió normal, dejó de ser una sombra. Me sentí muy bien.

Viernes

Paola es la chica más guapa de todo el instituto. Aunque hay muchos que no opinan lo mismo que yo, para mí es la más hermosa del mundo entero. Ese día, me armé de valor y, con mucho miedo, me acerqué a hablar con ella. Me quedé estupefacto al contemplar el cerúleo en sus ojos. Ella parecía tan merolica y yo tan renuente que, por un segundo, pensé que no iba a funcionar. Sin embargo, había algo en su sonrisa que me decía que no debía preocuparme de nada. Puede sonar muy atrevido, pero no pude controlar mis instintos y la besé. Tenía unos labios muy suaves y el olor de su pelo era tan... Era como un sueño, como si yo fuera Eros y ella Psique. Ella era mi octava maravilla. En ese momento, mi corazón se volvió normal, dejó de estar corrompido por la oscuridad. Ella me había salvado. Me sentí muy bien.

Sábado

El sábado mi mente dejó de volar. Debemos acordarnos de que esto solo era una fantasía.

Yo sigo bajo el crepúsculo de una tarde de invierno, ensimismado en mis pensamientos. Sin embargo, en este preciso momento, me siento normal. Quiero empezar a caminar. Realmente, me siento muy bien.

Cuando visualizas fervientemente tus deseos más profundos, se empiezan a cumplir.

SEGUNDA CATEGORÍA

Otros Participantes

La oveja negra

Anelís Ascanio Delgado

Esta historia comienza un 25 de diciembre de 2006, el día que nació una niña muy radiante, es decir, yo, Anelís Ascanio Delgado. Esta es mi historia.

He tenido una vida movidita, pero es algo a lo que me he acostumbrado. El 15 de mayo de 2006, el día del cumpleaños de mi madre, ella se sentó en un sillón de masajes y por poco no sobrevivo. Pero, por suerte, nací y viví bien.

Cuando tenía tres años, ocurrió algo que cambió mi vida por completo. Para añadir contexto, mi padre y mi madre estuvieron en una relación durante bastante tiempo, tuvieron a mi hermano (que fue un accidente) y después a mí. Durante toda mi vida, nunca supe que mi madre y mi padre vivían mal, pero era algo obvio. Mi madre, harta de esta mala vida, decidió dejar a mi padre, pero nada fue como mi madre lo planeó. Mi padre se tomó esto a mal y, debido a la rabia, cogió un cuchillo y apuñaló a mi madre, provocándole un corte enorme en el brazo. Mi padre, arrepentido de haber hecho esto, se cortó él mismo y llamó a la ambulancia y a mi abuela. Mientras ocurría todo

esto, yo estaba dormida, pero, lamentablemente, mi hermano vio todo con solo seis añitos. Mi madre casi muere y a mi padre lo condenaron a siete años de cárcel. Yo, con solo tres años de edad, no me daba cuenta de lo que pasaba, era demasiado niña para entenderlo.

Nos mudamos, porque nuestra casa albergaba malos recuerdos. Con el paso del tiempo, me acostumbré a vivir sin saber nada. Hasta que escuché a mi propio padre insultando a mi madre, me di cuenta de que él no era lo que yo pensaba. Nunca fue capaz de apreciar a su familia. Por otra parte, con mi hermano y mi madre, vivía bien, pero mi hermano entró en la adolescencia, acabó mal y creó muchos problemas en mi casa. Ocurrieron peleas considerables en toda mi familia con mi hermano. Yo solo lloraba y escuchaba.

Todas esas peleas continuaron hasta el 22 de diciembre de 2017. Mi hermano se mudó a casa de mi abuela y ni siquiera pude despedirme de él. Ese año no fue ni a mi cumpleaños y yo me sentí muy mal. Yo conseguía llorar y dormir. Me sentía muy sola. Antes de que eso pasara, mi padre encontró a una nueva pareja, lo que causó una mayor separación en nuestra familia. Yo tenía diez años y, como una niña normal, necesitaba la atención de mi padre. Sin embargo, él siempre le daba toda su atención a ella y yo, como su hija, obviamente, me sentía muy mal.

Decidí contárselo a mi abuela y mi padre se enteró. Esto generó una pelea con él, en la que me gritó simplemente porque

quería su atención. Cuando empezó el nuevo año, pensé que mi padre ya lo había superado, pero lo vi en marzo y no lo volví a ver en mucho tiempo.

Ese comienzo de año no solo no fue el mejor, sino que empeoró. Como mi hermano ya no estaba y mi madre trabajaba, yo era la que se encargaba de la limpieza de la casa. Tenía once años, me sentía sola y muy triste. Si yo no limpiaba un día, mi madre me quitaba el móvil. Si no era el móvil, el portátil, y así hasta quitarme toda mi diversión.

No tenía ganas de hacer absolutamente nada. Llegaba del colegio y estaba totalmente sola. No podía ver ni la tele. Al tener tantas discusiones con mi madre, ella decidió llevarme al psicólogo por mala conducta. Descubrimos que tenía una depresión que había cambiado a la niña tan feliz que solía ser. Mi madre pensó que era por culpa de mi padre, pero yo pensaba que era por ella, lo que provocaba muchas discusiones entre nosotras. La depresión duró hasta segundo de la Educación Secundaria Obligatoria, aproximadamente. No sé cómo la superé. Mi hermano volvió a casa cuando yo estaba en primero y eso ayudó bastante a soportar la situación.

Al entrar al instituto, tenía bastante miedo, era muy insegura. En el colegio, recibía bastantes comentarios sobre mi cuerpo, que no me sentaban bien, y estaba asustada de que se repitiera la historia y así pasó. Al ser objeto de críticas que me afectaban, debido a mi falta de autoestima, desarrollé ansiedad. No busqué ayuda, porque mi madre pensaba que era un simple berrinche,

pero yo sabía que no era así. Casi no paso de curso, pero gracias a mi madre lo logré.

Llegó la pandemia y, al empezar la cuarentena, no pensé que fuera a estar mal, pero ocurrió. Mi novio me trataba mal y lo dejé. Había perdido un amigo muy importante y casi no hablaba con nadie. Tenía muy pocas ganas de hacer los deberes; solo quería dormir. Lo único que me daba ánimos eran mis mascotas, que siempre han sido una forma de desconcentrarme.

Pese a todo, pasé el curso gracias al virus y estaba motivada a ser una nueva yo. Pero eso nunca pasó. Empecé con ataques de ansiedad y me vi obligada a ir a un psicólogo y, aunque no tenía muchas esperanzas, la verdad es que me ayudó. Durante todo tercero, me estuve sintiendo mal, no quería hacer nada, sentía que era inútil. Perdí amigos, pero seguí con mi vida.

Ese verano, salí con mis amigos y conocí gente nueva. Era todo lo que necesitaba. Empecé cuarto y me sentí muy bien, estaba muy nerviosa, pero iba a ser una nueva yo. Recuperé mis amigos y conseguí otros nuevos. El día de la presentación, vi a Liam, mi actual pareja, a quien había conocido en verano y, por alguna razón, me sentí en paz, con calma. Se formó una amistad entre nosotros, una amistad que me hacía falta y que acabó convirtiéndose en una bonita relación.

Y pensarán que esto no es una historia de superación, pero sí lo es. He pasado toda mi vida esperando sentirme bien y al fin lo he conseguido. He estado todos los años de mi vida pensando que soy una decepción y un fracaso, pero estaba equivocada. He

conseguido superar todo y, aunque pueda parecer minimizado, siempre lo pasé muy mal. Pensé que era la oveja negra de mi familia, ya que siempre tuve muchos problemas con ellos, pero ahora he conseguido sentirme bien, diferente, única, especial, sea como sea, pertenezca o no a mi familia.

*Buscar ayuda y aceptarla te abre todo un mundo
por conquistar.*

Moda en París

Antonella Lara

Soy de París, mido 1,68, mi cuerpo es perfecto ante mis ojos. Mis rizos son del color del carbón, la forma de mi cara es redonda, mis ojos son un poco almendrados, mi nariz un tanto respingona y mis labios carnosos de leve color rojizo, y mi piel es blanca como la porcelana.

—¡Verónica!

Me acaba de llamar mi madre enfadada buscándome por toda la casa. Ya sé lo que quiere; seguramente, que vaya a las clases de piano. Os preguntaréis dónde estoy yo entonces. Pues me encuentro en un inmenso jardín bien cuidado, sentada debajo de un cerezo. A mí no me interesan esas clases, prefiero estar dibujando diseños de ropa para algún día poder enseñárselos al mundo. No me levanté hasta escucharla más cerca del lugar donde me encuentro, tuve que esconder mis bocetos, ya que ella está en contra de que yo sea diseñadora. Me dirigí a donde se encontraba, y no tardó mucho su regaño.

—¡Cuántas veces te he dicho que debes asistir a las clases!

—Lo sé madre, pero ya le he dicho que no me gustan.

—Ya estamos de nuevo. Y yo ya te he dicho que son necesarias para que un hombre se fije en ti y te puedas casar.

Cuando dijo eso, me fui del jardín enfadada, porque sabe que estoy en contra de casarme. Para cuando llegué al salón, el profesor de piano se había ido y me dirigí a mi cuarto para seguir con los diseños. Como se acercaba la hora de la cena, decidí bajar. Cuando me faltaban los últimos escalones, escuché a mis padres conversando con más personas, así que me quedé en las escaleras para poder escuchar.

—Bienvenidos, señores Aguilar —dijo mi padre.

—Muchas gracias por invitarnos a cenar.

—No es nada, por lo que veo su hijo no los acompaña. Es una pena, ya que quería presentárselo a mi hija —dijo mi madre.

—No pasa nada, pueden esperar hasta el día de la boda.

En el momento en que escuché “boda”, subí a mi cuarto a preparar las cosas para escaparme. ¿Quiénes se creen para comprometerme sin mi consentimiento? Antes de tener todas las cosas preparadas, les escribí una carta de despedida a mis padres exponiéndoles las razones por las que me iba y pidiéndoles que algún día me perdonaran. Así mismo, les dije que era una pena no poder despedirme personalmente de ellos, porque sabía que si lo hacía seguramente me retendrían.

Pensé en salir por la puerta, pero no me parecía muy convincente, entonces, decidí saltar por la ventana. Cuando toqué el suelo, solamente pensaba en correr. Corrí tan rápido hacia la

puerta sintiendo la adrenalina por todo mi cuerpo en cada paso que daba. Una vez crucé por la puerta, sabía que no había marcha atrás. Esa noche dormí en la calle.

Cuando desperté, tenía hambre. Busqué un poco de pan en mi mochila, mientras dibujaba más diseños. Cuando me cansé de dibujar, comencé a caminar por las calles en busca de algún trabajo. Me detuve delante de una tienda de telas. Adentro alcancé a ver a Gabrielle Chanel, la diseñadora de Chanel. Me quedé mirando a través del escaparate cuando de repente sentí una mano encima de mi hombro. Era un señor de unos treinta años, con cuerpo bien musculoso y rostro tan serio que daba miedo. De la nada, me tomó del brazo y me arrastró dentro de la tienda.

—Perdone que le interrumpa, señora Chanel, pero he encontrado a esta niña observándola desde afuera.

—Puede soltarla, por favor, es una niña, no un animal como para que la coja de esa manera. ¿Cuál es tu nombre? —me preguntó Gabrielle.

—Mi nombre es Verónica, señora.

—Qué bonito nombre. Dime, ¿qué haces por estas calles tan sola?

—Me he escapado de mi casa, porque mis padres me querían casar con un hombre que no conozco —le empecé a contar.

—Ya veo, ¿y tienes dónde vivir?

—No, señora, pasé la noche en la calle.

Gabrielle quedó muy sorprendida e inmediatamente me hizo una propuesta.

—¿Qué te parece si te quedas a vivir conmigo? Trabajarías para mí.

—Muchas gracias, señora, le estoy muy agradecida —le contesté tan pronto pude reaccionar.

Gracias a la señora Chanel, pude pasar la noche en un lugar adecuado para dormir.

Un día, en la hora de descanso, yo estaba con mis diseños y una de las trabajadoras me pidió ayuda con unas telas. Cuando regresé, la señora Chanel tenía entre sus manos mis diseños y los estaba observando atentamente. No sé por qué, pero tuve mucho miedo de lo que me diría.

En el momento en que soltó los bocetos, sentí su mirada sobre mí y los sentimientos que surgieron fueron indescriptibles. Estaba tan nerviosa y ansiosa por lo que pensaba, hasta que escuché su voz.

—Te quiero mañana a las ocho en punto en la empresa con estos diseños.

No me lo podía creer y, debido a los nervios, no puede dormir esa noche.

A la mañana siguiente, antes de las 8, llegué a la empresa y un guardia me condujo a donde se encontraba ella. Estaba hablando con las trabajadoras sobre lo que tenían que hacer.

Una vez que estaba a su lado, me dijo:

—Voy a ser clara. Tus diseños me gustaron y quisiera que algunos estuvieran en la próxima pasarela.

—¿En serio? Muchas gracias, señora, le prometo que haré mi mejor esfuerzo.

—Eso espero, suerte con tus diseños.

Luego de esto, se dirigió a su despacho y yo no me lo podía creer. Ella no lo sabía, pero me estaba dando la oportunidad de superarme como persona y como profesional. Todos esos meses, los pasé en la empresa y pronto dieron sus frutos. Solamente faltaba su revisión del trabajo final.

Cuando ese lunes entró por la puerta, volví a sentir esos nervios, ansias y miedo tan conocidos. Se estuvo paseando alrededor de los vestidos hasta que se paró enfrente de mí y dijo:

—Buen trabajo, mañana estos diseños estarán en la pasarela.

En ese mismo momento, supe que había superado todas mis expectativas.

Creer en tus dones y luchar por tus sueños es la fórmula para el éxito.

Apocalipsis Zombie

Antonella Yamilet Montes Santa Cruz

17 de agosto de 2038

Daila, una joven de veintidós años, vive en Murcia, España. En estos momentos, se encuentra relajada viendo “Caso cerrado”, después de haber terminado un día de trabajo duro en el laboratorio. Ella es una científica importante, que colaboró, junto con otros dieciséis científicos, en el hallazgo de la cura contra el cáncer de mama, luego de tres años de arduo trabajo. No fue un trabajo fácil si se tiene en cuenta, entre otros, el costo monetario, pero había merecido la pena.

De repente, se interrumpe el programa por una noticia muy importante. Al parecer, se detectan los primeros casos de zombis en Denver, Estados Unidos. Se alza la prohibición para ir a esta ciudad y se empiezan a levantar muros a gran velocidad, para detener la salida de los zombis. Sin embargo, se permite salir en avión a aquellos que no hayan presentado síntomas ni estado en contacto. Al escuchar la noticia, Daila se preocupa porque en Denver vive Asher, su mejor amigo de infancia. Lo llama inme-

diatamente, le pregunta cómo está y lo insta a tomar un avión y salir lo más pronto posible.

Luego de ello, trata de volver a contactarlo y, después de varias llamadas, que nunca son respondidas, Daila empieza a preocuparse. Se imagina un sinnúmero de cosas que pueden haberle pasado: se acabó la batería del móvil, está en el trabajo, está trabajando por Zoom. Se le vienen un montón de ideas más, pero hay una que se niega siquiera a pensar. ¿Cuál es esa idea?

Seguramente, lo más lógico es que se haya convertido en un zombi. Inevitablemente, cuando piensa en eso, se acuerda de los momentos que habían vivido juntos, desde el primer día que se conocieron en la guardería hasta el día que se tuvieron que despedir, cuando Asher viajó a Denver por cuestiones de trabajo. Él es un gran arquitecto, le fascinan las matemáticas desde muy pequeño; no suele tener problema alguno con ellas. Sin darse cuenta, a Daila le empiezan a salir lágrimas, pero rápidamente las seca y se niega rotundamente a seguir pensando en esa horrible idea. Se aferró a la idea de que se le había agotado la batería.

1 de septiembre de 2038

Pasadas dos semanas, Daila se entera de que Asher, cuando supo del apocalipsis, tomó un vuelo, con tan mala suerte que el avión sufrió un fallo grave y cayó en tierra. Todos los pasajeros murieron. Daila está destrozada, se la pasa o durmiendo o llorando, pero sabe que no puede seguir así. Entonces, comienza poco a poco a hacer su día a día como antes, o al menos parecido.

17 de septiembre de 2038

Daila recibe una llamada de su jefe, quien le pide viajar a Denver en busca de un antídoto para reducir los casos zombis. Ella no sabe qué hacer, pues desde pequeña le han producido mucho miedo. Si cuando era niña, sabiendo que no existían, le causaban miedo; ahora, sabiendo que sí existen, siente terror; además, porque no puede bailar con ellos como en “Thriller”. Sin embargo, sabe que, si no hace nada y se queda de brazos cruzados, no mejorará la situación.

Después de cinco largas horas de pensar en el asunto, decide ir y superar su miedo. Enseguida, llama a su jefe y le comunica su decisión. Su jefe, el señor Martínez, le agradece e informa que la acompañarán otros científicos, incluyendo los que habían trabajado con ella la vez anterior.

Faltan dos horas para tomar el avión y Daila está muy nerviosa, le sudan las manos, y mueve la pierna compulsivamente. Se dirige a la cafetería del aeropuerto y compra un té, que la calma un poco, pero no lo suficiente. Al parecer, los periodistas estaban informados del viaje a Denver de un grupo de científicos, con el fin de tomar muestras y encontrar un antídoto para reducir los casos zombis. Por ende, cuando los trabajadores la ven, le aplauden y agradecen su esfuerzo. Sin embargo, ello no ayuda mucho a sus nervios.

Cuando Daila toma asiento en el avión, a su lado se sienta Adela, otra científica que había trabajado con ella en la cura contra el cáncer de mama. En ese primer trabajo, ellas se habían hecho muy amigas, pero habían perdido contacto. Cuando se

ven, se saludan y conversan para aminorar los nervios y, de vez en cuando, se cuentan anécdotas graciosas para reírse un poco.

10 horas y 30 minutos después

Por fin, llegan a Denver y enseguida las suben en un coche muy protegido. En el camino, se asustan mucho, pues los zombis intentan abrir las puertas y romper los cristales. Por suerte, no sufren ningún rasguño y continúan el viaje.

De repente, un túnel sale de la nada y el conductor acelera para que los zombis se queden atrás. Una vez dentro del túnel, se detienen y Daila mira con sorpresa y miedo a Adela, la cual le transmite las mismas emociones. Al cabo de pocos segundos, el túnel empieza a descender como un ascensor, y las pulsaciones de las dos científicas vuelven a la normalidad.

Cuatro meses después

Daila y los demás científicos trabajan bajo tierra y por fin encuentran un antídoto fiable al 90,87%, después de largas horas de trabajo y angustia, pues otros posibles antídotos no habían sido tan eficaces. Obviamente, a pesar de haberlo logrado, continúan trabajando hasta llegar al 100% de fiabilidad. Por fin, lo consiguen y, efectivamente, tardan muy poco tiempo, teniendo en cuenta lo difícil de hallar una cura o antídoto.

Una vez todos vacunados, Daila se siente muy orgullosa de sí misma. El nombre de la vacuna es Asher 1.5, en memoria a su mejor amigo.

Los asistentes especializados se equipan para vacunar a los zombis. Primero les administran un calmante y luego proceden a vacunarlos.

Al día siguiente

Cuando Daila llega a Murcia, sus padres la reciben muy felices, y lo celebran juntos.

Los miedos no pueden detener a los espíritus con convicciones.

Historia de superación de una mujer maltratada

Ariadne Segura Suárez

Esta es la historia de superación de una mujer maltratada por su marido. La pareja contaba con trece años de noviazgo, y cinco años y medio de casados.

Su historia comienza en el año 2009, cuando Brian, un chico algo conflictivo, tiene que cambiar de instituto y de vida. Su padre así lo decide debido a los problemas que se han presentado en el anterior centro. Aunque no lo quiere, Brian acata la decisión de su padre.

El día 12 de septiembre, comienza un nuevo curso en el colegio Zurbarán. Todos los alumnos llegan muy contentos del verano, con muchas ganas de afrontar el nuevo curso. Los compañeros notan una cara nueva en la clase y se acercan de inmediato a hablarle, preguntarle, conocerlo, saber de él... Todos excepto Gala, una chica muy sencilla y estudiosa que espera al recreo para acercarse. Cuando llega el momento, ella y Brian se presentan y comparten un poco. Los días transcurren y ellos dos siguen pasando el recreo juntos y conociéndose cada vez más, hasta el punto de ir quedando fuera de clase. Al cabo de tres meses de es-

tar quedando y conociéndose, deciden iniciar una relación, porque les encanta estar juntos.

Pasados cinco meses, Brian se abre a Gala y le cuenta un poquito la historia de su vida. Cuando tenía once años, falleció su madre de cáncer, pues se lo detectaron tardíamente. El padre, al ser empresario y tras lo ocurrido, decide huir a otra ciudad dejando a Brian a cargo de sus abuelos. A él esto no le sentó muy bien y se fue por el mal camino. Desobedecía a sus abuelos, que estaban enfermos, se escapaba de casa, no asistía a clase por pasarse todo el día de fiesta, empezó a consumir drogas... Cuando el padre se entera, decide volver a la ciudad y cambiar a Brian de centro, lo que provoca que acabe conociendo a Gala. Ella, impactada por la historia, empatiza con él y lo aconseja. Decide que va a estar ahí para ayudarlo, sobre todo a cambiar.

Cuando ambos cumplen dieciocho años, toman la decisión de irse a vivir juntos y encuentran un pisito de alquiler muy barato. Ganan dinero como pueden. Brian trabaja en una tiendita y Gala, en un bar por las noches, mientras de día estudia su carrera. Están muy felices, hacen planes del presente y del futuro, con el deseo de cumplirlos todos.

Pasa el tiempo y ellos dos continúan con su relación. Gala, tras acabar la carrera de profesora, da clases en el colegio Zurbarán, donde antes estudiaban. Brian trabaja en lo que surge cuando aceptan su currículum: en un supermercado, de dependiente, de camarero... Sin embargo, su relación ya no es la misma de antes. Se torna monótona, afloran los celos y las desconfianzas.

Para Gala, no existe ningún problema que no puedan superar, pues está locamente enamorada de Brian.

Días antes de Brian pedirle matrimonio, Gala percibe en él actitudes del tipo “déjame revisarte el móvil”, “no subas esto a las redes sociales, que eres mía”, “no vayas tan escotada”, “no salgas con tus amigas” y otras situaciones por el estilo, principios de un machismo que, a ella, al estar tan enamorada de él, le parecían normales. Brian lo hace para protegerla y desconoce que eso puede empeorar.

Al cabo de dos años de casados, se llevan la sorprendente noticia de que Gala está embarazada. Ella todavía no ha pensado en ser madre, pero Brian está muy ilusionado con la noticia. A raíz de esto, Gala se sienta a hablar con su marido para decirle que no quiere tener al bebé. Siente que no están preparados para ser padres y así se lo transmite, pero Brian, que no consigue convencerla, reacciona de manera agresiva y comienza a golpear la pared y a todo lo que había a su alrededor, elevando el tono de voz. La chantajea emocionalmente diciéndole que era una mala persona, una asesina...

A Gala le empieza un ataque de ansiedad con todo lo que escucha y Brian, al verla, le pide perdón y le dice que no era su intención que reaccionara así. Él quiere lo mejor para el matrimonio y para ella, y piensa que lo mejor es tener al bebé. Eso los mantendrá mucho más unidos y será la alegría de la casa. Gala acepta tenerlo y da la noticia a su familia y amigos. Aunque hace creer a la gente que está ilusionada con su embarazo, verdadera-

mente está rota por dentro, ya que decide hacerlo por la reacción de su marido.

A pesar de ello, durante el periodo de embarazo, Gala despierta su instinto maternal, comienza a vivir con ilusión su estado deseando que llegue el día de tener a su bebé en brazos.

Con cinco meses de embarazo, nuevamente tienen una fuerte discusión, porque Gala le dice que va a salir a tomarse algo con sus amigas. Él no la deja porque cree que le será infiel. Si sale, tiene que ser siempre con su marido. Impactada por escuchar esto, descubre que no reconoce a la persona con la que se había casado.

Pasado el tiempo, con tres años de nacida la niña, algo le dice que seguir con él es un error. Supone poner en riesgo su salud mental y su vida, al igual que las de su hija. Pero ella quiere pensar que no, que Brian es un buen padre y una buena persona.

Cinco meses después, tienen la bronca que Gala jamás pensó protagonizar. Él le dice que le va a quitar el móvil, que ella no lo necesita, que con el de él es más que suficiente. Ella se niega y Brian la empuja contra la pared intentando quitarle el móvil, mientras la niña llora al presenciar la escena. Gala sale de la casa como puede. Se esconde en los portales, mientras Brian y la niña la buscan. Cuando desisten, Gala llama a la policía y detienen a Brian. Su hija Sofía se queda con su mamá.

A Brian le levantan una orden de alejamiento. Gala y Sofía intentan superar todo el dolor con ayuda de profesionales y, sobre todo, con el apoyo de la familia y amigos.

Gala se siente muy orgullosa de ella y de su niña al ver la fortaleza con la que afrontan la nueva situación. No puede estar más contenta por la decisión que ha tomado.

La esperanza en una vida mejor ayuda a superar una situación nociva.

José

Aroa Villarreal

En un pueblo llamado San Félix, vivía una familia con cuatro hermanos: José, el mayor, con diecisiete años; Martina de quince años; Juan de once años; y Flor, la menor, de ocho años. Era una familia de recursos bajos. Vivían apartados de la gente del pueblo y eran muy pocos los vecinos que los saludaban. Lamentablemente, a su madre le detectaron una grave enfermedad y José, como hijo mayor, tuvo que dedicarse a trabajar para sostener la casa, tanto las medicinas para su madre como el alimento para sus hermanos.

José era el responsable de aquella familia, ya que nunca contaron con el apoyo de una figura paterna. Su madre decía que aquel hombre que era su padre la había abandonado al enterarse de que estaba embarazada de la pequeña Flor.

Lamentablemente, el día que tanto habían temido llegó: su mamá falleció. Desde esa fecha, José apoyó a sus hermanos con la ayuda de Martina, la otra hermana mayor. Con todos sus esfuerzos, y dejando a un lado sus necesidades, ayudó a sus hermanos con sus estudios hasta que se graduaron.

Martina, Juan y Flor empezaron a trabajar en sus profesiones: profesora, médico y arquitecta. En ese momento, sintieron que estaban en deuda con José. Por ello, decidieron que, a pesar de que era mayor, podía tener la oportunidad de estudiar y preocuparse por sí mismo. Entonces, los hermanos se lo comunicaron

—Ya que tú nos has apoyado en todo, a partir de la muerte de mamá y que fuiste como un padre para nosotros, ahora seremos quienes te ayudemos, para que te dediques plenamente en ti, porque sabemos que, sin importar la edad, puedes conseguirlo.

José, apenado, aceptó. Se dedicó a sus estudios, sacó finalmente su carrera como presentador en televisión y empezó a ejercer. Viajó a Estados Unidos y, aunque le costó adaptarse por el idioma y como siempre le había gustado experimentar, se esforzó y empezó a presentar en algunos canales de ese país.

Estaba en el auge de su carrera como presentador y haciéndose a una gran fama. Le estaba yendo como él quería y, por eso, no pensó en ningún momento que su pasado regresaría. Sin embargo, una tarde en que José se encontraba, como de costumbre, en una panadería para tomar su café, de repente se le acerca un hombre, con un aspecto descuidado.

—Llevo tanto tiempo buscándote, desde que me enteré de la repentina muerte de tu madre Isabela —le dijo el hombre.

José, totalmente asombrado y sin asimilarlo, tenía sus dudas de los motivos que llevaban a su supuesto padre a aparecer ahora.

En un momento, pensó que quizá era un estafador. Entonces, decidió hacerse una prueba genética con aquel hombre y así poder resolver todas sus dudas.

José llevó a aquel hombre a su hogar, le brindó comida y ropa nueva, y habló con sus hermanos. Estos quedaron impactados por la noticia y decidieron encontrarse con Enrique, su padre.

El día de hacer la prueba genética, leyeron los resultados y se asombraron al comprobar que lo que decía aquel hombre era verdad. Todos quisieron saber por qué los había abandonado.

—No estaba listo para más responsabilidades, así que decidí marcharme con todos los ahorros de su mamá y los míos. Gasté todo aquel dinero en apuestas y así terminé viviendo en la calle y pasando muchas noches de frío —se sinceró Enrique ante sus hijos.

Los hermanos decidieron perdonarle, ya que su madre les había inculcado muchos valores. Sin embargo, a la pequeña Flor le llevó mucho más tiempo aceptarlo. Entre todos los hermanos, le dieron el dinero suficiente para que su padre pudiera comprarse ropa y una vivienda. Esta vez, el padre no perdió el contacto e intentó estar pendiente de ellos.

Al pasar el tiempo y procesar la aparición de su padre, José conoció a una preciosa mujer llamada Amanda, de la cual se enamoró. Posteriormente, se casó con ella y formó una familia, junto con una preciosa hija, que había nacido de su unión, a la que llamó como a su madre, Isabela.

Al tener su hija, empezó a trabajar más y más. Le gustaba brindar toda su ayuda a la gente necesitada, así que siempre que podía donaba parte de su sueldo, iba a centros de menores y contaba su historia de adolescente. También, en el asilo de ancianos, siempre jugaba con ellos, ya que él tenía la necesidad de ayudar y brindar apoyo. Como él de pequeño no había tenido esa suerte, el estar con aquellos ancianos le hacía sentir que al menos podía hacer por ellos lo que no había hecho con su madre por estar trabajando.

Tenía la familia que quería, a sus hermanos les iba muy bien, su hija crecía y él envejecía. Sentía muchas incomodidades y dolor en sus huesos. Creía que probablemente podía tener la misma enfermedad que su madre. Después de consultar al médico, resultó que los años que había trabajado para su familia habían pasado factura. En un futuro, esa enfermedad le provocaría su muerte. Tiempo después, cayó en un coma y, así como él hizo con su madre, su hija lo cuidó a él.

José pidió un último deseo, que antes de morir que se reunieran todos los hermanos en la pequeña casa humilde donde se criaron y recordaran todo lo vivido. Como era de esperarse, sus hermanos estaban destrozados porque él era lo más cercano a un padre. Por su parte, José estaba muy tranquilo; él sabía que siempre había dado todo por su familia. Su último deseo fue que lo enterrasen al lado de su amada madre.

Lo que él no esperaba era que su padre apareciera en esos momentos a pedirle perdón una vez más por haberlo abandonado y

por el hecho de que José hubiera tenido que asumir toda su responsabilidad. No podía aguantar el dolor, a lo que José respondió:

—No te preocupes, no hay nada que perdonar.

Llegó la hora y tuvieron que despedirse de él. José, el niño que veló por su familia y puso la necesidad de los demás antes que la suya, falleció rodeado de sus seres queridos, tal como había deseado... No quería nada más.

*El camino presenta obstáculos que se deben
franquear para alcanzar la meta.*

La grandeza humana de Enrique

Charlyne Itchon

En una ciudad, vivía una pareja con su hijo Enrique. Él no podía estudiar ni salir, pues su familia era pobre. Por ello, recibía burlas y desprecio por los demás, aunque él siempre estaba dispuesto a brindar una mano amiga. Enrique se caracterizaba por su bondad y valentía.

Lo que más anhelaba era estudiar y tener amigos. Sin embargo, lo primero que hizo fue trabajar en una pequeña panadería y, también, ayudar a su padre. De lo que recibía, empezó a ahorrar para poder pagar sus estudios.

Lamentablemente, a su padre le detectaron una grave enfermedad y no tardó mucho en caer en estado de coma. Enrique tuvo que hacerse cargo de su familia. También, trabajaba durante el día y estudiaba en la noche y, con un gran esfuerzo, pudo graduarse.

Tiempo después de graduarse, tomó la decisión de irse a la capital en busca de más posibilidades. De esta manera, le podría enviar dinero a sus padres para sus necesidades.

Lamentablemente, una tarde saliendo del trabajo recibió una llamada inesperada de su madre, que lloraba a gritos.

—Tu padre ya no está con nosotros —dijo, mientras se ahogaba en lágrimas.

Enrique sacó fuerzas y fue a enterrar a su padre, a la persona que desde pequeño vio como un héroe. Luego, le dijo a su madre que se fuera a vivir con él. Aunque ella no quería dejar su hogar, aceptó, para poder disfrutar de su hijo y no dejarlo solo.

Después de lo sucedido, su madre estaba día tras día llorando, aunque se ocultaba de Enrique para no causarle más problemas, ya que él hacía todo lo posible para mantenerla lo mejor posible. Sin embargo, continuaba muy afectada y eso empezó a perjudicarla en el trabajo. Sus jefes se quejaban de su desempeño y cada tanto se veía en la obligación de buscar otro empleo.

Por su parte, para Enrique, tampoco fue fácil aceptar la pérdida de su padre, ya que era todo para él. Sin embargo, siguió adelante, porque se lo había prometido a su padre antes de morir: “Papá, no te preocupes, saldremos adelante, yo cuidaré de mi madre, te lo prometo”.

Un día, se le cayó todo encima. Como pasaba muchas horas trabajando, en un momento, se equivocó e hizo mal la tarea, y su jefe lo amenazó.

—Últimamente, te veo muy distraído, Enrique. Si sigues así, te acabaré echando.

Inmediatamente, trató de enmendar su error, pero recibió una llamada de su madre.

—Hijo, lo siento, no puedo más, me hace mucha falta tu padre, no puedo seguir sin él —sonaba desesperada.

Enrique quedó impactado y preocupado por su madre. Se fue corriendo a decirle a su jefe que no podía hacer el trabajo, que por favor se lo asignara a otra persona. Sabiendo que le faltaba poco para que lo ascendieran de cargo, lo que representaba un aumento considerable de sueldo, su madre era más importante. Esto le explicó a su jefe, pero este no le dio importancia; todo lo contrario.

—Si sales de esa puerta, quedas despedido —le dijo en tono desafiante.

Enrique, temblando, le respondió lo siguiente:

—Lo siento mucho, jefe, pero mi madre me necesita. Gracias por todo.

Y se fue corriendo en busca de su madre.

Cuando llegó a su casa, gritó:

—¡¡Mamá!!, ¿dónde estás?

La buscó por toda la casa y, al no encontrarla en ninguna parte, decidió llamarla. Escuchó su móvil sonando y halló a su madre tumbada en el suelo del baño, con pastillas en la mano. Por un momento, no sabía qué hacer, hasta que llamó a urgencias y se la llevaron.

Ya en el hospital, el doctor se le acercó.

—Por suerte, llegaron justo a tiempo y la pudimos salvar. Debemos dejarla descansar y esperar a que despierte.

Cuando la llevaron a la habitación, Enrique estaba sobre el pecho de su madre y le decía llorando:

—No te hagas esto a ti misma. A mí también me duele mucho el fallecimiento de papá, pero no quiero perderte también a ti. Yo no sabría qué hacer sin vosotros dos. Por favor, no te preocupes, ya buscaremos la forma de superarlo. Solo estamos nosotros dos, así que ayudémonos el uno al otro. Por favor, mamá, sé fuerte.

Al poco tiempo, gracias a Dios, su madre despertó y le dio a Enrique un gran abrazo.

—Te prometo, hijo, que no volveré a atentar contra mi vida. Perdóname. Yo pensé que era lo mejor para los dos. No quería ser otra carga para ti. Yo sé que tú trabajas mucho, mi amor, y ni tiempo para descansar tienes.

—Mamá, no te preocupes, lo más importante es que estés bien.

Seis meses después, tanto su madre como él, estaban estables, aún sentían la pérdida, pero la esperanza había vuelto a ellos.

Hoy en día, siguen viviendo bien con todas las necesidades cubiertas. Enrique volvió a la compañía, gracias a que lo readmitieron; también, lo promovieron de cargo.

En vacaciones, volvieron a su ciudad natal a visitar la tumba de su padre.

—Papá, lo conseguí, ya tengo un puesto fijo, que nos da lo suficiente para vivir. Nos está yendo bien. Hasta tengo una hermosa pareja, igual que mamá. No te preocupes, cumpliré mi promesa de velar siempre por ella. Te quiero mucho.

Así es como termina la historia de Enrique, una persona humilde, trabajadora, que siente, ama y protege. Una persona normal, una persona como cualquiera, con su grandeza humana.

Todos los logros nos constituyen como personas dignas de admiración.

Una sola persona contra un montón de dragones

Danayara Céspedes Rojas

En el monte sur de Caelum, uno de los lugares más preciosos del Reino de Westain, existían unos temidos dragones que gobernaban todo el reino. Pero no todos los años fue así. Antes de que los dragones emigraran a los montes Caelum, vivían en Altair, al norte de allí, un lugar hermoso que al cabo de los tiempos se fue deteriorando por culpa de la contaminación del Reino Tierra, uno de los grandes causantes de los desperfectos de los demás reinos.

Os preguntaréis por qué os he contado esto y quién es la lista, amable y valiente persona que está narrando esta historia. Me presento, me llamo Elora, la capitana de los guardianes de Caelum y a lo mejor una de las pocas supervivientes que merodean todavía por aquí. Antes de todo esto, vivía con mis padres en una cabaña junto al río, al lado de la frontera. Me acuerdo perfectamente de aquel 16 de octubre, antes de aquel temible final.

Antes de nada, os voy a contar un poco de mi vida, para que os situéis mejor. Desde pequeña, siempre he sabido que quería

ser una guardiana, protectora del pueblo y, por supuesto, de mi reino, del que siempre he estado orgullosa. Para ese entonces, no se podían presentar chicas y, como supondréis, tampoco podía ir a la escuela. Tengo que dar gracias a mis padres que me enseñaron por su cuenta, desde las matemáticas hasta lo que más me interesaba, las artes marciales. Hace poco menos de un año, abrieron la convocatoria para las chicas, era mi momento, tenía que ser la primera mujer capitana de los guardianes.

Estuve estudiando solo un año, puede parecer poco, pero para mí fue suficiente. Las pruebas eran en octubre, así que septiembre y agosto los pasé esforzándome más todavía. Al entrar a ese gran pabellón, me puse un poquitín nerviosa; en realidad, estaba muerta de miedo, todas las personas estaban haciendo estiramientos, mejor dicho, todos los hombres, porque no había casi mujeres. Me ubiqué a un lado y comencé a estirar. Luego, recuerdo que nos asignaron un número; a mí me correspondió el 5. Después de horas de espera, llegó mi turno. Entré con paso seguro, pero mi mente pensaba todo lo contrario. Me preguntaron varias cosas y luego tuve que hacer algunas actividades.

Al finalizar, me fui bastante desanimada. Cuando entraron los jueces, me miraron fatal, seguro pensaréis que fue cosa mía, pero no, la mirada de uno de ellos fue tan penetrante que por unos minutos me dejó paralizada.

A la mañana siguiente, nos reunieron en la fuente central. Cuando llegué, ya había bastante gente. Cuando me iba a sentar

en un banco, vi a lo lejos a los jueces. Rápidamente, me acoplé al primer grupo de personas más cercano. Empezaron a decir los nombres de los seleccionados para guardianes. Después de un largo rato, solo quedaban dos puestos, una chica y yo nos miramos de reojo. En ese punto, yo ya me daba por perdida y, de pronto, dijeron los últimos nombres: Kira y Evan. Sí... la eligieron en vez de a mí, pero aun así me sentía feliz por ella.

Cuando ya toda la gente se estaba empezando a ir, uno de los jueces dijo en alto el nombre del capitán de los guardianes. Me quedé helada... Lo repitió... Me di cuenta de que todos me empezaron a mirar muy fijamente. ¡Era yo, lo había conseguido!

En ese momento, empezó a sonar una alarma. Todo el mundo salió de sus casas; era un caos. De pronto, se vio una nube negra acercándose hacia nosotros. No era lluvia, eran unos grandes dragones negros que destruían todo a su paso.

Recuerdo perfectamente cómo la gente gritaba y corría en dirección al refugio más cercano posible. En mi caso, me quedé parada, todo mi mundo se paralizó, me bloqueé. Todos me preguntaban cómo atacar a los dragones, pero yo no decía ni una palabra, no podía. Fue entonces cuando Kira empezó a dar órdenes a los demás y todos se empezaron a movilizar, pero yo seguía parada. El miedo me recorrió por todo el cuerpo, estaba perdida.

Cuando salí de mi trance, ya era demasiado tarde, logré correr hasta el puente más cercano. Después de varias horas escondida y pensando en lo sucedido, decidí salir.

Estaba todo quemado como si un volcán hubiera explotado. Fui corriendo al único lugar donde sabría que estaría a salvo: mi casa. Al llegar, no había nada, solo cosas tiradas por el suelo. Tenía la esperanza de que mis padres hubieran tenido tiempo de huir a algún refugio, pero vivir al lado de la frontera era tener muy poco tiempo para escapar. Di un último vistazo antes de abandonar la que había sido mi refugio y mi mundo, porque, aunque no lo parezca, en esas cuatro paredes me enseñaron y educaron como la persona que soy ahora.

Fui a buscar en los refugios con la esperanza de encontrar a mis padres, pero ni rastro de ellos. Según algunas personas, poca gente pudo llegar a tiempo. Fui a visitar a los guardianes, pero no los encontré. Era como si se los hubiera tragado la tierra. En parte, fue mi culpa, no reaccioné como tenía que hacerlo y me sentí todavía peor. Miré a mi alrededor: todo había cambiado tan rápido. A lo lejos, vi una zona en la que salía muchísimo humo, era el lugar que los dragones habían elegido como su nueva casa. Me puse furiosa, estaba decidida a ir a vengarme por haberme quitado todo lo que más quería, pero luego volví a la realidad, solo era una persona contra un montón de dragones.

Los días pasaban y pasaban, intenté enmendar mi error ayudando a la poca gente que quedaba. Volvía a mi casa, que a duras penas había reconstruido.

He pensado en intentar recuperar mis terrenos y en hacer renacer Caelum. Ya sé que, para ti, lector o lectora, que estás ahora mismo leyendo, esto es una idea muy arriesgada, pero si te digo

que llevo varios días formando un nuevo equipo de guardianes... El caso es que me di cuenta de que los que habían hecho las pruebas de guardianes y no entraron, se habían salvado. Entonces, estuvimos practicando día y noche, hasta hoy, día en que vamos a atacar y recuperar lo que es nuestro.

Cuando empecé a subir aquella montaña, volví a tener miedo, no a los dragones, sino a mí misma. Esta vez, di los últimos pasos que me llevarían al final del recorrido. Cuando levanté la mirada, me encontré con las suyas, no las de los dragones, sino la de la demás gente que había desaparecido. Se me iluminaron los ojos al volver a ver a mis padres, pero, de pronto, uno de los dragones nos vio y rugió tan fuerte que todos los demás se levantaron a la vez. Estaba asustada, todos habían confiado en mí y yo siempre les había fallado en una cosa u otra. Los miedos siempre me han jugado una mala pasada, pero esta era mi oportunidad de superarme y vencerlos.

Entonces, me dirigí directo a uno de los dragones. Sin darme cuenta, un dragón mayor se me puso delante y pasó algo muy extraño: sentí su dolor por haber dejado su tierra. En ese momento, lo comprendí todo. Ellos habían venido huyendo de su reino, porque ya no había nada y el único lugar que encontraron fue este.

Después de horas intentando entender el lenguaje de los dragones, finalmente llegamos a un acuerdo: liberarían a las personas que se habían llevado y les dejaríamos una pequeña parte hasta pensar en cómo recuperar Altair de la terrible contaminación.

Ahora, estamos intentando aliarnos con los demás reinos para detener el avance. Aún tenemos un largo camino por delante, pero sé que lo conseguiremos juntos.

Un mundo maravilloso nace cuando se superan los miedos.

Mi abuela y su historia de superación

Davinia de Castro Fernández de la Puebla

Esta historia es real, aunque en ningún momento la he vivido en carne propia. No sé lo que se siente experimentar una situación así, al igual que tampoco sé cómo la afrontaría. Esta es la historia de mi abuela. Mi madre me la contó ya hace algún tiempo y hoy decidí plasmarla en el papel, ya que es una historia de superación real y, personalmente, pienso que siempre la realidad es mejor, con sus pros y sus contras, que la ficción.

No tuve la suerte de conocer a mi abuela, que por desgracia falleció teniendo mi madre tan solo veinticinco años, y yo todavía no había nacido. Sin embargo, mi madre me hablaba de ella en numerosas ocasiones.

Desde muy joven, mi abuela padeció de diabetes, razón por la cual tuvo muchos problemas de salud que derivaban de esta enfermedad. Entre otras dolencias, ella quedó ciega de un ojo y sufría del corazón.

Cuando mi madre contaba con solo veintidós años, durante el trasplante de riñón de mi tía en la isla de Tenerife, mi abuela se hirió con la zapatilla en uno de los dedos del pie izquierdo, a causa

de estar esperando tantas horas en el hospital. Transcurrido un mes, pensaba que se había curado, pero, por desgracia, no fue así. Al examinarla, los médicos afirmaron que lo mejor era amputarle parte de la pierna, ya que la herida estaba gangrenada y en muy mal estado. Esta fue la primera vez que mi abuela entró en el quirófano, para que le amputaran el pie hasta el talón.

Pasados los días, la herida no cicatrizaba y el personal médico se dio cuenta de que la gangrena seguía en la pierna e iba empeorando. Lo malo de esta situación, aparte de lo dicho, era que mi abuela prefería estar mal del pie, soportar grandes dolores, pero estar con su hija, es decir, con mi tía, que estaba agonizando. A pesar de sus deseos, tuvo que pasar por el quirófano una vez más, para que le amputaran hasta la mitad de la pierna.

Un par de días más tarde, su hija falleció a causa de una negligencia médica. Entonces, mi abuela se sumió en una profunda depresión después de tanta lucha, pues mi tía se había sometido durante dos años a diálisis, había conseguido un riñón y se lo habían trasplantado. Lo referente al riñón estaba perfecto, pero su fallecimiento se había debido a una causa ajena a su enfermedad, a una incompetencia médica. Era bastante irónico que la vida se la llevara así y más siendo tan joven, tenía diecisiete años, como quien dice, “con toda una vida por delante”.

Pasaron los meses, y poco a poco mi abuela fue abriendo los ojos e intentando mejorar. Aunque no se recuperaba de esa pérdida, se volcó aún más en el resto de su familia; ellos eran su punto de apoyo. En esos momentos, la vida decidió darle otro golpe

más. En una de las revisiones en el hospital, los médicos se dieron cuenta de que la pierna se había vuelto a infectar, la herida de la operación anterior había comenzado a supurar, no se le había curado del todo bien. Entonces, tuvo que pasar nuevamente por el quirófano y esta vez el personal decidió, como mejor opción, cortar la pierna por el muslo para erradicar la infección de raíz y así no correr más riesgos.

Nuevamente, tras la operación, mi abuela volvió a sentirse deprimida y hundida; no era poco lo que había pasado... La muerte de su hija, la pérdida de la visión de un ojo, la vida en el hospital, el quirófano y la amputación de su cuerpo eran algunos golpes que había recibido y a los que se había tenido que acostumbrar poco a poco.

Sin ganas de nada, se daba cuenta de que tenía que seguir con su vida, porque tenía un marido y otra hija, así que decidió volcarse en eso para intentar superar su depresión y continuar su vida poco a poco. Paulatinamente, con la ayuda de su familia y algunos amigos, empezó a sonreír de nuevo y a salir adelante. Los pasos que daba no eran gigantes, pero sí seguros.

Entre otras ayudas a las que recurrió, comenzó terapia con un psicólogo. Tras varios meses, pudo abrir los ojos y empezar a ver la vida con algo de optimismo. Su pena jamás la abandonaría, la pérdida de un hijo era para ella lo peor que le podía ocurrir a cualquier persona, pero decidió empezar a salir un poco, aunque fuera en esa silla de ruedas que tanta apatía le producía. También, en el coche de su hija, salía a pasear y lo que empezó como una

obligación se convirtió en un deseo de seguir adelante y salir de ese pozo donde estaba sumida.

En una de sus visitas de revisión al médico, le expresó que quería empezar la rehabilitación y que, por favor, la inscribiera. Esta noticia sorprendió gratamente a la familia, ya que hasta el momento ella se había negado rotundamente a hacerlo.

Fue así como tras algunos meses de espera, en la que ella seguía intentando salir más para no pensar tanto, la llamaron para hacer rehabilitación. Le correspondió en el Hospital Insular y así comenzó una nueva rutina. La ambulancia venía a recogerla todas las mañanas a las diez en punto, la dejaba en el hospital, donde se dedicaba a hacer los ejercicios junto al terapeuta que le habían asignado. Sobre la una y media llegaba de nuevo a casa, agotada por la jornada de la mañana. De esta manera, día tras día, durante meses, esa era su rutina y era la forma de conseguir la meta que se había propuesto.

Meses más tarde, le informaron que podía empezar la rehabilitación tan deseada con la prótesis para acostumbrarse poco a poco y conseguir caminar nuevamente. De nuevo, pasaron meses con una rutina bastante dura, porque por la mañana hacía rehabilitación en el hospital con los terapeutas, y por la tarde, tras descansar un par de horas, debía hacer unos ejercicios para fortalecer los músculos. Finalmente, mi abuela consiguió volver a caminar con su pierna ortopédica. No era lo mismo, pero podía valerse por sí misma y eso la hacía sentir mejor. Meses más tarde, falleció de un infarto.

Para mí, la historia de mi abuela es una historia de superación, porque ella fue una mujer que recibió muchos golpes en su vida, los afrontó como pudo y consiguió superarlos uno a uno con mucho esfuerzo, aunque lo de su hija, mi tía, la había marcado con fuego. Por mi abuelo y por mi madre, luchó por avanzar, por estar mejor cada día y ser un poco más feliz.

*Las historias de superación de nuestras familias
inspiran las nuestras.*

Superar tu miedo para seguir luchando

Ginger Domínguez

Hace un tiempo Neesha llegó a Inglaterra para solucionar uno de sus grandes problemas.

Un día por la mañana, iba corriendo por la calle, costumbre que le encanta hacer desde pequeña, pero no era su pasión, ya que para ella lo más importante es la música, más concretamente, el piano. Ese mismo día tenía una audición muy importante para una de las academias de música más cualificadas de Londres. Aunque los motivos que la llevaron a Inglaterra no tenían nada que ver con aquello, no dudó en tomar la oportunidad, porque pensó que una vez solucionado todo, se quedaría una larga temporada en esa ciudad.

Una vez en el auditorio, se ubicó detrás de una larga cola de participantes, lo que aumentó sus nervios, que no tardaron en desbordarse cuando su madre recibió una llamada del médico para confirmar la cita del día siguiente. Los hospitales, al igual que las clínicas médicas, le recordaban su mayor miedo, la muerte, su enemiga y acompañante desde los doce años. Y había venido a Inglaterra con la esperanza de alejarse de ella lo más posible.

Tuvo que olvidar todo cuando dijeron su nombre, era el momento de demostrar de qué estaba hecha. Para ello, tocó una pieza de Beethoven, su favorita, "Para Elisa". Podría parecer muy repetitiva quizá, pero ella siempre había sentido que su manera de tocarla era diferente, que expresaba algo mucho más profundo. Cuando concluyó, la aplaudieron y se sintió bien, pues ya se había visualizado haciéndolo delante de un gran público.

Al terminar, fueron a comer a un buen restaurante, porque su madre quería celebrar. Aunque todavía no le habían confirmado nada, su sexto sentido le decía que habían aceptado a su hija; y, aunque no fuera así, haber llegado hasta ese punto ya era una gran ganancia.

Al día siguiente, Neesha fue a desayunar con sus amigas. Les contó que poco después de cenar con su madre la llamaron para informarle que había conseguido entrar en la academia. Neesha no podía dejar de sonreír mientras lo contaba, ni siquiera la cita con el doctor, que tanto temía, pudo robarle la alegría.

Llegó el día de ir al hospital. Esos momentos eran de los pocos en que iba acompañada de su madre, porque, a diferencia de los otros días, hoy le dirían si era posible eliminar el cáncer. Cuando se lo diagnosticaron de pequeña, buscaron muchas maneras de contrarrestarlo, hasta que llegaron a Inglaterra para recibir el tratamiento.

Entraron a la sala donde las esperaba el doctor. Neesha se puso a estudiar su rostro y supo que algo no iba bien. Su sonrisa iba desapareciendo lentamente. Se sentaron en las sillas, su madre

tomó su mano para calmarla y recordarle que todo saldría bien. De repente, no podía oír nada, todo a su alrededor comenzó a tornarse borroso, veía al doctor hablar, se giró hacia su madre, a quien las lágrimas le caían por sus mejillas mientras la miraba. Todo se puso oscuro...

Pasado un tiempo, recobró el sentido. Estaba desorientada. Lo primero que apareció en su campo de visión fue su madre, que tenía los ojos hinchados y parecía temblorosa. A su lado, estaba el doctor e inmediatamente Neesha recordó que estaba en la sala del hospital. Entonces, todos los recuerdos le vinieron uno tras otro, lastimosamente solo eran los malos. Se dio cuenta de que su enemiga se encontraba más cerca que nunca cogiéndola de la mano, mientras le sonreía como si supiera que ya no habría escapatoria para ella. Todos sus sueños y sus metas se iban por la borda... Su futuro. No podía evitar pensar en su madre y sus amigos, no podría verlos más. De pronto, sintió unos brazos rodeándola fuertemente y, en ese momento, cuando se derrumbó por completo, gritaba y lloraba con todas sus fuerzas junto a su madre.

Durante dos largos meses, Neesha dejó de tocar el piano, abandonó todo aquello que alguna vez le alegraba los días; prácticamente no salía de casa. Su madre se encargaba de ir a verla e inspeccionar que todo estuviera bien. Su único pensamiento era que no merecía la pena seguir luchando por algo que acabaría dentro de poco. Es verdad que el piano la relajaba, pero sentía que si lo tocaba se convertiría en una despedida y no estaba preparada para soportar esa decepción. La madre también estaba mal por

la posibilidad de perder a su hija. Sin embargo, le dolía más ver cómo se hundía lentamente.

Fue entonces cuando decidió intervenir. Comenzó a pensar cómo podía ayudar a su hija, hasta que tuvo una idea. Quería que su hija superara ese miedo a perderlo todo sola, que fuera ella quien se diera cuenta de que podía salir de esta.

Una noche, su madre la llevó casi obligada a un concierto muy especial, aunque no se lo dijo. Neesha estaba nerviosa. Hacía tiempo que no escuchaba ningún tipo de música. Al entrar, se impresionó por lo enorme que era aquel auditorio, además de hermoso. Lo que le pareció curioso era que no había casi nadie, solo unas pocas personas en los palcos de arriba, pero no pudo reconocer sus rostros. Creía que en esa época no estaba tan infravalorado este tipo de música, pero parecía que se había equivocado. Se sentaron en la segunda fila, que estaba vacía. El espectáculo no tardó en comenzar. Reconoció aquella música de inmediato: "Para Elisa". Recordó cuánto le había costado aprenderse, todas esas tardes ensayando, incluso se le vino a la mente la audición para la academia. Lloró, porque ese era su sueño, tocarla en un gran auditorio como este; lloró, porque dejó que su miedo le quitara lo que más quería. Entonces, se levantó y salió corriendo hasta salir del lugar, no se detuvo, siguió hasta que chocó con alguien: una hermosa mujer, que le habló y le dijo unas pocas palabras, que recordará para siempre: "Lo que sea que te tiene así no te vencerá, lucha niña, contra lo que sea que te pasa y durante el tiempo que necesites". Entonces la mu-

jer se fue y ella se quedó pensando en todo lo ocurrido esa noche y replanteándose todo su futuro.

Hoy en día, Neesha ya no está entre nosotros, pero tuve la oportunidad de conocerla e ir a uno de sus conciertos. Fue precioso, me quedé sin palabras. Me contó la historia de cómo una noche hizo que su perspectiva cambiara dándose cuenta de cómo desperdiciaba su tiempo, de cómo había superado a la muerte no física, pero sí mentalmente. Vivió muchos años más de lo que le habían pronosticado. Me contó también que después de aquello había retomado su vida. Superó su mayor miedo, el cual la frenaba, mucho antes de que le dijeran que su tiempo era limitado. Luchó con todas sus fuerzas para vivir y conseguir esos sueños que tanto había añorado.

No hay que dejar que nada nos frene, hay que aprovechar el tiempo que tenemos... Esto lo aprendí de Neesha.

No importa cuánto tiempo tengas, siempre que lo des todo.

Mi historia de superación

Ian Pascual

Quiero empezar este relato diciendo que lo que voy a contar me produce mucho dolor y sentimientos encontrados. Es mi vivencia personal. Les hablaré sobre mi enfermedad renal, que padezco desde mi nacimiento.

Meses antes de nacer, al enterarse de que iba a ser un niño, mis padres decidieron darme el nombre de Ian. Mi madre me ponía música para relajarme y así no le diera tantas patadas.

Nací el 21 de diciembre del 2007 en el Hospital Universitari Dexeus de Barcelona a las 16:15 de la tarde. Nací con 4 kilos, 230 gramos y mi estado de salud era perfecto. Mis padres siempre me han dicho que parecía una bolita.

Ya en mis primeros meses de vida, mis padres se preocupaban mucho por mí, ya que nací con problemas renales. Para ellos fue muy duro, pues a los tres meses ya me estaban operando de los riñones. Empecé a perder peso muy rápido y tenía una infección de orina cada tres semanas, aproximadamente. Mis padres estaban desesperados. La vida en un hospital transcurre lenta, y el tiempo se hace eterno. Sin embargo, por todo

lo que hacían por mí, mis padres veían a los médicos como a unos héroes.

Pasaban los meses y yo seguía igual, con infecciones de orina; y mis idas y venidas al hospital. Mis primeros años de vida fueron muy duros, hacía pipí por un agujerito en la barriga. Yo no sabía lo que era jugar con niños en el parque y relacionarme con ellos. Me hicieron todo tipo de pruebas complementarias y se confirmó mi diagnóstico inicial, y eso fue un palo tremendo para mis padres y familiares.

Para mis padres, yo era su primer hijo, fue una etapa muy dura de sobrellevar. En esos momentos, se necesita mucha fuerza y ayuda psicológica, para mirar con calma la situación y buscar soluciones. Con controles periódicos y medicación, cumplí los nueve meses, hasta empezar a recibir tratamiento.

Quiero decir que el trato de todo el personal del Institut Universitari Dexeus es muy bueno. En la Unidad de Urología, hay personas muy humanas y siempre me han hecho sentir tan bien, que a veces me hacen creer que no tengo ninguna enfermedad.

Empecé tercero de primaria en la Escola Magoria. Yo nunca me había relacionado con ningún niño y para mí no fue nada fácil. Nunca me sentí apoyado ni querido. Incluso, cuando íbamos de excursiones o colonias, siempre pasaba alguna cosa que me impedía ir.

Esas circunstancias hacían sufrir mucho a mis padres, sobre todo a mi madre. Ella siempre ha querido llevar mi enfermedad

de la forma más natural posible. Al crecer y hacerme mayor, me doy cuenta de su sufrimiento, pues ella siempre me ha querido apuntar y llevar a todos lados, aunque no siempre se lo hayan permitido.

A medida que iba creciendo, me iba dando cuenta de que me costaba compaginar mi vida personal con mi enfermedad. Frecuentemente, surgían problemas, debido a mi insuficiencia renal. En mi caso, hubo que reconstruir el uréter, ya que se engrosó. Afortunadamente, de momento, todo salió bien, pero esa tranquilidad duró poco.

Entre prueba y prueba, empeoré bastante. En seis meses, no salía del hospital por mis continuas infecciones de orina. Esos fueron los peores momentos de la vida de mis padres. Por mi parte, yo sufría muchos dolores causados por largos períodos de tiempo tumbado en la cama, entonces, cuando me levantaba, apenas podía caminar.

En todo ese tiempo, me tenía que hacer a la idea de que padecía de insuficiencia renal crónica y que debía dejar de lado muchas cosas que me gustaban, por ejemplo, el fútbol, los deportes, la montaña. Debía aprender a ponerle nombre a mi enfermedad. Y, de repente, cuando empiezas a asimilarlo con ocho años de edad, te encuentras pensando: “¡Ostras, mis riñones no funcionan correctamente!”.

Tu futuro cercano está en una máquina de la que no habías oído hablar nunca, te nombran la palabra diálisis y tu cerebro se bloquea. ¿Por qué a mí? ¿Y ahora qué hago? Lo ves todo negro,

no sabes qué hacer y lo peor de todo es que no sabes cómo reaccionar. Tu vida queda marcada por tu enfermedad y, aunque intentes llevar una vida normal, a menudo no es posible. Intentas sonreír y tus padres te animan para que sigas luchando.

Mis padres tuvieron que cambiarme de colegio, porque empecé a sufrir *bullying*; por el simple hecho de estar enfermo, se reían de mí. Entonces, empecé con nueve años a ir a la Escola Lloret. Llegué con muchos miedos e inseguridades, no solo por mi enfermedad, sino por lo que había sufrido cuando mis compañeros se burlaban de mí. Nunca me quisieron ni me aceptaron tal como era.

Poco a poco, en la Escola Lloret, me fui acostumbrando a mis nuevos compañeros y, gracias a mi tutora Carme Foraster, empecé a tener confianza en mí mismo.

Unos cuantos meses después, yo era un niño nuevo, sonreía, jugaba al fútbol con mis compañeros y, lo más importante, me apreciaban y querían.

Estuve año y medio acudiendo a un psicólogo y hoy por hoy puedo decir que tengo seguridad en mí mismo. Y como siempre me ha dicho mi madre: “Siempre hay que luchar y no rendirse”. Los enfermos renales tenemos que sobrellevar con esperanza nuestra enfermedad, ponernos bien y gozar de las cosas bonitas que nos ofrece la vida.

Acabé sexto en la Escola Lloret, en medio de la pandemia y, afortunadamente, estoy mejor de mi enfermedad renal, aunque sigo llevando un control cada seis meses.

Ahora estoy en el Instituto Dolores Sopena y soy un niño feliz, he pasado muy malos momentos en mi vida, y ahora soy una persona nueva, me siento muy querido por mi Tutora y mis compañeros y pienso que yo soy un buen ejemplo de superación personal y emocional por todo lo que he vivido en mi corta vida.

La enfermedad, cuando se vive con esperanza, nos ayuda a valorar la vida.

Escalando

José Manuel Asensio

Hola, me llamo Ramón. Soy un chico de cuarto de secundaria, me gusta jugar, estar con amigos y hacer deporte.

Un día, a nuestra clase, vinieron a darnos una charla sobre los distintos deportes, para indagar sobre nuestro interés por practicar alguno. Empezó la charla con la presentación de los estudiantes que aspiraban a ser profesores de Educación Física. Luego, continuaron con la exposición; hablaron de fútbol, baloncesto, natación, entre otros, pero hubo uno que no conocía y me llamó bastante la atención: la escalada.

Nunca había oído hablar de ese deporte. Me pareció muy interesante y no dudé en indagar más sobre él. Me gustó tanto que decidí apuntarme y el primer día que fui me enseñaron movimientos básicos. Aunque sufrí algunos testarazos, cada vez me gustaba más. En cambio, a mi familia no le hacía mucha gracia que lo practicara, pues lo consideraban de alto riesgo y afirmaban que me podía hacer daño. Sin embargo, yo los ignoraba, pues me gustaba demasiado este deporte como para dejarlo.

Tras un año yendo a entrenar tres veces por semana, me había vuelto uno de los mejores del centro y mi entrenador me preguntó si me gustaría empezar a competir. Al principio, dudé un poco porque tendría que ir a entrenar más seguido y no me quedaría tanto tiempo para estudiar, y la verdad iba muy justo en los estudios. Sin embargo, después de pensarlo durante un par de días, decidí empezar a competir.

La fecha de mi primera competición era el 2 de marzo, así que empecé a entrenar más para estar mejor preparado. El día se acercaba y yo seguía entrenando.

Llegó por fin la fecha esperada. Apenas pude dormir de los nervios y los profesores de mi instituto me echaron la bronca varias veces por no atender a clase. La competición consistía en trepar un muro de piedras, no recuerdo las medidas exactas, pero se veía realmente enorme. Éramos diez competidores, que nos ubicamos delante del gran muro de piedras, cada uno separado del otro para no molestarnos en la subida. Todos esperamos el momento en el que el entrenador diera el pitido que indica el comienzo de la competición. La cuenta atrás fue eterna. Sonó el pitido y salimos todos de un salto, estaba todo muy reñido, íbamos realmente rápido, algunos empezaron a ir más lentos al pasar por la mitad, otros aguantaron hasta más adelante, pero especialmente el chico que tenía a mi izquierda, que era muy bueno. Estábamos por llegar al final y ninguno de los dos bajaba el ritmo. Justo cuando nos aproximábamos, tuve la suerte de que mi rival se tropezara con un sobresaliente del muro y logré sacarle una

pequeña ventaja. Se me cansaban los brazos, pero ya faltaba poco para llegar, lo hice lo más rápido posible y obtuve el primer lugar. Mis compañeros y familiares me felicitaron. Me sentía bastante bien.

Durante un tiempo, iba a competiciones de este estilo cada mes. Mi entrenador me empezó a preguntar si me gustaría participar en una competición de escalada especial, los cien mejores escaladores del país en el mismo muro, compitiendo para ver quién era el mejor, pues decía que me veía capacitado para entrar. ¿Yo entre los cien mejores del país? Me pareció una locura, pero había entrenado mucho y quería ver qué tal me podía ir. Tenía un año entero para prepararme.

Un día en el que iba al entreno, me esperaba otra competición más. Me había acostumbrado a ganar y ya no era una meta, sino una obligación. Llegué y el entrenador, como de costumbre, nos explicó la normativa y cada uno se puso en su parte del muro. Como siempre sucede, los principiantes aminoran el ritmo alrededor de la mitad de la escalada, pero esta vez había un chico realmente bueno, que no perdía el ritmo, llegando al final del gran muro. Yo estaba muy nervioso, pues nadie me había conseguido igualar hasta el final. Entonces, pegué un salto para intentar agarrarme de la parte más alta, pero... ¡qué gran error!, se soltaron los arneses de seguridad debido al tambaleo y caí desde la cima del muro.

Cuando desperté, estaba en un hospital con las piernas completamente escayoladas y mis padres sentados al lado; estaban

muy confundidos. Me abrazaron al verme despertar. En ese momento, llegó un enfermero con una radiografía: tenía las piernas fracturadas. Se me fue el mundo abajo pensando que no podría competir más. Salí en silla de ruedas y estaba mi entrenador allí; también me dio un abrazo. Le pregunté sobre la gran competición, no me respondió... Sabía perfectamente lo que eso significaba, pero no quería darme por vencido.

Pasaron los meses, una espera realmente larga, pero por fin me quitaron la escayola que me cubría de cintura a pies. En el hospital, me dijeron que tendría que ir a clases de rehabilitación.

No tardé en conseguir caminar con normalidad, me estaba empezando a ilusionar, pues tenía muchas ganas de participar en esa competición. Cuando me vi preparado, salí corriendo al entreno, llegué y fui a ver al entrenador para darle la buena noticia, quien me dijo que no podía volver tan pronto, que, si lo hacía, me volvería a hacer daño.

Me molestó bastante, pero después de un par de días consultándolo con la almohada, decidí empezar a entrenar por cuenta propia. Necesitaba demostrar que sí era capaz. Encontré un muro de escalada, de esos que hay en los parques. Entrené día y noche. Pasaron meses y creo que hasta me volví más bueno que antes. Ahora tenía que convencer a mi entrenador.

Llegué al entreno colándome entre los demás chicos, me preguntaron qué hacía allí y les expliqué todo. Entonces, me ayudaron a convencer al entrenador. Debía volver a quedar primero para demostrar que me había recuperado, y así fue que nos

ubicaron frente al muro, ese gran muro del que me caí. Esta vez sí sentí mucha tensión, sonó el silbato y salimos todos. Esta vez no me fijé en el ritmo que llevaban los demás, me centré únicamente en mí y en el muro. Iba realmente rápido, y conseguí llegar mucho antes que mis compañeros; todos se sorprendieron, hasta yo mismo. El profesor me miró sonriente y me dijo que me preparara, pues en dos días nos íbamos a Madrid.

Llegó el gran día de la competición anual. Estuve nervioso las dos horas de viaje. Llegamos a Madrid y el profesor me enseñó el gran muro en el que íbamos a competir. Casi triplicaba la altura del muro en el que yo solía competir, pero no pensaba dejarme intimidar. Los otros 99 chicos salieron a prepararse, cada uno con un dorsal distinto; a mí me correspondió el número 38. Nos pusimos todos en fila. Esta vez la tensión era realmente abrumadora...

Sonó el silbato y saltamos todos; nadie aminoraba el ritmo. De repente, me di cuenta de que el chico que estaba al lado mío era el mismo que me había ganado la vez que me había caído del muro. No obstante, no iba a dejarme intimidar. Todos subíamos a una gran velocidad, nadie bajaba el ritmo, decidí centrarme en mí y dejar de mirar cómo iban los demás. Los brazos y piernas se me cansaban, pero aún no había dado lo mejor de mí. Seguí, pese al cansancio, y por fin pude ver que los demás ya empezaban a bajar el ritmo. Aun así, no me confié, yo había venido para quedar primero. Seguíamos avanzando hasta que solo quedamos diez insistiendo.

Los brazos y piernas me ardían, y ya estaba muy cansado, pero yo no había estado tanto tiempo entrenando para quedar entre los diez primeros. Entonces, seguí y seguí hasta que solo quedábamos el chico de mi izquierda y yo, ese chico que me hizo perder. En la recta final, ninguno de los dos se rendía. Llegando a la cima, pensé que, si quería ganar, necesitaba impulsarme para obtener ventaja, tal como lo había hecho cuando me caí la vez anterior, pero debía arriesgarme. Entonces, puse mi pie en el sobresaliente, a tan solo un metro y medio de la meta, y salte...

En el megáfono sonó: “¡¡El ganador es el número 38!!”.

¿Había ganado? Todo el mundo empezó a aplaudirme, estaba muy feliz. Mi entrenador me dio la enhorabuena, llegué a casa y todos me felicitaron, lo mismo cuando llegué al instituto.

Sin embargo, esto aún no ha terminado. Debo seguir entrenando y mejorando, pues hay 99 personas más que no se van a quedar atrás.

*Lo más importante que debemos superar
es el miedo.*

Cris y Marcos

Julia Cubells, Sara Bacale, Bryan López

Un día como todos, Cris se levantó de su cama listo para afrontar otra mañana aburrida en el instituto. Se preparó, desayunó, y esperó a sus amigos Joanna y Pablo para ir juntos. Cris siempre había sido un niño poco social y para la gente que no lo conocía era un poco “rarito”.

Las clases transcurrieron aburridas y tranquilas, hasta que por fin sonó el timbre que marcaba la hora de salir al patio. Toda la clase corrió eufórica a la cafetería para poder comprar su almuerzo. Cris fue a sentarse en una mesa a esperar a que Joanna y Pablo vinieran con los bocadillos y zumos. De repente, unos chicos que no había visto nunca, se plantaron delante.

—¡Así que tú eres el chico del que nos han hablado? —exclamó un moreno alto y esbelto.

—No os conozco de nada. ¿Qué es lo que queréis?

—Contéstanos solo una pregunta. ¿Eres gay? —insistió otro chico alto y rubio.

—Ehhhh, no —contestó Cris extrañado.

Después de este encuentro, Cris no pudo comer con sus amigos, estos reían y hablaban de cosas triviales, pero él estaba en otro mundo, con esa preguntita rondando en su cabeza. Así estuvo durante todo el día.

La hora más esperada del día llegó. El reloj marcó las cinco y ya eran todos libres.

—¡Ya he llegado! —gritó Cris.

—¿Cómo te ha ido el día? —le preguntó su madre.

—Como todos... Aburrido.

—¿Seguro? Pareces preocupado.

—Es que hoy unos chicos me preguntaron si soy gay. Nunca me he planteado por qué no me han atraído o gustado las chicas. Quizás aquella vez que me quedé mirando a mi compañero de clase de literatura el año pasado se debió a que me pareció guapo; no lo sé. ¡Estoy hecho un lío!

—Oh, así que es eso lo que te preocupa. A ver, hijo, no sé qué decirte, simplemente no te presiones. Eres adolescente y es normal que todavía no definas tu orientación sexual, pero sabes que estaré para apoyarte.

—Vale, gracias, mamá.

Cris se fue a su habitación a reflexionar sobre lo que su madre le había dicho.

Los días transcurrían con tranquilidad. Llegó el invierno, y con el frío había llegado a la ciudad un nuevo vecino. Cris nunca lo había visto, así que tenía un poco de curiosidad.

Un sábado por la mañana, cuando Cris despertó, pudo oír cómo su madre reía y hablaba con una señora. Al bajar, no solo estaba la señora a la cual había escuchado, sino también su hijo. Cuando su madre se dio cuenta de que Cris estaba allí, le presentó a los nuevos vecinos.

—Hijo, estos son nuestros vecinos, Clara y Marcos; su marido está trabajando. Vamos, preséntate.

—Eh, hola, yo soy Cris, encantado.

—Anda, siéntate a almorzar con nosotros y luego te vas con Marcos y sus amigos, y así conoces gente nueva.

Marcos y Cris conectaron miradas por un milisegundo. La vergüenza invadía a Cris por dentro. Cuando todos acabaron de almorzar, Marcos se estaba preparando para irse y decidió hablar con Cris.

—Oye, si no quieres, no hace falta que vengas. A mí no me molesta que lo hagas, pues así te puedo conocer, pero si te incomoda, no hace falta.

—Oh, bueno, sí que iré, creo que la puedo pasar bien.

Ambos se fueron. Durante el camino, ninguno de los dos habló.

—Nicol, Julia, Luis, Aina y Alfredo, este es Cris. Cris, estos son mis amigos.

Todos pasaron un buen rato, se conocieron un poco más. Cris y Marcos se hicieron cada vez más cercanos, tan cercanos que eran como mejores amigos.

Cuando la primavera llegó, Cris no tenía ninguna duda, sabía que le gustaba Marcos, y realmente se odiaba por eso. Tenía

miedo de confesarle sus sentimientos y arruinar su amistad. Por ello, dejó de estar tanto tiempo con él. Por su parte, Marcos se preguntaba por qué de repente Cris ya no le hablaba.

Un día, Marcos decidió ir a casa de Cris a obtener todas esas respuestas que él le debía. Llamó a la puerta y la madre de Cris la abrió como siempre, con una sonrisa.

—¡Hola, Marcos! ¿Vienes a buscar a Cris?

—No exactamente. Hace tiempo no lo veo y necesito hablar con él.

—No lo sabía, pensaba que hablabais a menudo. Pasa, pasa, está en su habitación.

Marcos abrió la puerta y se encontró con un Cris somnoliento.

—Así que aquí has estado tanto tiempo. ¿Sabes que necesito respuestas?

—Mmmm, eh, hola... Yo he estado ocupado, ya sabes, con los exámenes y eso...

—Ya... Tanto que de un día para otro me dejas de hablar sin decirme que no podías quedar por exámenes, básicamente ignorándome.

—Yo... Lo siento, ¿vale? No he estado con ánimos para quedar.

—Ya, pero eso no es excusa para ignorarme. Con un simple “no puedo, Marcos”, hubiera estado bien, ¿no? Pero tú simplemente desapareces, me evitas e ignoras.

—Es que no es tan sencillo, ¿vale?

—Pues dime qué es lo que pasa, soy tu amigo, se supone que confías en mí.

—¿Quieres que te lo diga? Pues te lo digo. Me gustas, ¿sí?, pero sé que yo no te gusto y no quiero arruinar nuestra amistad.

—La has arruinado más ignorándome que si me hubieras dicho esto al principio. Lo siento por no sentir lo mismo, pero yo te hubiera aceptado y hubiera seguido siendo tu amigo, pero sinceramente no sé si después de que me ignoraste quiero seguir siéndolo.

Marcos dejó a Cris con la palabra en la boca, cerró de un portazo y se fue a su casa.

Pasaron segundos, minutos, días, hasta meses, desde que Cris y Marcos se dejaron de hablar. Lo que ninguno de los dos sabía era que sus madres habían ideado un plan para que se encontrasen en la panadería del barrio.

—¡Marcos, acompáñame a comprar el pan!

—¡Ya voy!

Finalmente, Marcos llegó a la panadería y se encontró con una gran sorpresa: Cris estaba allí, estaba muy cambiado, pero se le veía feliz. Ambos chocaron miradas.

—Ey, ¿cómo estás? —dijo Marcos.

—Bien...

—Te veo muy cambiado, hace tiempo no nos encontramos.

—Ya, bueno, por fin he aclarado mis ideas y me he encontrado a mí mismo.

—¡Me alegro mucho! La verdad, te echaba de menos.

—Ya, y yo a ti. Podemos seguir en contacto, si quieres...

—Eso sería genial. ¡Me alegro mucho de verte!

Gracias a ese encuentro, los dos se fueron con una gran sonrisa a sus casas.

En cuanto a Cris... Él ya había encontrado lo que quería ser.

El camino inicia cuando estás de tu lado y te quieres tal como eres.

La mudanza

Luca Martín Caño

Todo empezó hace noventa y cinco años en la ciudad de Madrid, cuando nació Hans, un niño moreno, con ojos marrones, un poco pasado de peso, encantador, amable y muy simpático. Con los años, llevaba un vida muy buena y tranquila, iba al colegio, practicaba fútbol, sacaba buenas notas y ayudaba en las tareas de la casa. Pero esto iba a cambiar a partir de su décimo cumpleaños. Todo parecía ir normal, pero una semana después de cumplir años sus padres lo llamaron al comedor para comunicarle algo importante. Hans fue muy nervioso, porque nunca antes había sucedido algo similar. Al llegar, le dijeron que se sentara, él obedeció y preguntó:

—¿Por qué me habéis llamado? ¿Pasa algo?

—Sí, hijo, tu madre y yo queremos comentarte una cosa —respondió el padre con voz temblorosa.

—A ver, Hans, estos últimos días han cambiado muchas cosas de golpe y no sabíamos cómo decírtelo —empezó a hablar su madre—. A papá lo despidieron del trabajo hace dos semanas, como ya sabes. Desde entonces, él ha mandado su currículum a to-

das partes y... Lo han aceptado en uno, dijo la madre, que al momento fue cortada por Hans.

—¿Entonces, por qué estáis así de tristes, si es una buena noticia! —exclamó contento.

El padre tomó la palabra y le explicó nerviosamente.

—Hijo, estamos así, porque... a ver, cómo te lo digo. El trabajo es en Brasil, entonces, tendremos que mudarnos, pues he aceptado después de hablar con mamá. En dos semanas, nos vamos para allá.

En ese momento, Hans se quedó blanco, no le salían las palabras. Estuvo en silencio unos segundos y luego se fue corriendo para su habitación. Al llegar, se puso a llorar de una manera desconsolada. Sus padres decidieron dejarlo un rato solo, para que se relajara y asimilara las cosas.

Al cabo de media hora, sus padres vieron que continuaba igual, entonces, fueron a hablar con él y a explicarle mejor. Llegaron a la habitación y picaron a la puerta. Seguidamente, entraron y se sentaron en la cama junto a él. Le explicaron por qué habían decidido tomar esa decisión, que, aunque ahora pareciera lo peor, allí estarían muy bien y serían muy felices, puesto que estarían los tres juntos.

Tras estar una hora hablando, la madre se fue a trabajar y se quedaron solos los dos, padre e hijo. Entonces, Hans comentó:

—Papá, dime un consejo, para que me ayude cuando estemos en Brasil.

Entonces, el padre, cogiéndolo de la mano, le respondió:

—Hijo mío, esto es una oportunidad que te da la vida para que te superes, ya que allí todo será diferente. Seguro que al principio te costará mucho, pero conociéndote, lo superarás y conseguirás todo lo que te propongas.

Hans lo escuchó atentamente. Cuando terminó, abrazó a su padre diciéndole:

—Muchas gracias papá, lo intentaré. Te quiero mucho.

—Yo también, hijo —le dijo el padre dándole un beso en la cabeza.

Pasaron las semanas y llegó el día anterior a marcharse; era un jueves. Hans se levantó y, como siempre, fue al colegio. Lo que Hans no sabía es que sus compañeros le habían organizado una fiesta de despedida. Al llegar al colegio, todo parecía normal, la mañana fue como siempre. Sin embargo, después de la hora del recreo, un amigo le pidió que le acompañara al baño. Hans lo hizo y posteriormente subieron a la clase juntos. Al llegar, se encontró una pancarta que decía: “Te echaremos mucho de menos, Hans, aquí siempre tendrás a tus amigos”. Hans, al ver eso, se emocionó mucho. Sus compañeros vieron cómo estaba y fueron a abrazarlo todos juntos. El resto del día, estuvieron haciendo actividades y jugando.

Al fin llegó el día. Después de dos semanas con los nervios de punta, mucha incertidumbre y miedo, tomarían el avión y cruzarían el Océano Atlántico para llegar a su nuevo país, Brasil. Era un viernes soleado. Se levantaron a las seis de la mañana, ya que su vuelo salía a las diez; se vistieron y tomaron un taxi hacia

el aeropuerto Adolfo Suárez Madrid-Barajas. Llegaron a las siete, pasaron los controles de seguridad sin ningún problema; luego se fueron a desayunar. Cuando acabaron de hacer todo lo que debían, eran las nueve de la mañana, por lo tanto, se dirigieron a la puerta de embarque a esperar. Tardaron un poco, pero finalmente subieron al avión. Aproximadamente, fueron once horas de vuelo, sin ningún contratiempo y llegaron perfectamente.

Apenas llegaron, pidieron otro taxi para ir a la casa que sus padres habían alquilado. Cuando llegaron, Hans se quedó alucinado, porque era mucho más bonita de lo que parecía en las fotos e iba a tener una habitación mucho más grande. Se instalaron en la casa y se fueron a dormir, ya que estaban destrozados por el viaje.

Al día siguiente, fueron a visitar la ciudad y, como lo tenían de camino, pasaron por el colegio al que iba a ir Hans a partir del lunes. Se pararon en frente, miraron por fuera y les encantó. A Hans lo que más le gustó fue un campo de fútbol enorme en el que podría jugar todos los días.

Llegó el lunes, eran las siete y media, la madre fue a despertar a Hans para ir al colegio. Al principio, se hizo el remolón, pero finalmente se levantó. Sus padres le acompañaron hasta la puerta. Al llegar, estaba muy nervioso porque no sabía cómo iba a ser recibido por sus compañeros. Subió a la clase y lo presentaron, luego se sentó en la única mesa que estaba libre. A su lado, había una chica muy simpática con la que hizo migas muy rápidamente. El primer día estuvo muy bien y se lo contó a sus padres

muy emocionado. Las primeras semanas fueron complicadas por el idioma, pero Hans se adaptó perfectamente y poco a poco fue haciendo muchos amigos.

Acabó la primaria y empezó la educación secundaria. En esa época, descubrió que le encantaba el cuerpo humano, así que decidió hacer un bachillerato y luego estudiar Medicina.

Pasaron ocho años hasta el día que Hans entró en el Grado Universitario de Medicina. Fue el mejor de su promoción, e hizo la residencia de cirujano cardiovascular en el mejor hospital de Brasil. Después de todo esto, volvió a España y se puso a trabajar en el hospital Fundación Jiménez Díaz, en Madrid.

—Y así acaba la historia de tu abuelo, hijo —dijo el hijo de Hans a su hijo en su décimo cumpleaños.

—Me ha gustado mucho conocer la historia de mi abuelo, papá —respondió el nieto de Hans.

—Me alegro mucho, y acuérdate siempre de esto: cuando aparezca alguna dificultad en tu vida, piensa en tu abuelo y en cómo aprovechó la oportunidad que tuvo para superarse.

Estar abiertos al cambio facilita la superación de los obstáculos.

La derrota de los Petrov

Luka Mtchedluri

Todo comenzó en 1950 con el gran combate entre los dos mejores boxeadores del momento: el estadounidense Ray Arcel y el ruso Víktor Petrov. Como estos dos países no tenían buenas relaciones, este combate representaba toda una guerra de poder. Fue un combate largo y apasionado, en el que estos dos grandes titanes lucharían por el respeto de su país. Finalmente, el combate acabó con la gran derrota de Víktor Petrov, tras un nocaut a manos de Ray Arcel.

Tras su fracaso, Víktor Petrov fue considerado la vergüenza de Rusia y toda su gente le dio la espalda. Ante tanto rechazo, Víktor no tuvo más remedio que huir a la periferia de Moscú y cambiar completamente de vida. Se instaló en un pequeño pueblecito llamado Raduga, donde conocería al amor de su vida, Natasha, la cual le concedería el mayor de los regalos, su hijo Iván.

Pasaron los años y Víktor era feliz con su nueva vida, aunque nunca logró quitarse de la cabeza la imagen de su gran derrota contra Arcel. Por ello, el boxeo siempre fue algo prohibido en su casa, y nunca dejó que su hijo Iván se acercara a un *ring*. Aun así,

el boxeo era la gran pasión de Iván, como en su momento lo fue de su padre, de tal manera que, a escondidas, entrenaba cada día después del colegio con sus amigos.

Un día, mientras Víctor volvía del trabajo, vio a lo lejos un grupo de niños boxeando. Esto le trajo muy buenos recuerdos de cuando entrenaba en el parque con sus amigos, así que decidió acercarse. A medida que caminaba hacia ellos, uno de los niños le resultaba cada vez más familiar, hasta que por fin pudo reconocerlo... Era su hijo Iván.

Al principio, Víctor sintió mucha rabia. Le había advertido mil veces que no debía practicar boxeo o al final terminaría como él. Sin embargo, tras unos minutos contemplándolo, y al ver el entusiasmo y las ganas que mostraba Iván en el entrenamiento, una chispa dentro de Víctor resurgió. Llevaba años sintiendo odio y rechazo hacia el boxeo y ya no podía soportarlo más. Entonces, decidió transformar esos sentimientos en confianza en sí mismo, darle una nueva oportunidad al boxeo entrenando a su hijo para que se convirtiera en el boxeador que él nunca había podido ser. Pensando así, Víctor se acercó a su hijo y, con los ojos llorosos de emoción, le dio un gran abrazo. Iván no comprendía nada, pero estaba muy feliz por ver a su padre apoyándolo en lo que más quería en el mundo, el boxeo.

Víctor e Iván entrenaron muy duro, y crearon un gran vínculo padre e hijo, ya que ambos compartían su gran pasión por el boxeo. Cuando Iván cumplió catorce años, Víctor le tenía preparada una gran sorpresa. Como lo veía preparado para competir,

lo había inscrito al torneo anual de boxeo de su pueblo. Iván, al conocer las grandes noticias, se puso muy feliz, aunque a su vez, sintió mucho miedo de perder y decepcionar a su padre.

Durante meses, padre e hijo entrenaron día y noche para el gran torneo. Iván cada vez peleaba mejor. Sus técnicas y fuerza iban aumentando con el paso del tiempo. Sin embargo, algo no iba bien en Iván. Cada noche tenía la misma pesadilla: se veía perdiendo el gran combate y convirtiéndose en la vergüenza de su padre y del pueblo, como le había ocurrido a Víctor años atrás.

Finalmente, el gran día había llegado. Tras meses de entrenamiento, Iván le mostraría al mundo de lo que era capaz. Iván ganó los dos primeros combates sin apenas sudar, lo que lo posicionó en la gran final del torneo, en la que tendría que enfrentarse a Nikolái, un joven de quince años, considerado la gran promesa del boxeo en su pueblo.

Víctor estaba enormemente orgulloso de su hijo, pero los nervios se comían a Iván cada vez más y más. Esa misma tarde, a las seis, llegaba el gran momento, la final Nikolái vs Iván. Nikolái era un joven fuerte, y una cabeza más alto que Iván. También, destacaba por sus largas extremidades, cosa que le proporcionaba gran ventaja física sobre su contrincante. Iván, al verlo, se puso a temblar de miedo y lo invadió la idea de perder y de decepcionar a su padre. Pero, en ese momento, Víctor, como si hubiese leído el pensamiento de su hijo, le puso la mano en el hombro y le dijo:

—Tranquilo, hijo, confía en ti mismo y, sobre todo, recuerda todo lo que practicamos.

Iván, al oír esas palabras, soltó un suspiro de alivio, y se sintió preparado para combatir.

Al instante, empezó el combate. Nikolái era superior físicamente, y sabía aprovechar a la perfección la largura de sus brazos para abusar del “jab” y del “cross”. Iván lo intentó con todas sus fuerzas, pero era incapaz de entrar y golpear a su contrincante. De esta manera, Nikolái ganó fácilmente el primer asalto. Los dos siguientes fueron muy similares al primero. A pesar de que Iván consiguió propinar alguno que otro golpe a Nikolái, este se mantuvo firme y sin inmutarse. Finalmente, y pese a todos los esfuerzos de Iván, Nikolái se alzó campeón del gran combate.

Iván saludó con el guante a su contrincante y lo felicitó entre lágrimas por su victoria. Víctor se acercó a ayudar a su hijo a quitarse los guantes. Iván, al ver a su padre, se puso a llorar, ya que su peor miedo, perder y decepcionar a su padre, se estaba haciendo real. Ante ello, Víctor sonrió y abrazó a su hijo y, entre lágrimas de emoción, le dijo:

— Hijo, lo importante no es ganar o perder, sino esforzarse y dar lo máximo de uno mismo siempre. Hoy te han derrotado, pero yo siempre estaré orgulloso de ti.

Padre e hijo volvieron a abrazarse, estaban más unidos que nunca. En ese momento, cientos de aplausos les interrumpieron, el público había escuchado las hermosas palabras de Víctor, y estas habían llegado a sus corazones.

Ese día, Víctor se dio cuenta del tiempo que había desaprovechado odiando el boxeo tras su gran derrota, cuando realmente lo que le hacía feliz no era ganar, sino disfrutar de ese deporte. Por otro lado, gracias a la oportunidad que le brindó a su hijo para conectar con el boxeo, Víctor pudo superar todos sus miedos y complejos.

*Superarse es aprender tanto del triunfo
como de la derrota.*

La estrella

María Fernanda Pasache

En una escuela de Phoenix, Arizona, un chico de preparatoria jugaba en el equipo de fútbol americano en su escuela. Su posición era tackleador defensivo; y su función, perseguir al mariscal de campo y golpear su brazo para provocar un balón suelto. Su vida era como la de cualquier estudiante, sus calificaciones eran perfectas, ganaba los partidos que jugaba, se llevaba bien con sus padres, hasta que todo cambió en un abrir y cerrar de ojos.

Saliendo de los entrenamientos, cuando se dirigía a su casa, apareció su entrenador en una esquina, a unos pocos kilómetros, y le pidió ayuda con el auto. Él, como lo conocía, se acercó a ayudarlo y el sujeto lo agarró de la cabeza y lo golpeó hasta dejarlo inconsciente. Cuando despertó, se encontró en un descampado, desorientado. A un lado, se encontraban sus cosas. Entonces, las recogió y fue a su casa caminando sin decirle nada a nadie. Sus padres estaban preocupados por él, pero cuando llegó a casa les dijo que se había quedado en casa de un amigo.

Al día siguiente, fue a su escuela y se comportó de manera normal, como si nada hubiera pasado. Las siguientes semanas se volvió una persona muy repulsiva, se irritaba fácilmente, se enojaba con sus profesores, padres y amigos. Faltaba constantemente a sus entrenamientos y sus calificaciones habían bajado notablemente. Sin embargo, lo que más le daba ira era ver cada día a esa persona en los pasillos de la escuela, pasándola bien con otros estudiantes, como si nada hubiera pasado esa noche.

Un día, recibió una carta del programa de fútbol americano “Georgia Bulldogs”, uno de los mejores programas y universidades que había. Sin embargo, su reclutamiento estaba condicionado a subir sus calificaciones, volver al 100% al entrenamiento y ser estrella en los partidos. Él sabía que era difícil, porque había algo que le impedía seguir avanzando en su carrera. Por otro lado, se sentía tan humillado que decidió seguir ocultando lo que le había pasado.

Pasó el tiempo e iba mejorando. Sus calificaciones estaban subiendo y casi no faltaba a los entrenamientos tratando de mantener la disciplina; era el mejor defensa. Del mismo modo, la relación con sus padres mejoraba.

Una noche, después de que su equipo ganara un partido, sus padres decidieron organizar una cena con todos los jugadores, incluido el cuerpo técnico. La cena se desarrolló con normalidad, pero el chico permanecía completamente callado sintiéndose incómodo por lo sucedido. Y como ese suceso lo perturbaba y no le permitía salir adelante con su vida, se sintió tan solo que quiso

contarle lo sucedido a sus padres y amigos esa noche, pero podía más su sentimiento de vergüenza y humillación. Finalmente, rondando las nueve de la noche, todos se fueron a sus respectivas casas.

Al día siguiente, asistió a la escuela como todos los días. Sin embargo, cuando entró a su clase, sintió que todas las miradas se dirigían a él. Más tarde, una de sus compañeras se acercó y le dijo:

—Siento lo que te pasó, pero no tienes que estar viviendo esto solo.

En ese momento, supo que sus compañeros se habían enterado de lo que le había pasado y eso lo puso furioso, ya que él había decidido decirlo. Durante ese día, recibió una llamada del agente de la Universidad en la que le informaban que, por causa de esa polémica situación, no iba a ser posible hacerle la prueba. El chico se sintió completamente mal, pues esa era una oportunidad clave para su futuro. Los siguientes días, no fue a clase ni a los entrenamientos. Sus padres estaban preocupados.

Dos días después, un periodista lo contactó en la mañana y le dijo que quería hacer un reporte sobre él y lo que le había pasado. Parecía ser que uno de sus compañeros había contactado con él para que le hiciera una entrevista. El periodista le contó que su caso no era aislado, sino que también le había pasado a otros chicos en ese mismo instituto y con el mismo sujeto. El chico se sintió confundido, pero a la vez aliviado, porque por fin podría contarle y dar a conocer a otras personas lo que le había pasado.

El chico decidió hablar y no callar más. Entonces, se vio con el periodista en una cafetería, y su voz fue distorsionada, para que nadie lo pudiera identificar. Al terminar la entrevista, tomó una taza de café y se sintió aliviado.

A los dos días, salió la noticia en un periódico de la escuela y en uno local: “Personas abusadas por un entrenador de fútbol americano”. La historia traspasó los periódicos y llegó a las pantallas; todas las personas estaban desconcertadas.

El entrenador fue sometido a juicio y lo condenaron a treinta años. Las víctimas jamás fueron expuestas ni salieron sus nombres.

Días después de emitida la condena, el chico envió una solicitud al programa de fútbol americano “Georgia Bulldogs”, para que reconsideraran su decisión y le permitieran realizar la prueba. Tan solo cinco días después, recibió un correo en el que le autorizaban realizar la prueba. Además, le explicaron que si pasaba sería becado con un 50%. El chico supo que tenía que volver a los entrenamientos y ponerse nuevamente en forma. Desde ese mismo momento, entrenó intensamente día y noche, se alimentó con rigor y también se dedicó a subir sus calificaciones, ya que también de eso dependía la beca.

El día de la prueba, se levantó muy temprano por la mañana, se tomó un batido y luego se fue a la escuela. Por la tarde, sus padres fueron a recogerlo y a llevarlo a presentarla. Duró tres horas. El mismo *coach* del equipo de los “Georgia Bulldogs” fue el responsable de realizarla.

Luego de dos meses, le respondieron. El chico ya veía todo perdido cuando llegó por sorpresa un correo anunciándole que había ingresado al programa. De inmediato, bajó corriendo a la sala y abrazó a sus padres.

La superación de los abusos se produce cuando hablamos y denunciamos.

Una mujer vestida de leona

Michelle Manobanda Guaman

Me llamo Valentina, tengo quince años y mi vida ha consistido en subidas y bajadas emocionales, como una montaña rusa. Mi familia es lo más importante que tengo, pero sobre todas las cosas siempre destaco a mi madre; la extraño mucho. Ella me dejó hace un año; se fue a un lugar mejor. Ella siempre dijo que lo más importante que tenía era su hija, y para mí lo más importante es ella.

Vivo con mi abuela materna desde hace tres meses. Estoy bien, pero siempre me hacen falta mis padres. Todos los días cumplo la misma rutina: me levanto, voy al colegio y vuelvo a casa. Hoy es un día en los que mejor he estado. ¡He conseguido no llorar! Aquí entra la montaña rusa. Desde que se fue mi madre, perdí a la única persona que de verdad me podía entender, mi mejor amiga.

Tengo padre, se llama Ryan, pero no se interesa mucho por mí, me llama de vez en cuando, pero en el fondo sé que me quiere. Vive lejos, a muchos kilómetros de aquí. Desde que mi madre murió, él me llama mucho, entre tres o cuatro veces por mes. Eso es mucho, comparado con lo que me llamaba antes.

Mi abuela, la madre de mi padre, es la única persona que me quiere de verdad; bueno, así lo considero. Ella anhela tenerme a su lado, pero yo no quiero irme del lugar en el que fui más feliz con mi madre.

Mi madre siempre me dijo que lo más importante es vivir y seguir; sobre todo, no rendirse nunca, y así lo intento hacer. Mi madre se fue muy pronto, ella tenía 28 años, era muy joven. Se embarazó cuando tenía catorce años. Por cierto, no os he dicho el nombre de mi madre, ella se llamaba Estrella, es decir, se llama así. Su sonrisa y su mirada representan su nombre. Ahora brilla como la estrella que es.

Ella siempre se consideró una leona, y yo también así lo creo. Cuando tenía trece años, conoció a mi padre, que tenía diecisiete; eran amigos. Pasaron meses, casi un año, hasta que cada uno sintió atracción física por el otro. Al principio, solo se trataba de besos, que no llegaban a nada más. Sin embargo, esto no duró mucho, porque mi padre se fue acercando a ella más y más físicamente. Cuando ella sintió mucha presión, decidió corresponderle.

Mantuvieron relaciones sexuales varias veces, todas sin protección. Mi madre no sabía la existencia de los métodos anticonceptivos, pero él sí y no dijo nada, porque pensaba que se sentía mejor sin usarlos. Meses después, a mi madre no le bajaba la menstruación, pero ella pensaba que era normal, porque le decían que a las niñas de su edad no se les regulaba la regla todavía. A los cuatro meses, empezó a engordar y no sabía por qué, pero

luego se lo imaginó. Ella no quería aceptar la idea de estar embarazada. Dejó de comer y empezó a hacer ejercicio. Al darse cuenta de que no bajaba de peso, sino al contrario, decidió ir al ginecólogo sin decir nada.

No tardaron mucho en darse cuenta de que estaba embarazada. Cuando se lo dijeron, no sabía qué hacer; abortar no era una posibilidad. Salió de allí corriendo a buscar a mi padre, que estaba entrenando, pues le fascinaba el fútbol. Mi madre llegó y allí estaba. Sin embargo, a la primera que vio fue a mi abuela, la madre de mi padre, y lo único que pensó fue en correr y correr, en alejarse de allí. Pero no fue así, se encontró con una amiga, y mi madre no pudo callarse y se lo dijo, ella la abrazó y mi madre se fue. Su amiga fue a decírselo a más personas, no tardó ni cinco minutos en enterarse mi abuela. Veinte minutos tardó la ambulancia en llegar por mi abuela, que se había desmayado, y diez minutos tardaron en llegar mis abuelos, padres de mi madre; la supuesta amiga también los había llamado.

Mi padre siempre me negó, dijo que yo no era su hija, hasta el día del parto. Ese día supo que sí lo era. Mi madre sufrió mucho, ya que después de ese día solo había problemas en casa, pues mis abuelos se echaban la culpa de lo que había pasado. Entonces, no vio otra salida que irse de nuestro país, ya que mis abuelos querían un mejor futuro para ella y para mí. Mi madre me dejó junto a mi abuela y a mi padre.

A los seis meses, mi padre ya tenía nueva pareja. Yo estaba todo el día con mi abuela. Yo era muy pequeña y no era consciente

de nada. Durante esos primeros cinco años, mi madre sufrió depresión, iba de hospital en hospital, pero yo no lo sabía.

Fueron pasando los años y en mi cumpleaños número siete, llegó mi madre, llegó por mí y vinimos a España. Mi madre estaba enferma y yo no lo sabía, tenía cáncer, pero decían que estaba controlado.

Cuando cumplí nueve años, mi madre me explicó lo que tenía, yo no lo entendí muy bien, pero ella me prometió luchar y nunca rendirse, y así lo hizo. La relación con mi madre siempre fue muy buena, yo le contaba todo y viceversa.

Fueron pasando los años y cuando cumplí catorce, el cáncer aumentó y le dieron un año de vida, pero mi madre no me lo dijo. Viajamos, disfrutamos, ella trabajó mucho, se sentía mal, pero lo hizo por mí siempre. Las quimioterapias ya no ayudaban, era cada vez peor. Pero nosotras nos reíamos, caminábamos, jugábamos, hacíamos de todo; siempre estábamos juntas.

Cuando supuestamente le quedaban solamente dos meses, me dijo la verdad, que ella era una mariposa y tenía que volar, que me iba a cuidar y nunca me iba a dejar sola, pero brillando y volando. En esos momentos, yo ya era más consciente y los primeros días no me quería separar de ella, porque ya sabía lo que iba a ocurrir. Sin embargo, cumplí su último deseo que fue disfrutar al máximo esos últimos días. Podíamos hacer una única cosa juntas, dibujar. Lo hacíamos todos los días, hasta que un día me explicó un dibujo que hizo, eran dos mariposas, una volaba muy alto y la otra se quedaba en tierra.

La mariposa voló... Ese día, mi madre se fue, detrás de eso me dejó un mensaje, que decía: "Nunca te rindas, sé una leona como tu madre". Yo quería irme con ella, pero no podía, tenía que cumplir lo que ella quería, vivir por ella y para ella. Ese día le prometí que seguiría adelante, siendo la leona que ella quería que fuese.

Al día de hoy, extraño mucho a mi madre, pero he salido adelante gracias a la fuerza que me da su luz, y así me encargaré de que sean todos los días.

Vale la pena luchar hasta que tengamos fuerzas.

Meriendas en la residencia

Montserrat Ginferrer Rojas

Me llamo Teresa, tengo ochenta y ocho años. La historia que voy a contar se remonta apenas cinco años atrás.

Mi marido murió a sus setenta y dos años. Desde ese día, mis hijos decidieron internarme en una residencia para que me cuidaran. Todos los días eran monótonos y aburridos, no hacía más que comer y dormir; además, no solía tener visitas muy frecuentemente. Mi mayor miedo era morirme sola en ese deprimente lugar y sin haber aprovechado mis últimos días de vida, así que decidí hacer algo para cambiar mi situación.

Una mañana, le conté a Laura, mi cuidadora, que desde siempre me había apasionado la repostería. Ella me dijo que también compartía esa afición y me propuso bajar a la cocina del centro para preparar un pastel. Antes de hacerlo, solicitamos el permiso a las directivas, que, para nuestra suerte, accedieron. Entonces, nos pusimos manos a la obra. Siendo sinceras, ese primer pastel no nos quedó muy bien, la masa no se coció adecuadamente y el pastel de manzana estaba crudo. Aunque parezca extraño, me puse muy feliz de que esto pasara, porque

ahora tendría una nueva motivación: lograr cocinar a la perfección el pastel de manzana. Al día siguiente, volvimos a probar suerte y nos salió mucho mejor que el pastel anterior.

A Laura y a mí nos gustó tanto cocinar, que decidimos plantearnos otro objetivo. Ella me propuso hacer esta vez unas magdalenas modernas, porque me dijo que las decoraban y que les ponían diferentes sabores y un nombre diferente, “cupkeis” o algo así. El resultado fue variado: muy agrídulce en algunos, otros nos quedaron mejor, y los demás no tanto, pero al menos. El glaseado ayudó a disimular las partes quemadas que tenían algunas magdalenas.

En el siguiente intento, decidimos darle a probar nuestro postre a Juana, una amiga de la habitación de al lado. Evidentemente, le dimos una magdalena que no estuviese quemada. Nos dijo que estaba muy buena y que deberíamos seguir haciendo postres.

A Laura se le ocurrió la idea de que al menos un día a la semana preparáramos una merienda para algunos de los ancianos que vivían en la residencia. Me gustó mucho su propuesta, así que establecimos todos los viernes como día para cocinar postres. Y así lo hicimos. En la primera merienda, no habían venido muchas personas, pero, como se empezó a correr la voz, mucha más gente se sumaba a venir a probar nuestros postres e, incluso, algunos se ofrecían para ayudar en la cocina. Eso nos vino muy bien, ya que Laura y yo no podíamos cocinar para tantas personas.

Todas las semanas, variábamos los postres. Hacíamos galletas, tartas, flanes, helados, rosquillas, bizcochos... Gracias a eso, no solo endulzábamos los paladares de las personas, sino también el ambiente, pues las personas aprovechaban las meriendas para charlar, jugar y escuchar música. Incluso, algunas invitaban a los familiares a las meriendas.

En muy poco tiempo, logramos hacer algo significativo. Varias personas empezaron a sugerirnos que deberíamos abrir una cafetería, así todos podrían gozar de nuestros postres. Yo le estuve dando muchas vueltas, porque no tenía claro si nos iba a ir bien; además, abrir un local no era tarea fácil. Sin embargo, Laura acabó convenciéndome, me dijo que para recaudar dinero podríamos empezar a ponerle precio a los postres. Era una buena idea, pero yo insistí en no cobrar por ellos. Pensaba que eso podría haber arruinado todo, porque la gente dejaría de venir a las meriendas para no pagar, y se perdería la esencia que tenían esos eventos. Al final, aunque sabíamos que el proceso sería más lento, decidimos dejar una caja de ahorros y que, quien quisiera contribuir monetariamente, lo hiciera por voluntad propia.

Para nuestra sorpresa, mucha gente colaboró. Después de unos cuantos meses, logramos recaudar una buena cantidad de dinero; además, yo estaba dispuesta a aportar gran parte de mi dinero, ya que, a esta edad, no me hacía falta.

Teníamos ya lo suficiente para comprar un pequeño local, solo faltaba la parte más importante: encontrarlo. El proceso de

búsqueda nos pareció eterno. Los locales que encontrábamos eran o muy caros o muy pequeños o estaban muy lejos... Pero, como dice el dicho, el que busca encuentra, y nosotros encontramos un local que no estaba muy lejos y su precio no era exagerado; no era de lo mejorcito, pero estaba bastante bien para empezar nuestro negocio.

Laura se encargó de gestionar aspectos como el dinero y los permisos que necesitábamos para abrir nuestra cafetería. Mientras tanto, otros voluntarios y yo nos encargamos de arreglar el lugar: pintarlo, amoblarlo, además de la renovación de la cocina. No fue nada barato este proceso, pero considero que realmente valió la pena.

Por fin, llegó el día en el que abríamos nuestras puertas al público. Me emocioné al darme cuenta de lo lejos que había llegado una simple idea y de lo mucho que habíamos trabajado para hacerla realidad. Cuando ya casi iba a finalizar el día de la inauguración, llegaron mis dos hijos, junto con sus respectivas familias. Al principio, tenían dudas sobre este proyecto, pero cuando vieron la cafetería ya terminada, se emocionaron tanto como yo, y me felicitaron por todo lo que estaba logrando.

Actualmente, la cafetería está experimentando uno de sus mejores momentos, atendemos a mucha gente diariamente. Estoy convencida de que eso es debido a que siempre buscamos conseguir que los clientes queden satisfechos y quieran volver.

Últimamente, no he estado trabajando mucho en el negocio. Cada vez estoy más mayor, por eso, los trabajos que hacía

antes los he dejado de hacer. Sin embargo, como hemos logrado contratar a más trabajadores, ellos se encargan de todo eso.

A pesar de no estar al frente de la cafetería, me encuentro muy feliz y agradecida por haber logrado hacer realidad mi sueño, y sentir que he hecho algo realmente significativo en mi vida.

Aquí acaba este agotador, pero bonito trayecto que he pasado para alcanzar mis sueños.

El sentido de vida está en la lucha hasta el último día.

La superación de Dylan Rodríguez Moreno

Lucía De Sola Farré y Nicol Loor Palma

Dylan Rodríguez Moreno era un joven de catorce años que sufría Síndrome de Down. Todas las mañanas se despertaba con muy pocos ánimos de ir al instituto, porque se sentía diferente a los demás y también porque sus compañeros se burlaban de él. En la hora del recreo, siempre estaba solo, triste y nadie quería sentarse a su lado.

Un día, les informaron que vendría una compañera nueva llamada Katie. Inmediatamente, todos los del aula intentaron imaginarse cómo sería aquella niña. A la mañana siguiente, la presentaron al curso y todos se sorprendieron por su apariencia; ella padecía la misma afección que Dylan.

Cuando Katie se acabó de presentar, Dylan le ofreció sentarse a su lado con una gran emoción y, a partir de ese momento, comenzaron a compartir tiempo juntos.

Días después, Dylan invitó a Katie a su casa para merendar y pasar el rato, ella aceptó con una gran sonrisa. Cuando llegaron, su madre, llamada Rebeca, no pudo evitar que le saltaran las lágrimas de felicidad, ya que su hijo nunca había

traído a un amigo a casa y no lo había visto tan feliz en los últimos años. Desde aquel día, se hicieron muy amigos y cada tarde, después del colegio, se iban directo a casa de Dylan.

Pasaron meses, llegó el último día de clases en el instituto y Dylan estaba esperando a Katie en la puerta principal para ir a su casa, como todos los días. Mientras la esperaba, llegó un grupo de chicos de un curso superior a él. Dylan intentó no hacerles caso, pero ellos comenzaron a insultarle y golpearle. En ese mismo instante, llegó Katie y, al ver todo ese escándalo, fue inmediatamente a defender a Dylan.

Katie lo llevó a su casa, porque su madre era una gran enfermera. Rápidamente, ella abrió la puerta y atendió a Dylan. Por su parte, Katie llamó a Rebeca para decirle lo sucedido con su hijo y ella acudió apresuradamente.

La madre de Katie y la de Dylan también se hicieron muy amigas y los cuatro comenzaron a compartir momentos divertidos. El verano, lo pasaron las dos familias en un hotel en el Caribe y uno de esos días, mientras disfrutaban de la piscina, se les acercó un niño en silla de ruedas.

—¡Hola! Soy Jack. ¿Y vosotros?

—Hola, yo me llamo Katie; y él, Dylan —dijo ella con una sonrisa.

—¿Queréis ser mis amigos? —dijo Jack feliz.

—Claro que sí. Nosotros no solemos tener amigos por nuestra aficción.

—Eso no me importa, yo también tengo dificultades, pero he aprendido a aceptarlas, porque no puedo hacer nada para cambiarlas.

—Ojalá fuese como tú dices —dijo Katie dolorida.

—¿Por qué lo dices? —dijo Jack pensativo.

—Porque en nuestro instituto la gente nos trata como si fuéramos monstruos y no se acercan a nosotros.

—Al principio, a mí me pasaba lo mismo, pero con el tiempo te acostumbras a vivir con ello, pues has nacido así y no lo puedes cambiar. Si la gente te insulta o no te acepta, es su problema, ellos se están perdiendo la gran persona que eres.

Pasó el verano y volvieron al instituto con más ganas y seguridad en sí mismos. Las palabras de Jack les habían servido para darse cuenta de que todo el mundo no es igual, sin embargo, todos somos personas y tenemos que respetarnos unos a otros.

Pasaron los meses y llegó Navidad. El instituto siempre realizaba una obra de teatro con todos los alumnos. Dylan y Katie decidieron apuntarse para participar en la función.

El día del estreno, el teatro estaba lleno y todos los artistas estaban nerviosos y expectantes, excepto Katie y Dylan, que estaban muy tranquilos y contentos. A solo cinco minutos de abrirse el telón, Harry, el protagonista de la obra, que despreciaba a Katie y compañía, empezó a ponerse pálido y nervioso. Dylan se dio cuenta, entonces, se acercó y le dijo unas palabras que lo tranquilizaron y animaron a salir. Harry tenía que darlo todo en el escenario.

Finalizó la obra y tanto padres como profesores aplaudieron y felicitaron a los alumnos por el trabajo y esfuerzo que habían hecho. Inmediatamente, Harry se acercó a Dylan y le dio las gracias por haberlo ayudado, puesto que había sido el único en darse cuenta y se había preocupado por él.

A raíz de ese suceso, en el instituto empezaron a aceptar a Dylan y a Katie como miembros del grupo; todos se disculparon por lo que les habían hecho sufrir en el pasado.

*Caer y levantarse son dos acciones que
deben ir juntas.*

Pepa y el jarrón de oro

Pablo Fernández Castillo

Había una vez una niña llamada Pepa. Su padre se llamaba José y su madre Pepa, como ella. También, tenía un hermano de nombre Bruno y una muy buena hermana que se llamaba Julieta. Ellos vivían con poco dinero, pero eran felices.

Un día lluvioso, la madre llegó a casa y dijo con tristeza:

—Tengo una mala noticia.

—¿Qué pasa? —preguntaron los niños al unísono.

—Me han despedido del trabajo.

Los miembros de la familia se quedaron mudos. La madre era la única persona de la familia que trabajaba y sin su sueldo no podrían vivir. El jefe de la madre era muy malo con ella, y la había despedido simplemente porque se sentó menos de dos minutos en una silla para descansar después de cinco horas trabajando.

El hermano mayor de Pepa se puso a tararear, como hacía siempre que estaba nervioso: *Ta ra ra ra ra, ta ta, ta ra ru tu tu u u, ti ro ra ri ra ro...* Eso le molestaba mucho a Pepa, así que subió a su habitación para estar más tranquila. En cuanto llegó,

pensó: “Ojalá pudiera vender algo valioso para conseguir dinero y vivir bien”. No le dio mucha importancia a ese pensamiento, pero luego, aunque ella no lo creía, esa idea le cambiaría la vida considerablemente.

Al día siguiente, Pepa llegó al colegio muy triste. A la hora de la merienda, no tenía dinero para comer. Entonces, se puso a buscar monedas en el suelo de la cafetería y encontró dos. Cuando iba a comprar algo, vio a un niño más pequeño que ella que tampoco tenía nada para comer. Entonces, le dio una de las dos monedas y lo acompañó a comprar algo. El niño eligió un batido de chocolate y un donut con virutas verdes, rojas, azules y blancas, que, según el niño, eran muy dulces. Cuando había llegado el turno para que la atendieran, sonó el timbre y no pudo merendar nada.

Ella tenía clases con una profesora llamada Rocío, que daba química. Pepa pensaba que la profesora la odiaba por no tener dinero. Ese día, llegó a clase diciendo:

—Sacad los libros.

Entonces Pepa, como estaba muy triste y ausente, se despistó y no sacó el libro. La profesora, al darse cuenta de que Pepa no lo había hecho, dijo:

—¡PEPA!

Pepa se sobresaltó.

—¿Por qué no has sacado el libro?

—Perdone, profesora, es que...

—“Ni es que ni es ca”. Vete al pasillo.

Pepa se fue al pasillo muy triste y a la vez indignada. De repente, salió el limpiador del colegio con dos escobas y una fregona en la mano.

—¿Qué te pasa? —preguntó el limpiador.

—¿Que me han sacado de clase!

—Rocío, si no me equivoco —dijo el limpiador—, tú no eres la única. Yo he visto más alumnos expulsados de clase.

Pepa asintió y dijo:

—¿Y encima despidieron a mi madre del trabajo y no tenemos nada de dinero!

—Ojalá tuvieras el jarrón de oro —dijo pensativo el limpiador.

—¿Qué es el jarrón de oro?

—Buff... es una historia muy, pero muy larga.

—Cuéntamela, por favor.

—Vale, vale, escucha con atención. Había una vez en la Edad Media un herrero que trabajaba el oro mejor que nadie. Entonces, un rey de un país muy lejano le pidió que fabricara un jarrón de oro. El herrero dijo que sí, y lo hizo. Para entregarlo, eligieron un lugar intermedio. Al llegar los dos al sitio acordado, el herrero le dio el jarrón al rey y este le pagó. Pero esa noche, el jarrón desapareció. ¿Sabes dónde se perdió el jarrón?

Pepa lo miró desconcertada. Al ver su expresión, el limpiador respondió.

—El jarrón se perdió en el almacén llamado Las Ruinas del Norte.

A Pepa le impresionó mucho esa historia. Cuando llegó a casa, cogió su mochila y salió rumbo a Las Ruinas del Norte. Cuando llegó, entró en las ruinas y vio un agujero en el suelo iluminado por una luz de una antorcha. Entonces, Pepa respiró hondo y saltó al agujero. En cuanto entró, leyó una inscripción en el mármol que decía: “Solo pasarás si te has esforzado”.

Miró a su alrededor y no vio ningún pasadizo o puerta por la cual entrar. “¿A qué se refería la inscripción?”, pensaba Pepa. Entonces, se puso a sacar cosas como loca de su mochila y encontró una botella, una libreta, un libro, una rama, que no sabía por qué estaba allí, y un imán... pero no encontraba nada que pudiera servirle para avanzar. Cuando sacó la moneda que tanto le había costado encontrar, la moneda salió volando y dio un golpe en el mármol. De repente, apareció un pasadizo que conducía a una nueva habitación.

En esta habitación, encontró otra inscripción que decía: “Solo pasarás a la siguiente habitación si te sacrificas por los demás”. Al leer la inscripción, Pepa cogió una gran piedra y la puso en el centro; cogió otra, aún más grande y alargada que la anterior, y las dispuso juntas, improvisando una silla. Entonces, se sentó y se puso a pensar cómo pasar a la siguiente habitación. Transcurrieron diez minutos y otros diez y otros diez y otros diez y otros diez... pero no se le ocurría nada. Como no había comido por compartir con el niño, su barriga sonó y se escuchó que rugía. Al instante, se abrió el pasadizo para la última sala.

En esta sala, la inscripción decía: “Solo te daré el jarrón de oro si tu paciencia es grande”. Ella no sabía cómo se iba resolver esto, así que se puso a esperar. Después de mucho rato, como no pasaba nada, se puso a sacar cosas de su mochila y encontró su libro de química, que le recordó a su profesora y, al instante, apareció el jarrón de oro en medio de la habitación. ¡Pepa no lo podía creer! Había conseguido el jarrón de oro. Se sentía superada por sí misma.

El resto de la historia no la voy a contar, porque nadie quiere leer la historia de una niña vendiendo un jarrón. Lo que sí quiere leer la gente es sobre una familia que se supera a sí misma.

Las leyendas son la esperanza de los pueblos.

Robert

Rowan Berenice Martín Navarro

Uno de los que recuerdo que tengo del mejor verano de mi adolescencia tiene como protagonista a mi gran amigo Robert.

A Robert lo conocí cuando estábamos en preescolar. Tenía ojos verdes, similar a las esmeraldas, y era ese lindo color de ojos lo que hacía que se destacara en clase, y también la causa de que me fijara en él.

En el colegio, nunca fuimos muy cercanos. Pero todo eso cambió cuando llegaron las vacaciones. Me acuerdo que coincidíamos en un parque, un día sí y otro día también.

Toda la alegría se esfumó cuando supe que empezarían las clases otra vez, pero no solo por las clases, los deberes y todo ese rollo, sino por los nuevos compañeros, los nuevos profesores, el nuevo centro, todo nuevo. Bueno, he de decir que no todo era nuevo, hubo algo que no cambió, mi compañero de clases de gran parte de mi vida: Robert.

Me tranquilizó saber que no estaría sola en esa aula y que al menos tendría una pequeña gran compañía. Es obvio que estuve con él los primeros días, hasta que cada uno formó su propio

grupito de amigos; ahí sí que no coincidimos, pero eso no detuvo nuestra amistad. En clase, los profesores nos llamaban “los inseparables” y razón tenían.

Empezó el otoño y esto significaba también la época del terror: los exámenes. Me acuerdo que debía presentar bastantes y que mis tardes las dedicaba a estudiar. El poco tiempo libre que me quedaba lo invertía en hablar con mis amigos, en especial, con Robert.

Cuando por fin finalizaron los exámenes, todos acordamos un día para celebrar. El día del encuentro, intenté contactar con Robert para ir con él, pero no hubo respuesta de su parte. No insistí mucho tampoco, tal vez estaba ocupado y no podía ir.

La semana siguiente, tampoco fue a clases. Esto ya me preocupó, porque seguía sin responder los mensajes que le enviaba. Pasé bastantes días sin verlo y sin tener contacto con él.

De pronto, una tarde, recibí una llamada: era la madre de Robert. Por un momento, me alegré pensando que tendría noticias de mi amigo después de tanto tiempo. Noté el ambiente tenso, como que no iba a recibir una buena noticia. En efecto, el mundo se me vino abajo cuando escuché esta frase: “lo siento mucho, Robert falleció la semana pasada.”

¿Era una broma? ¿Cómo es posible? ¿Por qué? Solo podía balbucear mientras las lágrimas recorrían por mis mejillas; veía borroso, escuchaba distorsionado, nada tenía sentido para mí en ese momento. Colgué sin decir nada, corrí hacia mi habitación, quería estar sola. Era un mar de lágrimas, un

potaje de emociones. Estaba llena de preguntas, no entendía nada. El dolor que sentía era indescriptible, estaba desgarrada por dentro, no tenía fuerzas ni para ponerme de pie, solo llorar y lamentarme. Me quedé dormida por el resto de la tarde esforzándome por olvidar, pero la pesadilla continuaba al despertar.

¿Cómo se supone que debo comprender esta muerte tan repentina de un día para otro? Me era imposible. Robert, mi gran amigo, ya no estaba conmigo, ya no era mi compañero de clase, ya no podría ver esos ojos verdes, que siempre me llamaron la atención, ya no podría pasar otro verano junto a él, nunca pude despedirme y nunca pude agradecerle por todo.

Pasaron los días. Mi mente divagaba, no tenía fuerzas para nada, faltaba a clases, me descuidaba, no salía de mi habitación, no era yo, me estaba perdiendo poco a poco. No solo la tristeza me consumía, sino también una sensación de resentimiento que se debía a pensar en la razón de lo sucedido y en el por qué Dylan no me lo había dicho antes. Este pensamiento deambulaba por mi cabeza desde que me habían dado aquella terrible noticia. Y tengo razón, o sea, ¿por qué su madre no me contó antes? ¿Me lo estaba ocultando? No lo comprendo, es algo que me tiene perpleja, y no sé cómo se supone que tengo que lidiar con ello.

Mi madre, por obvias razones, también se enteró, y veía que lo único que hacía era retorcerme entre las sábanas. Ella intentaba animarme un poco al verme en este estado, pero sin

éxito alguno. Así estuve por bastante tiempo, hasta que ella me salvó de aquel abismo que para mí no tenía fin. A través de suaves interacciones con ella, me fui abriendo poco a poco, quiero decir, fui aceptando la cruda realidad. Ella me demostró que no lo había perdido todo, me motivó a que con paciencia construyera mi nuevo yo.

El proceso no fue nada fácil, me costó demasiado, pero mientras hacía ese ejercicio mental de aceptación, pude ver cómo se me abrían nuevas puertas, esas mismas que pensé cerradas con un gran candado cuando pensaba que no podría tener un buen futuro sin él.

Gracias a ese pequeño empujón, me animé a volver al instituto a relacionarme, a salir, a volver a ser, a descubrir facetas mías que ni siquiera sabía que tenía. Me sentía revivir sin haber estado muerta. Era maravilloso.

También, empecé a interesarme por el arte. Pintar me descargaba emocionalmente de manera increíble y, sobre todo, creo que no lo hacía tan mal. Gracias a ello, aprendí que la vida nunca me devolverá a mi amigo, pero le tengo que dar las gracias por haberlo conocido.

Actualmente, han pasado varios años desde que ya no está presente, sigo con muchas preguntas sin respuestas, sigo extrañando a Robert y, honestamente, pienso que juntos podríamos haber vivido un millón de experiencias. Permanece en mi mente esa frase que aún hoy provoca una pequeña sonrisa en mis labios, tal y como la primera vez que me la dijo, que lleva-

ré siempre conmigo: “Eres ese complemento predicativo que me convierte en el mejor de tus atributos.”

Me hace falta que él me diga, con el carisma y la alegría que tanto lo caracterizaban:

“Te quiero, te quise y te querré”

Robert

*El amor recibido nos impulsa a valorar
aún más la vida.*

Pamey Micalas

Yamilet Gutiérrez, Mishcha Magaway, Paula Ordóñez

Pamey Micalas nació el 25 de diciembre de 1995, era una buena persona, ayudaba a los demás, vivía con sus padres y su hermano mayor, Derek. Todos los miembros de su familia lo querían mucho. Lamentablemente, su hermano murió de cáncer cuando ella tenía trece años y esto le afectó tanto que cayó en depresión. Aunque pasaron algunos meses, no podía olvidar a su hermano.

Cuando iban a comenzar las clases, sus padres le preguntaron si quería ir al colegio, pero ella no dijo nada. Después de la muerte de su hermano, ya no hablaba con nadie. Solo se quedaba encerrada en su habitación. Faltaba un día para que el instituto empezara y Pamey soñó con su hermano Derek. Él le dijo: “Nunca te rindas, tienes que seguir adelante.” Pamey se levantó rápidamente y empezó a llorar. Sus padres la escucharon y entraron a su habitación. Finalmente, Pamey decidió hablar con sus padres para decirles que ya quería ir al instituto. Los primeros años del colegio fueron buenos y divertidos.

A los diecisiete años, cuando su madre la llevaba de picnic en el coche, sufrieron un accidente. Pamey perdió su pierna izquierda y su madre quedó paralizada.

Dos años después, empezó a ir a la universidad. Hasta ese momento, su padre era el que la educaba. Los primeros días la pasó bien, pero, con el tiempo, se dio cuenta de que las personas la miraban raro, pues no tenía una pierna e iba en silla de ruedas. Sin embargo, con el apoyo de los pocos amigos que tenía y con su padre, salió adelante.

A sus dieciocho años, quiso ser modelo, pero ella creía que no lo lograría sin una pierna. Sin embargo, nunca se rindió y, para conseguirlo, se puso una prótesis, que le costó mucho dinero. Su padre se la pagó, porque sabía que era el sueño de su hija, y él se lo quería cumplir.

Un día, estaba caminando por el parque. Llevaba un pantalón corto, una camiseta negra y unas bambas azules. Se sentó en un banco y empezó a mirar su móvil. Cuando levantó la mirada, encontró a un chico, que estaba leyendo un libro, se fijó bien y se parecía mucho a su hermano. También se dio cuenta de que el chico llevaba en su camiseta un carnet parecido al del ayudante de una agencia de modelos. Entonces, sin pensarlo dos veces, le preguntó:

—¿Trabajas en la empresa “Desfile Glamour”?

El chico, sorprendido, le respondió que sí. Cuando la miró bien, se fijó que llevaba una prótesis y recordó que su jefe solicitaba una nueva modelo con algo especial. Entonces, le preguntó:

—¿Estás interesada en entrar?

—¡Sí, claro que sí!

Joel, así se llamaba el chico, la invitó a la agencia de modelaje y le contó que hacía poco había entrado a trabajar allí y quería que su jefe estuviera orgulloso de él. Cuando llegaron a dicha agencia, Pamey no podía parar de observar cada detalle del gran edificio. Todo era enorme, vio a algunas modelos famosas; no podía parar de sorprenderse más y más. Pero la parte más incómoda fue cuando se dio cuenta de que estaba captando la atención de todas las miradas. Eso le recordó a sus ex-compañeros. Sin embargo, intentó no darse por aludida. Joel la condujo a una oficina y le pidió que esperara mientras él iba a hablar con su jefe.

Pamey empezó a imaginar cómo podría hacer carrera en el modelaje. ¿Haría feliz a su padre? ¿Conseguiría dinero para mantenerlo? ¿En realidad ese era su sueño?...

Esperó un buen rato, hasta que finalmente vino Joel con un hombre un poco mayor, que vestía muy elegante. Sin dudarlo mucho, Pamey supo que él era el jefe. El jefe se llamaba Richard y no parecía muy contento. Pamey se presentó y le contó un poco de su vida y el Sr. Richard no cambiaba su expresión. Cuando acabó de hablar, le dijo que no estaba interesado en ella y se fue.

Pamey, en shock y triste, no supo qué hacer. Joel estaba igual de sorprendido que ella, pues no había visto a su jefe así en lo poco que llevaba trabajando para él. Joel le dio un abrazo a Pamey y, como por arte de magia, se le ocurrió una idea, una idea muy loca.

—¿Y si creamos nuestra propia agencia de modelos? —le preguntó Joel entusiasmado.

Pamey, con cara de asombro, no supo qué responder, parecía una idea ¡loca!

—¿Y cómo lo haríamos? No tenemos dinero suficiente. ¡No tenemos modelos! —respondió Pamey.

—¡Tenemos familiares, tenemos amigos, ellos nos podrán ayudar!

A Pamey le parecía una idea loca, pero no perdían nada con intentarlo.

Empezaron a contar su idea a familiares y amigos, y poco a poco algunos se fueron sumando. Al final, fueron bastantes los que colaboraron. Por suerte, cerca del ‘Desfile Glamour’, había una pequeña agencia que se alquilaba, y sin pensarlo dos veces... ¡la alquilaron!

Para iniciar este nuevo proyecto, no estaba mal. También, fueron voluntarias para desfilas como modelos, entre ellas, Pamey, claro. Empezaron con nueve modelos y un pequeño desfile, pero con un gran éxito. El público los iba conociendo y cada vez eran más los que asistían. Sorprendentemente, esa pequeña agencia, se convirtió en una gran agencia, donde todo era más grande y más espacioso, todo gracias a un amigo de Joel, que había sido su jefe en una antigua agencia de modelaje. Él era muy bueno y se encargó de que la agencia fuera superior.

Las modelos eran chicas normales y también había algunas como Pamey, que tenían alguna dificultad. Gracias a Pamey, salieron de la sombra y todos pudieron ver sus talentos.

Pamey Micalas se convirtió en una gran modelo y, además, en un gran ejemplo. Fue muy feliz y agradecida por haber conocido a Joel, por haber hecho que su padre estuviera orgulloso de ella y por haberse superado. Los verdader@s amig@s siempre están ahí para ti.

Los amigos se apoyan cuando todo parece estar en contra.

TERCERA CATEGORÍA

Primer Premio

Su nuevo yo

María Teresa Furest Aycart

En ese momento, ni él mismo sabía cómo había llegado exactamente a ese lugar en una mañana calurosa de septiembre. Pensaba que lo habían arrastrado allí como “teletransportado” por las circunstancias que rodeaban su vida hasta ese instante. ¿Soy yo realmente? ¿Qué es lo que hago aquí?

Por un segundo, dudó en darse la vuelta, huir era lo más sensato, abandonar y conseguir volver a su yo normal, a su yo de siempre, el que conocía y le hacía estar un poco más seguro de sí mismo, tan solo un poco; a su yo sin más, ese yo que vivía por inercia, que gravitaba sin dirección exacta, que se dejaba llevar por el tiempo, por su barrio, sus amigos, por la nada.

Echaba de menos su limitada seguridad de grupo, que le había llevado a abandonar todo lo coherente, todo lo que podría ayudarlo a avanzar, lo que suponía salir de la placita y del banco.

El banco, ese banco en el que tantas horas había estado sentado, apoyado, bebiendo, fumando, ligando, pero también soñando... Ese banco que ahora, sin saber por qué, lo sentía extraño. Ya no tenía ganas de seguir más tiempo allí. Lo que observaba desde

el banco ya no le atraía: esa placita sucia, llena de excrementos y botellas tiradas, que antes no le molestaban, pues formaban parte del paisaje de su vida, ahora le parecían una caricatura en blanco y negro, un sórdido lugar de engaño, que en su día se tornaba lleno de seguridad, libertad y desenfreno.

Ese banco, no hace tanto su asidero, ahora hierro oxidado y pegajoso en el que ni las botellas derramadas, los cristales rotos, las pintadas en el lateral, ni los cigarros aplastados con sus marcas, podía hacerle sentir mejor. Al contrario, había llegado el momento de efectuar un cambio, de trocar su yo por otro mejor. ¿Pero cómo hacerlo? ¿Cómo podría salir de allí? ¿Qué dirían sus “colegas”? ¿Cómo dejar ese banco?

Ver pasar el tiempo... Quizás ese fue el detonante, la chispa, la gota que colmó el vaso... El tiempo... Sí, el tiempo. Justo ese día, el día de su decimoséptimo cumpleaños, pensó: “¿Qué hago yo realmente con mi vida?, ¿qué estoy haciendo para sentirme mejor? Nada. En mi casa, nada, solo tristezas; mi madre siempre cansada, la pobre me habla, sé que me habla y yo no le digo nunca nada. Y mi padre, ni siquiera recuerdo a mi padre...”. Así que solo le quedaba el banco, donde siempre había alguien como él, que anhelaba el consuelo de la espera infinita hacia la nada.

Sí, fue justo en ese instante, cuando iba a contarle a su compañero de banco que era su cumpleaños, cuando se calló, dio media vuelta y decidió buscar a un vecino que estudiaba en un centro cercano a su casa. Era un lugar muy conocido por él. Su placita no estaba lejos de allí, pero nunca hasta ese momento se

había planteado la posibilidad de que aquel lugar iba a ser su salvación, su baluarte, un sitio nuevo para su nuevo yo. Ya era hora de conocer algo distinto, descubrir a otras personas, ampliar el horizonte de su vida, comprender que con algo de esfuerzo podría alcanzar sus pequeñas metas.

Sin embargo, un cúmulo de dudas llegaban a su cabeza. Dudaba de su yo. Se preguntaba si ese yo le permitiría avanzar. Dudaba de si ese yo podría dejarle volver a tomar las riendas de su vida, que había abandonado hacía cinco años, cuando descubrió ese banco.

¡Tenía tantas cosas a su alrededor que le alejaban de ese nuevo yo! ¡Era tan difícil dejar la comodidad monótona de los largos días infinitos! ¡Era tan difícil no tener ilusión, pero al mismo tiempo tan fácil!

A pesar de todas las dificultades, llegó ese día de septiembre, ese día en el que por una puerta entraban muchas personas como él, pero... ¿Encajaría allí?, ¿estaría su nuevo yo a gusto en ese lugar o echaría de menos el banco?

Entró, no huyó, le dio a su yo una oportunidad distinta, única y mágica de superarse. Su ingravidez se transformó en presencia sólida, en paso firme en aquel nuevo planeta que se abría ante sus ojos. Su yo libre, su yo con ganas de aprender, su yo real por fin iba a tener una oportunidad de transformarse y mejorar.

Apenas había comenzado en un nuevo mundo, aún quedaban dos largos cursos en los que solo con esfuerzo podría conseguir lo que se proponía. Impedimentos, todos. Su nuevo yo no

quería madrugar y menos estar tantas horas escuchando, trabajando y aprendiendo. Tampoco sabía socializar sin beber o fumar, por lo que los primeros meses fueron muy complicados, llenos de altibajos. No obstante, en los momentos más difíciles, surgió algo que hasta ahora nunca había conocido: su fuerza interior y, sobre todo, las personas que antes consideraba como enemigas y ahora eran su gran apoyo. Sin ellas, no hubiese podido continuar, habría claudicado.

Sus profesores, ahora maestros de cuerpo y alma, no solo lo escuchaban con paciencia, lo animaban a diario y lo ayudaban siempre, sino que siempre estaban para él. Había descubierto un lugar donde se trabajaba por vocación y en donde su nuevo yo se impregnaba de valores hasta ahora desconocidos.

El tiempo iba pasando e iba absorbiendo el espíritu de superación de su fundadora, porque su nuevo yo tenía una nueva familia, la familia Sopeña. Era un yo más seguro de sí mismo, capaz. ¡Se alejaba cada vez más del que antes se sentaba en el banco!

En ese momento, ni él mismo sabía cómo había llegado exactamente a ese lugar en una mañana calurosa de septiembre. Pensaba que lo habían arrastrado allí como “teletransportado” por las circunstancias que rodeaban su vida hasta ese instante. ¿Soy yo realmente? ¿Qué es lo que hago aquí?

Una chica muy agradable se le acercó y le dijo con mucha educación: “Espere en ese banco, por favor”. Él se sentó y no se reconocía; miró a su alrededor, y apenas veía; se sentía tan bien; ese banco era tan diferente al otro, al que había estado pegado

por tanto tiempo. Suponía un nuevo futuro estar ahí, esa dulce espera, finita espera, como el tren que ha llegado a su estación. Se sentía fuerte, por fin seguro, su yo estaba preparado. Ya no era nuevo, ya era él, eligiendo, decidiendo, sintiendo.

Por fin, llegó el día, ese día en el que pudo contestar a sus preguntas.

Sí, soy yo realmente y sé perfectamente lo que hago aquí: Cumplir mi sueño, liberar mi alma, conseguir mi meta, valorar mi esfuerzo. En este lugar, voy a llevar a cabo lo que soy, voy a vivir mi vocación y lo haré siguiendo todo lo que me han enseñado, dando todo lo mejor de mí mismo y, sobre todo, agradeciendo a los que me apoyaron siempre y a mi familia Sopeña, que me enseña que no se puede vivir sin proyectos y que la vida siempre nos da la opción de superarnos.

¡Qué lejos queda ya su antiguo yo! ¡Qué futuro tan brillante se abre a su alrededor!

Lo más importante fue la constancia y reconocer que nunca es tarde para conseguir lo que se propone. Por eso, él nunca dejará de dar las gracias a todos los que le dieron la mano en su superación, los que sin descanso lo alentaron para continuar y fueron apoyo incondicional para su yo actual, para “su nuevo yo”.

La vida siempre nos brinda la oportunidad de superarnos.

TERCERA CATEGORÍA

Segundo Premio

(Ex aequo)

Miradas de superación

Servando Hermosa Cordón

A veces, las historias de superación están en las pequeñas metas o logros personales.

Sentado frente a mi portátil, suena en la app de cadena 100 “Mi persona favorita”, de Alejandro Sanz. Miro la pared de mi estudio y un cuadro en blanco y negro de Venecia fija mi atención; me trae recuerdos de ese verano del 2013 cuando recorrí la Toscana para acabar en Venecia, lugar que hasta la fecha solo veía en “Callejeros Viajeros” o “Españoles por el mundo”. Pensaba que sería imposible tocar el agua con los pies sentado en una de las orillas del mar Adriático, pero no, allí estaba tomando el aire y una granizada, contemplando la Basílica di San Giorgio Maggiore, mientras las góndolas atravesaban los canales.

Mi mirada continúa por las letras recortadas del nombre de mi hijo y junto a ellas un cuadro del plano de la casa de la película “UP: una aventura de altura”. Ambos elementos decorativos de mi estudio hacen que los fotogramas de esa película se vengan a mi mente en un abrir y cerrar de ojos: la casa de globos, la cascada

del Salto del Ángel (Venezuela), la mirada de Carl Fredricksen, cargada de enfado con la vida y el mundo, pero a la vez llena de ternura y amor.

Mi mente se detiene y, con una mirada llena de recuerdos, rebobino y pienso en mi historia y proyecto de vida como en el inicio de UP, en la que, en cuatro minutos escasos, un niño lleno de vitalidad, risueño e inocente se convierte en un joven que comienza un proyecto de vida; madura y se enfrenta a algunas adversidades; asume algunas pérdidas que no hubiera deseado que llegasen.

Recuerdos, deseos y anhelos inundan mi memoria. Si miro desde esta perspectiva los colores y valores de una Institución como Sopeña, siento que mucho antes de formar parte de este proyecto ya era Sopeña. Las primeras palabras de una catequista a mi llegada al centro afirmaban que “uno no llega a Sopeña por casualidad, es Sopeña quien elige a las personas”. Estas palabras han ido cobrando sentido con el paso del tiempo y mis vivencias en la Fundación, pues he sentido que todo lo que me ocurría, por algún motivo, era incomprensible en ese momento. Sin embargo, la oración, el crecimiento personal y la madurez han cobrado todo el sentido y conformado lo que soy hoy.

Mi historia de superación es la historia de todas esas personas que se han cruzado en mi camino a lo largo de mi vida y han dejado una impronta que hoy en día configura mi forma de ser, sentir y creer. Por mi forma de ser callado, discreto y sintiendo-

me más cómodo en un segundo plano que como protagonista, hoy quiero destacar esas historias que han marcado mi forma de ver la vida desde valores donde la Fe, la Confianza, la Esperanza y el Amor Fraternal edifican ese “Yo” Sopeña.

Estas personas, sin ellas saberlo, han sido historias de vida y superación para mí. En su día, vi cómo una amiga con parálisis cerebral se enfrentaba a una operación a miles de kilómetros de España, en Cuba, con un porcentaje mínimo de posibilidades de que la intervención tuviera éxito, entendiéndolo como éxito una disminución de espasmos o el simple hecho de ser capaz de controlar sus movimientos en la silla de ruedas. Escucharla o, mejor dicho, interpretar con sus sonidos lingüísticos cómo estaba dispuesta a jugarse la vida por conseguir un 2 por ciento% de mejora de su calidad de vida hizo que, con apenas veinte años, mis prioridades cambiaran y comenzara a dar las gracias a Dios por poder salir andando de mi casa cada día.

Descubrir la historia de dos hermanos, cuya infancia fue marcada por un padre alcohólico, que tenían que trabajar en el mercado de su pueblo vendiendo cacharros de hojalata y que crecían sin su madre por una muerte prematura, hace que hoy valore más el milagro de haber formado una familia. Hoy esa historia es contada cada Navidad alrededor de una mesa, donde los recuerdos y anhelos de los seres queridos se transmiten de generación en generación. Saber la historia de nuestros antepasados y su historia de superación debería hacernos mejores y aprender de sus vivencias para aplicarlas en nuestro día a día.

Si hablamos de superación, siempre tendré como referente la trayectoria de un hombre que, desde que lo conocí, ha compartido su historia a corazón abierto. Ha sufrido varios atentados terroristas, la pérdida de su segunda mujer, el sufrimiento por unos hijos que, bien por las drogas o por la forma de ver la vida tan alejada de la realidad, hacen de él un hombre que cada día da gracias a Dios por llevarse un plato de comida a la boca y es capaz de ver atisbos de humanidad en todo aquello que le rodea.

No se trata de comparaciones, pero creo que todas estas historias son dignas de mención cuando se habla de superación, como aquella otra referida al niño que, como consecuencia de esta pandemia, tiene miedo de salir de casa, se siente indefenso o, simplemente, quiere proteger a su familia; también, la de aquellas dos hermanas adoptadas que aprendieron español en nuestras aulas; igualmente, la de ese pequeño que llega al colegio a las 7.45 de la mañana porque sus padres trabajan; como la de todas esas familias que cada día buscan la forma de pagar las facturas para llegar al final de mes, sin que sus hijos se preocupen y puedan tener una infancia lo más plena posible; como aquella otra historia que...

La mayor historia de superación es la propia vivencia de cada uno, pero también de lo que se vive acompañando y compartiendo. Siento que mi trayectoria de vida ha estado marcada por muchos retos, de los cuales me siento infinitamente agradecido a Dios, porque sé que Él ha puesto en mi camino a las

personas que, a través de sus experiencias de fe-vida o sus vivencias, me han hecho comprender que no es azar, sino la voluntad de abandonarse a SU voluntad. Como Dolores Sopeña dijo en su día: “Mi fe siempre fue ciega y mi confianza sin límites”.

A veces, las historias de superación están en esos aprendizajes y procesos vitales que hacen de nosotros lo que somos cada día.

La mayor historia de superación es la propia vivencia de cada uno.

TERCERA CATEGORÍA

Segundo Premio

(Ex aequo)

Un personaje de Vallecas

Benjamín García Esteban

Supongo que no me fijé o al menos no le presté la atención que merecía tan singular personaje.

Comenzaba un nuevo curso de Auxiliar de Camarero, un nuevo año, una nueva aventura, un nuevo y apasionante desafío trimestral, una nueva página por escribir; en suma, una nueva experiencia que vivir.

Los primeros días siempre son como un coro de voces tumultuosas, un collage de imágenes en 3-D, un mapamundi de rostros sin nombre, un ir y venir de alumnos que buscan su espacio y quién sabe si un sueño por cumplir.

Fue entonces cuando reparé en él. Casi de forma fugaz, sentado al fondo, en el último pupitre, con su provocadora estatura, una Torre de Hércules envuelta en un tres cuartos militar caqui, sostenida por unos vaqueros medio rotos y plantada por unas deportivas curtidas en mil batallas. Su pálido y huesudo rostro se acentuaba con una mueca entre irónica y desafiante, ornamentado con dos ojos oscuros y vivarachos, coronados por un cabello ralo y rematado con dos llamativas rastas. Un Billy

“el niño” disfrazado de rastafari millennial. ¿Cómo, semejante personaje, podía pasar desapercibido? ¿Y qué se le había perdido por esta clase?

Día a día lo veía llegar, saludar cortésmente, posicionarse en el “fondo norte”, escrutar astutamente en qué momentos participar y darse a conocer, preguntar poco, escribir menos, pero notarlo siempre.

Un buen día, el personaje salió de su acomodado anonimato y descubrió, para la estudiantil concurrencia, su nombre: Richi. Incluso, haciendo gala de una aguda sutileza, reveló su apellido: Taylor. Teniendo un apellido digno de una de las actrices británicas más bellas y atractivas de la historia del celuloide, ¿cómo iba a pasar inadvertido tamaño personaje por nuestras aulas?

Comenzamos las prácticas de café y nuestro personaje rompió su cascarón, para que el polluelo asomase la cabeza. Llevando la bandeja, parecía un cisne en un estanque. Richi, para sus compañeros, y Taylor, para su profesor, empezaba a manifestarse. Clase a clase, jornada tras jornada, semana tras semana, iba viendo su implicación, su evolución, su crecimiento... El personaje se estaba haciendo grande.

Alguna que otra vez, conseguí hablar a solas con él, al final de alguna clase, en un aparte. Siempre parco en palabras, hablando lo justo, pero con rigor. Sus reflexiones, además de originales, se tornaban contundentes cuando las lanzaba al aire con ese gracejo de niño malo. Nunca se quejó, nunca le vi una mala cara, un mal gesto o una palabra fuera de tono. Era altivo, pero educado;

desafiante, pero inteligente; distante, pero dispuesto. Sus contradicciones asomaban y engalanaban a nuestro personaje.

En el meridiano de nuestro curso, llegó para él su primera prueba de fuego: un examen, el primer test, el momento en el que el personaje se tendría que vestir de héroe o villano. Debía demostrar, mes y medio después de que se había quitado de encima las capas que lo atenzaban, que se había enrocado de forma definitiva al curso; debía escoger entre la puerta grande o la enfermería. Y el personaje no falló, ejecutó con maestría su triple salto mortal. Fue la mejor nota de la clase y, a partir de ahí, quizás, oculto entre las sombras, se escondía un personaje único, un talento por el que apostar y no pude evitar sonreír y pensar: “¿Pero este tío de qué va?”.

Siguieron pasando los días, y Richi, para sus compañeros, o Taylor, para su profesor, nos fue poco a poco ganando a todos; lenta, pero implacablemente, nos fue comiendo la moral. Se fue haciendo cercano, simpático y buen compañero con los alumnos; hábil, aplicado y participativo con el profesorado.

Y un día, el personaje apareció sin sus rastas, que habían sido señas de identidad durante mucho tiempo; con el pelo corto, vestido con el uniforme, todo de negro, ¡im-pe-ca-ble! La madre que... ¿Y este quién es? El personaje mostraba todas sus credenciales y su carta de compromiso para optar a un puesto en la corte del mundo laboral, para intentar integrarse en una sociedad donde los blandos y los imberbes chocan con el duro iceberg de la realidad y en donde naufragan las ilusiones de muchos jóvenes con poca preparación y menos estudios.

Pero aún faltaba la prueba de fuego: el final del curso, el segundo y definitivo test, la presentación en público, junto con otro compañero, del trabajo desarrollado sobre uno de los grandes temas del curso y las prácticas en un hotel. Fue ahí, casi de casualidad y sin querer, en las últimas semanas del curso, cuando me enteré de su historia, una historia que no por vieja y manida es menos dolorosa; una historia que se repite como un mantra en muchos barrios periféricos, en barrios marginales y también en barrios populares como el nuestro, donde la calle no reconoce ni a ricos, ni a pobres, jóvenes o viejos, hombres o mujeres; una calle que solo engulle voluntades, personas sin oficio ni beneficio, que encuentran allí su forma de vida, su sustento y todo lo que acarrea y arrastra, como delincuencia, prostitución, drogas, robos, asesinatos, etc.; la universidad más antigua y célebre, no por sus licenciados ni sus doctorados, sino por los descerebrados que la pueblan y la ensucian.

En esa “universidad”, empezaba a dar sus primeros tímidos y torpes pasos nuestro personaje, un personaje oscuro y con un triste pasado de padres separados, abandono de los estudios, de malas compañías, de “amigos” que presumen de serlo, pero no de practicarlo, de “buscarse la vida” haciendo y haciéndose daño, de noches largas y mañanas muy cortas, de venta de sustancias químicas sin receta, ni farmacia, de malvivir, de malpensar, de asomarse cada día al abismo de la intolerancia, del abandono, de la marginación, de los nulos horizontes donde los “colegas” sobreviven con dificultad y donde cada día mueres lentamente.

En esa “universidad”, se había matriculado nuestro personaje, nacido y criado en la popular barriada de Vallecas, nacida en los años ochenta, donde se han matriculado muchos jóvenes, tristemente célebre y por donde han penado y siguen penando muchos jóvenes y algunos ya entrados en años. De ahí lo sacó a tirones la valentía de una madre y su desesperación por ver que perdía para siempre a un hijo tan joven.

Por suerte, Dios les dio una oportunidad a ambos. La madre se informó de nuestra oferta, conoció a nuestra Fundación y decidió retirar de la calle a un delincuente en ciernes. Y así, la historia de nuestro personaje cambió de forma radical: de pasar papelinas a estudiar apuntes, de tener “colegas” a contar con compañeros y de sobrevivir en la calle a vivir creciendo cada día.

Y el personaje, otra vez, volvió a sacar en el segundo test la mejor nota de la clase, hizo una excelente presentación de su trabajo, aprobó con alta nota el curso y realizó unas destacadas prácticas nada menos que en un hotel de cinco estrellas. Allí mismo, le llegó la gran oportunidad de consagrarse, pues buscaban un camarero joven, con algo de experiencia, que supiese inglés y tuviera disponibilidad horaria. Él reunía casi todos los requisitos: era joven, inglés nativo, con disponibilidad y su inexperiencia la suplió con creces con voluntad, esfuerzo y su enorme desparpajo. Después, llegaron en cascada más buenos acontecimientos. Siguió trabajando en hoteles de cuatro y cinco estrellas, en restaurantes, en caterings y lo último que supe de él era que se había ido a trabajar a la costa y que también había trabajado en Londres.

Nuestro personaje, que había sido depositado como huevo en un hospital de Vallecas, que había sido una oruga que se arrastraba por sus calles, que fue una crisálida en sus aulas, se había transformado ahora en una graciosa mariposa de vivos colores que ya no tenía techo.

Su historia de valentía, fuerza y superación me sirve como cabecera en cada curso. Fue un auténtico honor ver cómo se superaba día a día, ver su crecimiento; admirar cómo una masa de barro toma forma y se convierte en una hermosa escultura; cómo ese collage inicial se convierte en obra de arte; cómo cada alumno comienza un libro en nuestras aulas y empieza a escribir páginas que irá transformando en capítulos el resto de su vida.

Ellos aprenden y se forman como futuros profesionales, nosotros aprendemos de ellos su humanidad y también nos dan forma como personas. El enriquecimiento es mutuo y en cada curso algo mío se va con ellos y algo de ellos se queda conmigo.

Todavía, en cada curso, mi mente inquieta busca “esa mariposa”, sigo buscando talentos y no dejo de mirar esa última fila donde un día un “personaje de Vallecas” se pasó a la liga de la justicia y abandonó para siempre la liga de los zombis, de los señores de la noche.

Es un honor admirar cómo una masa de barro se convierte en una hermosa escultura.

TERCERA CATEGORÍA

Otros Participantes

Viaje a la vida

Alberto Arciniega García

Primeras horas de la noche. Sergio está contento porque por fin va a poder salir con sus amigos. Está algo nervioso, pues nunca lo ha hecho y menos por la noche. Será su primera vez en una discoteca. Todo está listo para salir.

Su madre entra a la habitación de Sergio y le dice:

—Hijo, ¿cómo se llama la discoteca a la que vas?

—“Attika”, mamá, ¿por...?

—Por si quieres que vaya a recogeros, para que vosotros no cojáis el coche bebidos.

—No te preocupes, mamá, nadie va coger el coche borracho.

—Eso espero, hijo, no quiero que os pase nada.

—Vale, mamá, me voy ya. Adiós, te quiero.

—Adiós, hijo, ten cuidado. Yo también te quiero.

La madre de Sergio se queda un poco nerviosa. Su hijo sale por primera vez y es de noche.

Sergio se pone en camino hacia el sitio donde habían quedado todos. Se pregunta si ellos ya estarán allí. Cuando llega, ve a Silvia sola. Silvia es la chica de la que está enamorado; es morena,

delgada, con ojos verdes y pelo negro rizado, de corta estatura y muy simpática.

—Hola, Silvia, ¿qué tal?

—Hola, Sergio, muy bien, ¿y tú?

—Muy bien, con muchas ganas de llegar ya a la discoteca y echar unos bailes.

—Sí, yo también tengo muchas ganas de echar unos bailes y si son contigo, mejor todavía.

Al oír esto, se le paraliza el corazón a Sergio. No puede creer lo que dijo Silvia. Ahora se pregunta si ella siente lo mismo que él.

Empiezan a llegar los demás amigos: Héctor, Rosa y Pedro. Héctor es un chico no muy alto, con ojos claros y moreno de piel; tiene la cabeza un poco grande para el tamaño de su cuerpo; es el mejor amigo de Sergio. Rosa es una chica bastante alta, con ojos castaños y una impresionante melena también castaña; tiene mucho carácter, lo que confunde a la gente, porque su rostro es angelical. Pedro es delgado, con una gran sonrisa, rubio y también muy alto, con unos grandes ojos azules; es el ligón del grupo.

—¿Qué tal chicos? —pregunta Héctor.

—Bien, ¿y vosotros qué tal? —pregunta a su vez Sergio.

—De lujo. Entonces, ¿nos bebemos una copita? —incita Pedro.

—¡¡Claro!! —corean todos.

Por un rato, beben en el parque. Cuando terminan, se van rumbo a la discoteca, a las afueras de Madrid.

Por fin llegan y Sergio está muy contento. Ya una vez dentro, todos bailan y Sergio se acerca a Silvia. Empiezan a bailar, mientras se miran a los ojos y entonces él se arma de valor y la besa. Es la noche perfecta de Sergio: ha salido a una discoteca por la noche y, además, entre él y Silvia, ha surgido el amor. ¿Qué más puede pedir?

Llega el momento de irse. Todos están muy contentos, la han pasado muy bien. Sin embargo, están muy bebidos y es momento de coger el coche.

—¿Cómo vas a conducir, Pedro? —pregunta Rosa.

—Pues como siempre: con las dos manos y los dos pies.

—No te hagas el gracioso, has bebido y no debes conducir —le reprocha Rosa.

—Pero no pasa nada, tampoco he bebido tanto; además, ¿cómo vamos a volver?

—En taxi —dice Silvia.

—La verdad a mí no me queda dinero —interrumpe Sergio.

—Ni a mí —dice Héctor.

Al final, Pedro logra convencerlos de irse en el coche. Empieza manejando bien, aunque le cuesta un poco. Los chicos hablan de cómo la pasaron en la discoteca. De repente, otro coche se cruza y Pedro no tiene tiempo de reaccionar... Se estrellan de frente.

Llega la policía, la ambulancia y los bomberos al lugar del accidente. Por suerte, logran sacarlos del coche y no ha fallecido ninguno, aunque sí hay muy mal heridos. Rosa y Silvia tienen solo magulladuras y contusiones, al igual que Héctor, gracias a que llevaban puesto el cinturón de seguridad. Sin embargo,

Pedro y Sergio son los que han salido peor parados. Pedro se ha fracturado las dos piernas. Por su parte, Sergio ha recibido las peores heridas: ha quedado parapléjico.

Llegan los padres de todos los chicos al hospital, muy preocupados por el estado de sus hijos. Ninguno sabe todavía lo que les ha pasado. Cuando llega el médico, les explica lo ocurrido, pero lleva a la madre de Sergio a otro lugar, para informarle sobre la situación de su hijo.

—Luego de practicar todos los exámenes posibles y de confirmar las pruebas realizadas, siento comunicarle que su hijo ha quedado parapléjico.

—¿No puede ser, Dios mío! Pero... ¿No hay algo que se pueda hacer, doctor, por favor?

—Podemos practicar una operación para tratar de mejorar sus condiciones, pero debemos esperar un poco.

—Por favor, doctor, solo tiene dieciocho años; tiene toda la vida por delante.

La madre de Sergio está desconsolada, pero alberga muchas esperanzas. Su hijo puede tener una nueva oportunidad con la operación.

Entra su madre a ver a Sergio a la habitación.

—¿Qué tal estás, hijo?

—¿Cómo voy a estar, mamá? ¡Tengo ganas de morirme! ¡No voy a volver a caminar!

—No digas eso, hijo, he hablado con el doctor y me ha dicho que hay una operación.

—Y si no sale bien, ¿qué?

—Hijo, va a salir bien, no te preocupes.

—Que no me preocupe, mamá, ¡no voy a volver a caminar jamás si no sale bien!

—Entiendo que tengas miedo, pero confía en que todo saldrá bien.

—No puedo dejar de tener miedo, quiero morirme ahora mismo.

—Hijo, no digas eso, yo voy a estar siempre aquí contigo.

—Te lo agradezco, mamá, pero yo no voy a poder vivir así.

—Hijo, esto será como un largo viaje; no va ser fácil, pero tienes que intentarlo.

Pasan los días y Sergio sigue en la habitación del hospital esperando la operación. Poco a poco, va dejando la negatividad. Se encuentra más animado y con esperanzas de volver a caminar.

Llega el día de la operación. Todos están muy nerviosos por los resultados. Esperan durante horas hasta que ya por fin sale el cirujano.

—Todo ha sido un éxito. Ahora solo falta que Sergio ponga de su parte en la rutina de ejercicios para lograr caminar de nuevo.

El viaje de superación de los obstáculos para volver a caminar había comenzado, junto a su madre, Silvia y sus amigos.

Tener la posibilidad de comenzar de nuevo es un don de los seres humanos.

Mi experiencia de superación

Sobre cómo averigüé que toda mujer tiene su valor

Alejandra Echavarría Sarmiento

Para ver los cambios que he tenido a lo largo de mi vida, tengo que remontarme unos años atrás, cuando entré la Educación Secundaria Obligatoria, momento en que comenzó una etapa difícil para mí. Por un lado, comencé a sufrir *bullying* por parte de mis compañeros y, por otro lado, recibí maltratos por parte de mi padre, lo que me movió a no considerarlo como tal. Él también se comportaba de una manera abusiva con mi madre. Yo pensaba que eso era “normal” y que ocurría en todas las familias, hasta que descubrí lo contrario.

Entre otros conocimientos a los que tuve acceso, los postulados del feminismo me ayudaron a recapacitar sobre lo que me pasaba y, además, fomentaron en mí la valentía suficiente para darme cuenta de que todo lo que nos hacía mi padre no era algo sano. Ante esto, a mis catorce años, le dije a mi madre que la relación que teníamos con mi padre no era normal. Mi madre y yo nos dimos cuenta de esto bastante tarde.

Yo soy hija de inmigrantes colombianos y la zona de la cual provengo tiene muy inculcada una cultura en la que el machismo está interiorizado en las personas. Por ello, se considera como algo normal que entre parejas se den comportamientos tóxicos. Sin embargo, al conocer esta nueva realidad, pude ayudar a mi madre a salir de esa situación, a pesar de que yo estaba atravesando por una depresión.

Actualmente, voy al psicólogo debido a estos sucesos. Él afirma que he sido muy fuerte por haber soportado esa situación. También, me explica que es normal sentirme dolida, ya que el hombre que más tuvo que haberme amado fue el que más me hizo daño.

De igual manera, en las clases sufría más de lo mismo. Mis compañeros varones me hacían todo tipo de *bullying* y mis profesores eran indiferentes, a pesar de que puse múltiples denuncias y les informé muchas veces de lo que me ocurría. Esto afectó mis notas y fue motivo para que estos mismos profesores me intimidaran diciéndome que no iba a tener un buen futuro y que lo mejor era que dejara mis estudios.

Con respecto a lo anterior, estoy demostrando que todo lo que decían de mí era mentira, que puedo continuar con mis estudios, obtener muy buenas notas y desenvolverme en el ámbito académico con gran fluidez. Cada vez intento mejorar más y superarme. Reconozco que sacar buenas notas no es una competición, sino que, aunque son parte importante

de mis estudios, también debo intentar ser siempre una buena persona, alumna, compañera, amiga e hija.

Volviendo al tema del feminismo y la manera como se manifestaba en mi vida, me di cuenta de que las únicas que me defendían eran mis compañeras mujeres y mi madre; ellas fueron mi tabla de salvación en mis peores momentos. Cuando les conté por primera vez a mis amigas, me dieron la bienvenida al mundo de las mujeres. Luego, indagando con ellas, me di cuenta de que la mayoría había sido afectada por esto.

Hoy en día veo como referente del concepto de bondad a las mujeres y siento gran admiración por ellas, y más por aquellas que pasaron por la misma situación que yo. Al saber de primera mano lo mal que se pasa, puedo expresar que somos mujeres fuertes y dignas de admiración, que yo soy válida como mujer y puedo enfrentar los problemas que se me presenten.

En torno a esto, tengo que aclarar un pequeño detalle... Soy una chica transexual de diecisiete años, que ha vivido el machismo de primera mano. Sin embargo, informándome sobre feministas célebres, he podido ver la cantidad de machismo que hay hoy en día. Muchos afirman que ya no existe o que ha disminuido, pero es mentira, sigue existiendo. Por eso, creo que se les debería enseñar a las mujeres cómo defenderse de este tipo de actos machistas.

Un ejemplo de este machismo se da en el mundo de la transexualidad. Se dice que las mujeres trans, cuando salimos al mundo aceptándonos como mujeres, descendemos un peldaño

en la escala social, porque renunciamos a los privilegios otorgados al nacer cuando se nos consideraba erróneamente como varones. Por el contrario, con los hombres trans es diferente, ya que ellos ascienden un peldaño en la sociedad, pues se les otorgan ciertos privilegios por el mero hecho de ser hombres.

Esto también lo pude observar en el acoso sexual. La mayoría de estos hombres son adultos con hijos y esposas que, aun teniéndolos al lado, de forma muy inapropiada y grosera, se acercan a mí, sabiendo que soy una chica transexual y menor de edad; de igual manera, sucede con algunos ancianos. Sin embargo, con el tiempo, y debido a la cantidad de veces que por desgracia lo he sufrido, he desarrollado la capacidad de no afectarme y de enfrentar este tipo de situaciones sin ningún problema.

Otra forma de machismo que sé que sufriré en un futuro, si es que la sociedad no cambia a mejor cuando llegue a mi adultez, es la tan conocida brecha salarial o discriminación por ser transexual. A pesar de tener buenos estudios y vasta experiencia en el ámbito laboral, a la hora de contratarme, les puede dar igual y, peor aún, por el estigma de que las mujeres trans somos indecentes y nos dedicamos a la prostitución.

Por esto, espero desarrollar cada vez más una gran capacidad en el estudio, para acceder a un trabajo “decente”; aclaro que todos los trabajos son válidos, que no hay trabajo indecente. Además, quiero demostrarles a todos los que me dijeron que no llegaría a nada, con mi superación en los estudios, que sí

puedo; asimismo, quiero evidenciar con mi suficiente capacidad intelectual que puedo crear el futuro que yo y solo yo quiera; igualmente, quiero ser un modelo a seguir, una inspiración para las futuras generaciones de chicas, de igual manera como muchas mujeres han sido mi modelo a seguir, las que, de una mayor o menor forma, han cambiado el mundo. Parte de estas mujeres son, como bien he mencionado antes, mi madre, que siempre me apoya en todo lo que me propongo y me ama sin importar como sea; mis amigas; y mis profesoras de bachillerato, pues gracias a ellas he aprendido todo lo que sé hoy en día y nunca me había sentido tan a gusto en clase hasta el punto de amar el estudio incondicionalmente, y me asombra la virtud que tienen de saber un cúmulo de cosas que me resultan necesarias e importantes en mi aprendizaje.

Bien dice mi madre: “El mejor regalo que le puede hacer una madre a su hija son unos buenos estudios”.

La exigencia es constante: mejorar cada día para superarnos.

Obstinación

Carlos Mauricio Pérez Gómez

En un lugar de Suramérica, vivía un joven campesino llamado Federico López Reyes, que labraba la tierra cosechando frutos, hortalizas y todo lo que la misma tierra le brindaba. La finca era de sus padres, José López y Ana María Reyes, ambos campesinos de orígenes humildes, ¡pero eso sí, con un excelente corazón y de principios morales-eclesiásticos! La familia López transportaba sus productos en un coche modesto, pero que le facilitaba la entrega de encomiendas y acarreo a los pueblos aledaños.

Federico y su familia ganaban el pan de cada día con “el sudor de su frente” y estaban criados bajo el clero católico, apostólico y romano. Pero, para el amor verdadero, no existe la religión.

Un lunes por la mañana, sobre las diez, pasaba por los trigales una hermosa niña de unos diecisiete años, aproximadamente. Federico quedó estupefacto ante la belleza incomparable de esa muchacha de pelo rubio, ojos claros, labios rojos como fresas y cuerpo voluptuoso, que llamaba la atención de cualquier individuo.

Federico decidió seguirla después de jornalear, pero, como no estaba a la altura de su nivel social, primero fue a estudiar en la uni-

versidad administración de empresas. También, cambió de imagen: se compró un traje nuevo, zapatos de vestir, con el fin de conquistar a la mujer de su vida. Ella era el primer amor de Federico y, como todos sabemos, es el que nos marca para toda la vida.

Además de la imagen, nuestro joven embelesado decidió leer un poco de libros de poesía para mejorar su vocabulario y obtener mayor conocimiento, ya que su voz trémula denotaba el miedo que le generaba declararle todo el amor que sentía en su ser. Federico temía el posible rechazo dada la diferencia de clases sociales y políticas que desde tiempos coloniales han marcado una brecha social que separan plebeyos, comerciantes, familias reales, burguesía y campesinos.

La muchacha, de nombre Herlinda Angarita Zapata, pertenecía a una familia burguesa de abolengo, de “alta alcurnia”. Sus padres eran Manuel Angarita y Andrea Zapata, los más ricos de Uruguay, dueños de hoteles de lujo, casinos, empresas comerciales, etc.

Además de la diferencia social de nuestros protagonistas, Herlinda tenía un pretendiente conectado a su familia por negocios e intereses comerciales. Se trataba de un empresario multimillonario llamado Juan José Artigas, quien tenía descendencia estadista-militar y era general en retiro de la zona Quarai, ciudad brasileña. Su edad superaba en mucho la de Herlinda, pero sus padres lo aprobaban y defendían esta unión amorosa sin contar con la opinión de ella, con el pretexto de que era lo mejor para su vida, dada su estabilidad económica y social.

Para su corta edad, Herlinda ya sabía qué quería hacer con su vida y en lo más mínimo sentía algo por ese señor tan mayor, que le triplicaba la edad, sobre todo, porque más que su pareja parecía su padre, amo o dueño. Él la quería tener bajo su dominio, como si fuera un objeto de su pertenencia, un trofeo para mostrar ante la oligarquía uruguaya.

Mientras tanto, Federico labraba la tierra en la finca llamada “Pergamino”. Al final de la jornada, se cambió de ropa para ir al pueblo. A las cinco de la tarde, se encontró con Herlinda frente a frente. Ambos se miraron fijamente y en ese mismo instante se enamoraron a primera vista. Sin embargo, Federico sabía que por el momento no tenía mucho que ofrecerle, aunque poseía una finca próspera, una casa humilde y algunos ahorros que no eran nada en comparación con el poderío de sus padres; se rumoraba que tenían mucho poder, tanto político como alianzas militares. Fueran ciertos o no dichos rumores, Federico se sentía como un ser insignificante. Afortunadamente, un amigo le aconsejó que luchara por el amor de su vida; además de eso, le recalcó que solo los obstinados logran hasta lo imposible.

Así fue como el joven de veinte años, dejando los miedos e inseguridades, decidió conquistar a la niña de sus sueños. Lo primero que hizo fue comprar algunos obsequios como chocolates, peluches y una pulsera de plata con la inicial H. Luego, con todo ya comprado, averiguó dónde quedaba la casa de su amada para declararle su amor verdadero, aquel que lo alimen-

taba por dentro, pero se encontró con un problema: la familia Angarita tenía custodiada la casa como una fortaleza. Por otro lado, el señor Juan José Artigas, futuro esposo de la señorita Herlinda, enfrentó la dura situación.

Gracias a un amigo, nuestro protagonista pudo hallar la manera de contactarse con su adorada, aunque no fue fácil, ya que para lograrlo tuvo que hacer muchos favores y gastar un dinero considerable. Sin embargo, todo valía la pena por ver de nuevo al amor de su vida, a esa muchacha de tan bello aspecto, hermosa cabellera, sonrisa perfecta, cuerpo atlético.

Por celular, concertó una cita a través de mensajes de texto. Por escrito, Federico le logró transmitir sus sentimientos, que de viva voz no podía expresar. Era así como se sentía más seguro de sí mismo, tanto que logró concretar día, hora y lugar para conocer más a fondo a su damisela encantadora.

Por fin, llegó el tan anhelado día que tenía tan obstinado a Federico luchando contra los prejuicios sociales por ser tan diferentes. Herlinda se enamoró locamente de ese romántico poeta, que le robó su corazón en tan poco tiempo. El amor de esta pareja estaba entre la espada y la pared, pero ambos estaban “obstinados de amor” y, por ese deseo cariñoso y puro, lucharían en contra del mundo entero para lograr estar juntos.

El señor Juan José Artigas, típico déspota, al enterarse de que su prometida estaba en amoríos con Federico, entró en ira e intenso dolor y le dijo:

—¡Lárgate, no quiero volver a verte en la vida!

Seguidamente, anuló el compromiso, pero no sin antes golpearla con la cacha del arma, lo que le ocasionó lesiones contundentes.

—Casi la mata —dijeron las amistades de abolengo.

Nuestra feliz pareja decide escaparse e irse a donde la tía Menche, familiar de Federico, que vivía en Argentina y poseía una mansión, donde los chavales trabajaban y ganaban el día a día con esfuerzo, trabajo, dedicación, pero sobre todo con amor.

Mientras tanto, en ambas casas, estaban preocupados por sus hijos. Desesperados, llamaron a las autoridades policiales, que investigaron, pero solo encontraron una carta con dedicatoria para los padres: “Queridos padres, los amamos, pero ustedes no aceptan nuestra relación por la discriminación social y el pensar en qué dirán”. Los padres entendieron el mensaje y decidieron aceptar la relación. Dios los hizo entender la importancia de la familia, del amor, en especial, del amor puro e incondicional.

Los obstinados logran hasta lo imposible.

El sueño de tres amigos

Djiby Diagne

Djiby era un joven adolescente que vivía en Kayar, un pueblo pesquero de la costa de Senegal, África. Su *hobby*, como el de sus amigos, era jugar fútbol, pero su pasión era el mar. No había un día en que no se adentrara nadando hasta lo más profundo, después de haber jugado un partido de fútbol.

Desde muy joven, a sus once años, ya mostraba interés por aprender español. Desde que su hermano había migrado a España, soñaba con que algún día podría ir a Europa con él. De hecho, siempre que hablaban, le pedía que le hablara en español, para así poder aprender mucho más rápido. Para Djiby, su hermano era su referente.

Desde su inocencia, no pasaba un año sin que Djiby le recordara a su madre su deseo de ir a España, a lo que esta le respondía que primero debía estudiar mucho y crecer. Su padre le había inculcado desde muy pequeño la importancia de estudiar y poder tener un mejor futuro, y Djiby tenía claro que cumpliría con su cometido.

Entre sus amigos, destacaban Youssouf y Dudu, amigos desde la infancia e inseparables. Un día, entre conversaciones,

Youssouf y Dudu citaron a Djiby para darle una noticia. Este, pensando que se trataba de algo sin importancia, sugirió verlos otro día, pero la insistencia de Youssouf logró que Djiby acudiera al encuentro. Para su sorpresa, sus dos amigos habían conseguido tres billetes con destino a España. Djiby no podía creerlo, nunca pensó que su amigo Youssouf tuviera el coraje de atravesar todo un océano y acompañar a sus dos amigos a pesar del riesgo que suponía. Sin embargo, prepararon su viaje con mucha ilusión y también nervios, miedo e incertidumbre. Antes de partir, los tres amigos decidieron hacer una promesa: pasara lo que pasara, debían continuar y cumplir su sueño.

El día que partieron fue para los tres muy difícil: dejaban su país, sus amigos y familia, pero sus sueños le ganaban al miedo.

De los tres amigos, el más seguro era Dudu. Él tenía claro que llegarían a España, ese país del que tanto había escuchado hablar, donde los sueños, por muy inaccesibles que parecieran, se podrían alcanzar. Él soñaba con poder ofrecer una mejor vida a su familia.

Llegó el día y los tres amigos se adentraron al océano, junto a otros chicos; todos con un mismo fin. Durante varios días, descubrieron lo grande que era el mar y la inmensidad de especies marinas que podían vivir dentro de él. Las noches eran oscuras y frías, sobre todo cuando la luna no se dejaba ver. Al quinto día, comenzaron a divisar tierra a los lejos y un barco grande de color naranja se acercaba a ellos... Habían llegado.

—¡BOZA! —gritaban unos.

—¡Alhamdulillah! —gritaban otros, que significaba “gracias a Dios”.

¡Lo habían conseguido!

Los tres amigos se miraron y, entre pequeñas sonrisas, creían que ya nada podía parar sus sueños; habían cruzado el peor tramo de su camino. Sin embargo, lo difícil apenas había comenzado. A su llegada, después de ser asistidos, fueron separados. Desconocían el motivo, pero tenían la esperanza de que tan solo fuera por unas horas.

Dudu y Youssouf fueron derivados a diferentes centros de ayuda humanitaria; en cambio, Djiby fue trasladado, junto con otros chicos, a un centro que nunca imaginó que llegaría a pisar.

Durante el camino, sus compañeros ansiosos preguntaban a Djiby adónde se dirigían. Al ser el único que conocía el español, era el portavoz del grupo. En ese momento, Djiby percibió unas luces de color azul que despertaron su preocupación y supo que no los estaban trasladando a un centro de ayuda humanitaria, como había ocurrido con sus dos amigos. Al llegar y entrar en el centro, comenzaron a ver varios agentes policiales y uno de sus compañeros dijo:

—¿Qué es esto? ¿Es una cárcel?

Djiby guardó silencio, pensó que podría tratarse de un centro de internamiento para extranjeros y que podrían ser devueltos a su país.

Aquel lugar podía describirse como una pesadilla. Durante el día y la noche permanecían encerrados dentro de una habitación

con varias literas, y un pequeño aseo. Únicamente podían salir en las horas de la comida y dos horas de patio, una por la mañana y otra por la tarde. En esas horas, les permitían utilizar sus móviles y Djiby aprovechaba para contactar con su hermano y explicarle la situación en la que se encontraba. El único que sabía dónde estaba era su hermano, pues Djiby no quería preocupar a su familia.

Mientras su hermano hacía lo imposible para ayudarlo, Djiby contaba los días, las horas, los minutos y hasta los segundos que pasaba en ese lugar sin saber si el día que lograra salir por la puerta sería para continuar su sueño o volver al punto de partida. Lo único que le acompañaba durante su estancia en el centro eran sus compañeros, un par de libros de lectura y su fe, de la que nunca se desprendió.

Les habían explicado que cualquier día al despertar podían comunicarles que iban a ser repatriados. Eso hizo que las noches de Djiby y sus compañeros se convirtieran en un infierno. Se acostaban pensando si el día siguiente pasaría, y así estuvo durante treinta y seis días.

Una mañana, al despertar, les comunicaron que serían trasladados a un centro de ayuda a migrantes y puestos en libertad. Ese día fue tan especial como el día que habían divisado tierra europea. Horas después, fueron trasladados. Djiby se contactó con Youssouf y Dudu para explicarles lo que había estado viviendo y reencontrarse de nuevo, pero Youssouf había sido derivado a un centro situado en otra ciudad, a horas en avión; en cambio, Dudu aún se encontraba en la misma ciudad.

Djiby creía que ya había acabado todo, que su hermano vendría en su búsqueda y juntos podrían continuar su camino, pero la situación se volvió a complicar. No fue hasta dos meses después cuando Djiby pudo reencontrarse con su hermano y esperar la llegada de su amigo Dudu, la cual llegó un mes después. Ese día, se llenó de fotos para el recuerdo, a pesar de que su amigo Youssouf se encontraba en otra ciudad, los tres habían conseguido llegar a su destino para comenzar a cumplir sus sueños.

No siendo justa con ellos, la vida les volvió a golpear. Dudu enfermó y, aunque luchó muchísimo, su corazón dejó de latir a miles de kilómetros de su familia. Djiby tuvo que afrontar la peor despedida que podía imaginar. Era consciente de que durante la travesía podía pasar cualquier cosa, incluso, no llegar a destino, pero nunca pensó que después de volver a reencontrarse, la vida los volvería a separar. Fueron semanas muy duras para la familia y para Djiby sin su amigo.

Ahora, parecía que su sueño no tenía sentido, era algo que habían planeado los tres. De repente, recordó el pacto que habían hecho antes de partir y esto fue lo que hizo que Djiby cogiera fuerzas y ánimo para seguir adelante. Esta vez debía cumplir dos sueños, el de su amigo Dudu y el suyo.

*Pase lo que pase, debemos continuar y cumplir
nuestros sueños.*

Ilusión

Fabián Pérez Gómez

En el año 2012, un joven de veinte años, llamado Francisco López, quería estudiar Ingeniería de Sistemas, lo que más amaba en la vida. Sin embargo, carecía de los recursos económicos suficientes para realizar su carrera en la tan anhelada universidad de más alto prestigio, la Universidad Santa María La Antigua (USMA). Su objetivo principal era darle a su madre toda la ayuda que necesitaba, dado que sufría de artrosis y otras dolencias.

Francisco vivía en una casa muy pobre, pero su ilusión era entrar al alma mater y hacer su carrera profesional, aunque por el momento no sabía cómo conseguir el dinero faltante. Además, tenía otros problemas con el dueño del apartamento donde vivía, pues debía unos meses de renta. Por ello, decidió trabajar en un bar ubicado al suroccidente de la ciudad de Panamá para cubrir los costes de estudio, arriendo, alimentación y las medicinas de su madre, la señora Josefina Delgado. Francisco y su madre ganaban el pan de cada día como fruto de su trabajo.

Un día, realizando sus labores cotidianas, Francisco conoce a Clemencia Fernández, una mujer de unos 22 años, de cabello

rojo, ojos claros, labios carnosos y cuerpo de guitarra que se robaba las miradas y quedó pasmado ante la gracia incomparable de esa mujer. Por su parte, Clemencia Fernández, para su corta edad, ya sabía lo que quería hacer con su vida. Era una chica acaudalada. Estaban ubicados en lados opuestos: una muy rica y el otro muy pobre. Aun así, hicieron buena amistad y empezaron a salir para conocerse mejor. Sin embargo...

Francisco pudo conseguir un trabajo mejor remunerado, gracias a un amigo. Esta nueva labor consistía en crear mezclas de música *trance* y reguetón. De esta forma, Francisco veía más cerca la posibilidad de ahorrar, ir a la universidad y cumplir su sueño de estudiar Ingeniería de Sistemas. La manera de contactarse con su adorada no era fácil, pues tenía que hacer muchos favores y gastar un dinero considerable, pero valía la pena ver de nuevo a esa muchacha de tan bello aspecto, hermosa cabellera, sonrisa perfecta, cuerpo atlético.

Una noche, Francisco estaba trabajando normalmente en la Discoteca “Cocobombazo” como *disk jay*. Al final de la jornada, se cambió de ropa para ir a casa; eran las cinco de la mañana. Cuando llega, se encuentra con su madre enferma, entonces, corre de prisa a averiguar lo que le sucedía y siente un leve descanso, ¡tenía un simple dolor de espalda! Después de atenderla, se dirige a su habitación a descansar.

Sin embargo, Francisco sabía que por el momento no podía ofrecerle a su madre un tratamiento médico adecuado para su enfermedad, aunque poseía unos ingresos que le ayudaban a pa-

gar sus obligaciones y algunos ahorros que había reservado para emergencias sanitarias.

Un día, dejando sus inseguridades, Francisco, un joven de veinte años, decide hablar con Clemencia Fernández, pues le gustaba mucho su forma de ser y su belleza cautivadora. Gracias a un amigo en común, pudo pedirle ayuda para obtener los recursos económicos necesarios y así sanar a su madre de las dolencias que sufría.

—Apunta mi número de *WhatsApp* y hablamos; creo que puedo ayudarte —dijo Clemencia.

Fue así como concertaron una cita por *WhatsApp* y Francisco logró conmoverla por este medio con sus sentimientos profundos, su empatía sentimental, lo que en persona era incapaz de transmitir con tanta facilidad. Pocos días después, llegaron a sentir amor el uno hacia el otro, luchando contra los prejuicios sociales que los separaban. Clemencia se enamoró perdidamente de ese joven dedicado a alcanzar sus sueños y, por esa razón, se ganó su corazón. En poco tiempo, esta pareja estaba hablando de amor y de vivir en un futuro juntos. Ambos estaban “ilusionados por este sentimiento mutuo llamado amor” y lucharían en contra de todo el mundo para estar juntos.

Ángel David Reyes, uno de sus compañeros de clase de la Universidad Santa María La Antigua, el típico sátrapa, al enterarse de que Francisco era de condición humilde, intentó hacerle *bullying*.

—¡Lárgate, no perteneces acá! Esta U es para gente con billete.

Aunque este trato le alcanzó a ocasionar daño psicológico, Francisco no abandonó la ilusión de seguir luchando por lo que quería. Mientras su madre, la señora Josefina, hacía los oficios y la cena para su hijo, este la llamaba afligido por las burlas de Ángel Reyes y ella lo motivaba a continuar con su ilusión. De esta manera, sus ganas de estudiar y superarse a sí mismo nunca disminuyeron.

Francisco fue muy pertinaz en sus sueños, pues continuaba estudiando, aun siendo el número uno de sus clases. Los docentes lo tenían en alta estima por su dedicación y entrega en lo académico y como la persona solidaria que era, ya que le ayudaba a sus compañeros.

Muchos meses después, Clemencia, la prometida de Francisco, le dice:

—Estoy esperando un hijo tuyo.

Esto lo tomó por sorpresa y, al mismo tiempo, sintió una gran fuerza interior que lo impulsaba a seguir adelante.

Lamentablemente, su madre falleció el día de su graduación. Francisco tenía sentimientos encontrados: se sentía feliz y triste a la vez. En ese día tan especial, Francisco recibió un premio por ser el mejor de su clase durante toda su carrera.

En el funeral de su madre Josefina, fueron todos los amigos y demás compañeros de Francisco a darle las condolencias. A su lado, siempre estaba su esposa y su pequeño hijo Miguel. Y entre la multitud, se encontró con Ángel David Reyes y este le

pidió perdón por todo el daño ocasionado. Francisco lo perdonó y desde ese día son los mejores amigos.

Antes de recibir la beca para sus especializaciones, pronunció algunas palabras:

—Jóvenes, los invito a luchar por lo que quieran tener en la vida. Todo lo que hagáis, hacedlo con pasión y entrega, porque así se os darán los sueños e ilusiones de la vida.

Luego, terminó agradeciéndole a la señora Josefina.

—Gracias, madre, por enseñarme cómo se debe luchar en esta vida.

Francisco es el ejemplo claro de perseverar con sus objetivos personales y proyectos de vida para tener un mejor futuro, no solo para él, sino para toda su familia.

Por más adversidades que tengas en la vida, puedes lograr tus metas más deseadas. Jamás dejes de persistir.

*Todo lo que hagáis, hacedlo
con pasión y entrega.*

Dos caras

Gloria Gómez Abad

En ocasiones, la vida nos enseña lecciones muy duras. Algunas empiezan llamándose amor y acaban convirtiéndose en una tortura.

Nos venden el amor en cuentos, películas, San Valentín, incluso, en anuncios de perfumes, como una conexión mágica que no se puede fingir, porque es un sentimiento tan fuerte, que, aunque no se quiera expresar, todo tu ser te delata.

Mi experiencia comienza como una romántica película de amor, donde aparece un príncipe que se enamora de una chica cualquiera de su reino y la quiere hacer suya a cualquier precio; y resulta que el precio es la vida de ella.

El príncipe encantador comienza a envolver a esta bella joven del mismo modo que a todas las demás antes que ella: “Es la primera vez que siento esto por alguien”, “Es la primera vez que me enamoro”, “Quiero pasar el resto de mi vida contigo” eran sus acostumbradas frases de conquista. Muy bonito, ¿verdad? Un verdadero cuento de hadas hecho realidad.

Sin embargo, como en todo cuento de hadas, hay un villano cruel y despiadado, un ser malvado que quiere acabar con la felicidad de la pareja. Y ¡qué casualidad!, en este cuento, el antagonista es el propio príncipe, pero con otra cara. “No te maquilles, porque así estás más guapa”, “Tu familia no me acepta”, “Mejor salgamos con amigos que tengan pareja”, estas son sus frases de crítica, límites, condicionamiento.

Con el tiempo, el mundo de la joven se encierra en el palacio del príncipe y en sus deseos, debido al temor y a la amenaza de que, si no lo hace como él dice, la dejará de amar tanto como dice amarla ahora, porque el amor desmesurado y verdadero solo lo puede recibir de él. De modo que se levanta cuando el príncipe lo dice, van a comer donde el príncipe quiere, y frecuentan los amigos que al príncipe le parecen.

Pero no era culpa de su príncipe ser así, se excusa la dama, es el monstruo que lo devora por dentro, ese monstruo es el que la obligaba a alejarse y odiar a su familia, el que la obliga a decir que no cuando sus amigos acuerdan una reunión, el que la obliga a cortar una llamada telefónica por miedo a que le haga algo, el que la obliga a mantener relaciones sexuales después de haberle roto el coxis y sin haberla llevado a un hospital. No es el príncipe, no puede serlo. Él solo quiere que le responda rápidamente los mensajes, porque la quiere tanto que no soporta estar lejos de ella ni un minuto.

Realmente, el príncipe/monstruo ha elegido muy bien esta vez, porque esta dama tiene el corazón de una guerrera y va a

luchar hasta la muerte por este amor. Y, como predijo, lucha nueve años y once meses en una ardua guerra que la destroza física y psicológicamente; una guerra en la que pierde su identidad, su familia, y a cualquier persona que ella haya querido aparte de él. Sin embargo, entre tanto...

Cuando ya ha tomado todo de ella, comienza a ignorarla; no la mira, no le habla, la evade, como si fuese invisible para él. Y ella, frustrada y enfadada, sin saber si se dirige al monstruo o al príncipe, le anuncia que lo dejará, que él no se merece ni un segundo más de su tiempo, que ya no puede más, que no va a luchar un minuto más por un amor venenoso. Pero él es muy inteligente y, como tantas otras veces, le vuelve a hablar con el aparente amor y devoción que le había mostrado al principio.

—Vamos a darnos un tiempo, no me dejes, en este tiempo voy a trabajar en mí mismo para ser un mejor príncipe para ti, pero, aunque nos demos un tiempo, quiero seguir viéndote todos los días.

Ella, que había comenzado como una joven dama y ahora se había convertido en una mujer tras tantos años, asiente fingiendo estar de acuerdo, porque ya conocía al príncipe y sabía que eso era un adiós. Y lo conocía tan bien que sabía que en poco tendría otra nueva “princesa”, ya que no soportaba no tener a alguien a diario que lo adulase.

Y así fue. En menos de una semana, declaró a la nueva “princesa” el amor de su vida, que era lo mejor que le había pasado y que gracias a ella había conocido lo que era el amor. ¿Os suena?

Pero todo no acaba ahí. Sus supuestos amigos por entonces, aquellos que le convenían al monstruo y que siempre los rodeaban, no tardaron en hacer a un lado a la dama e irse con él, no sin antes amenazarla.

—Reza para que jamás necesites algo de nosotros —así se despidieron.

No podía creerlo, todos habían decidido irse con él, con esa persona que los criticaba a sus espaldas, que no los soportaba, pero que necesitaban porque lo adoraban. Del mismo modo, el monstruo los necesitaba, ya que lo que él respiraba, lo que lo hacía moverse y vivir cada día era la devoción fiel y ciega de sus seguidores. Porque con su máscara de príncipe, nadie se resistía a amarlo.

De modo que la guerrera, después de tantos años de incansable lucha, se vio sola, sentada en una habitación oscura y con el corazón hecho pedazos.

Pero la vida la despertó de esa mentira con la que el monstruo le había comido la cabeza por tantos años, pues, ciertamente, no estaba sola. Su hermana, su madre, su padre, siempre habían estado ahí, sufriendo por ese amor venenoso que la tenía ciega. Ahora, ellos la envolvían con un amor real, auténtico y verdadero, que el monstruo había querido borrar por tantos años. Y sus amigos, sus verdaderos amigos, los que el monstruo alejó al principio, se acercaron a ella y la apoyaron demostrándole lo que realmente significaba la amistad... Sin amenazas, sin reproches.

Y si os digo que no lloré o que no sufrí los siguientes meses, mentiría. Y lo peor fue el tener que enfrentar día tras día sus mentiras, su odio y su rencor. Ver cómo ellos utilizaban mis intimidades para reírse con el monstruo, cómo envenenaban a toda mi clase para despreciarme, cómo intentaban y siguen pretendiendo provocarme de innumerables maneras para hacerme reaccionar. Porque yo decidí no reaccionar, porque ya no significaban nada para mí, porque ya no estaban en mi vida y jamás los dejaría volver a entrar.

Poco a poco, la frustración, el odio, el rencor, la ira, y la tristeza fueron cesando. Volví a vivir, a realizar esos proyectos que había abandonado por ellos, por él; a conocer gente y sitios nuevos; volví a experimentar la vida y a reír. Finalmente, lo superé. Dejaron de aparecer en mi mente, en mis pesadillas, y el verlos ya no suponía ningún esfuerzo.

También, os diré sinceramente que aún no estoy preparada para volver a abrir mi corazón a ningún príncipe. Si algo me ha enseñado esta lección, es que no puedo poner a cualquier persona en mi vida por encima de mí. El amor propio, el amor que nosotras mismas tenemos que profesarnos debe ser muy fuerte, debe trabajarse diariamente, para que sea irrompible y se convierta en un escudo ante futuros monstruos.

*Cuando nos superamos, volvemos a experimentar
la vida y a reír.*

Volver a lo que amo

Graciela Filomena Sicali

Cincuenta años después, puedo contar esta vivencia...

Todo comenzó cuando tenía doce años. Vivía en un hogar muy humilde, con muchas carencias, rodeada de gente de buena disposición. A pesar de mis pocos años, intuía que, si estudiaba, podía tener una vida mejor.

En 1971, ya abanderaba la escuela primaria, pero me encontraba en una difícil situación económica para seguir el secundario. No podía contar con la ayuda de ningún familiar. Mi papá era un hombre mayor, enfermo, jubilado y no quería que siguiera estudiando. No tuve ningún incentivo de parte suya. Sin embargo, sola luché para lograrlo.

Por ser la mejor alumna y tener necesidad económica, el colegio me postuló para una beca del Club de Leones (una entidad de beneficencia), que me brindaría todo lo necesario para los estudios. Me la concedieron.

Los sábados asistía a un centro llamado OSCUS a aprender bordado y peluquería. No recuerdo cómo llegué hasta allí. Me enteré de que en la semana había una escuela. Me

fascinaba ver las paredes de aquel sitio; era un lugar que me daba paz.

Llegó el momento de la inscripción a un colegio. Yo tenía una escuela secundaria muy cerca de casa, pública, pero me daba temor el nivel educativo que tenía, de acuerdo con los comentarios que había escuchado. Al Instituto Dolores Rodríguez Sopeña, llamado OSCUS, debía viajar, pagar la cuota, pero igual fui sola a inscribirme y luego mi mamá fue a firmar.

Comencé y a los siete meses, le pedí a la directora, la inolvidable Sra. Carmen Canals de Colado, el pase para otra escuela. Me preguntó el motivo y a mí me dio vergüenza decirle que no tenía dinero para pagar la mensualidad ni el transporte. Tanto insistió, que al fin terminé diciéndole el por qué. Y fue ahí cuando, con su carisma, Dolores Sopeña, la fundadora de aquel sitio, puso en la directora sus palabras. Como yo ya tenía excelentes calificaciones, me dijo:

—Una alumna como tú no se irá de este colegio.

A partir de ese momento, no pagué más las cuotas mensuales y durante cinco años me ayudaron con el dinero para el transporte. Era mucha carga para tan poca edad, pero sabía que era la única forma de tener un futuro mejor.

Fui la elegida por el Instituto Dolores Rodríguez Sopeña para agradecer públicamente en el acto de fin de año todo lo que había recibido a través de Dolores Sopeña; y pude expresar el cariño inmenso por mi querida escuela.

El promedio de mis calificaciones y la muy buena reputación del colegio me permitieron encontrar pronto excelentes oportunidades laborales. Tuve trabajos de mucha responsabilidad. No continué la Universidad, solo pude perfeccionarme en cursos muy importantes.

Muy satisfactorio fue para mí sacar mi casa adelante, realizar algunos viajes y tener otras condiciones de vida.

Después de muchos años, encontré la dirección de la Sra. de Colado, le escribí una carta agradeciéndole a ella, que, en nombre de Dolores, me había brindado la oportunidad de mejorar mi vida. Recibí una conmovedora respuesta de parte suya. Ella ya estaba muy mayor y, sin embargo, sentí que Dolores me hablaba a través de ella. Eso llenó mi corazón y mi alma.

Un día se enfermó mi papá, y mi hermana y sus hijos chiquitos necesitaban imperiosamente mi ayuda en todos los sentidos. No pude desinteresarme de todos y tuve que renunciar a un buen trabajo para poder ocuparme de ellos.

Pasaron dos años y necesitaba el dinero y tener alguna ocupación fija, porque me estaba enfermando mentalmente. Mi padre ya había fallecido. Traje a mi mamá a vivir conmigo y, a la vez, me ocupaba de mis sobrinos, que vivían en una situación preocupante y peligrosa.

Como era tan difícil la situación, decidí pasar por el Instituto Dolores Rodríguez Sopeña, después de veinte años sin haberlo pisado, a preguntar si había alguna vacante de trabajo para mí, que era profesora de inglés. Me atendió la direc-

tora que había sido profesora mía y me dijo que para inglés no había, pero sí una suplencia de preceptora. Mi marido opinaba que, teniendo en cuenta que yo estaba haciendo una prueba en otra empresa, por qué no hacía algo por mi verdadera vocación y me incorporaba a la docencia. Aquella carrera que había elegido al terminar el secundario, que no pude seguir, porque el turno de noche lo habían cambiado a la mañana y yo tenía que trabajar para mantener la casa. Entonces, acepté y, a los seis meses, la preceptora titular renunció y yo asumí el cargo de forma permanente.

A partir de ese momento, pude ir devolviendo todo lo que la escuela me había brindado. Fue la forma más perfecta de transmitir a los alumnos, en todos estos años, los valores tan importantes que yo había recibido de Dolores. Poder escuchar a los chicos, brindarles constantemente consejos, ayuda económica y por sobre todo afecto. Lo hice y lo hago con mucho cariño y me hace muy bien, es como alimentar el alma. A la vez, recibo mucho cariño de parte de ellos. Puedo brindarles un abrazo, una caricia y escucharlos, darles todo aquello de lo cual carecen en estos tiempos.

Esta es una escuela en donde el alumno es una persona muy importante para todos y yo estoy muy contenta de poder contribuir brindando todo lo que recibí cuando tenía la misma edad de los chicos. Todavía creo que tengo mucho para dar. Tal vez después de jubilada quisiera seguir un tiempo más. Me siento capaz de seguir apoyando y cuidando a tantos adolescentes que

necesitan recibir afecto, aprender valores y preparación para que, algún día, puedan tener una vida noble, responsable y sobre todo convertirse en una buena persona, sin olvidar el compromiso de transmitir a otros lo que alguna vez recibieron.

Después de veinticinco años de trabajo en la escuela, preparando mi jubilación... Doy gracias por una vida acogida, acompañada y amada por la figura, amor y carisma de Dolores, a quien siempre le agradeceré haber sido yo una de sus elegidas.

Doy gracias por una vida acogida, acompañada y amada por Dolores Sopeña.

El aroma de cristal

Idaira Torres

Mael odiaba todo cuanto tenía a su alrededor. Se culpaba desde aquel accidente en que había perdido la vista y, sobre todo, lo que más amaba: a su novia Eva. Perder la vista fue duro para él, pero haber perdido a su novia lo había destrozado por completo. Se castigaba una y otra vez diciéndose que él no era merecedor del amor de ninguna mujer, puesto que, por su culpa, había fallecido la suya.

Cada tarde se dirigía a una biblioteca no muy lejos de su residencia, en donde se encontraban libros de todo tipo e, incluso, había inaugurado una nueva sección de *podcast*.

Cuando llegó a la entrada, saludó cordialmente a Riel y se dirigió a la zona de *podcast*. De pronto, se tropezó con alguien.

—A ver si miras por dónde vas —comentó Mael muy molesto.

La muchacha, al escucharlo, se volteó.

—Lo siento mucho, ha sido un accidente.

Mael iba a contradecir, pero algo hizo que se detuviera... Percibió un aroma extremadamente conocido, ¡no podía ser!, era el perfume de Eva.

Por un momento, se tambaleó. Miles de recuerdos empezaron a golpearle sin miramiento. La muchacha, al verlo tan descontrolado, lo quiso ayudar.

—¿Estás bien? —le preguntó tímidamente.

—Disculpa, pero tengo que irme —respondió Mael.

Al intentar sostenerse, Mael agarró la mano de aquella desconocida. El contacto con sus manos, lo estremeció. No sabía que despertaba el tacto de aquellas manos, pero había algo en ella que despertaba sus demonios y le impedía recobrar la calma.

Como pudo, salió de la biblioteca a pasos agigantados hasta su residencia. Agradeció que no estuviera su familia en casa, se encerró en su habitación y comenzó a gritar. No podía olvidarla. Sus lágrimas eran como miles de cristales incrustados en el alma. Cayó en el suelo sin fuerzas pensando una y otra vez cómo liberarse de esas cadenas.

La siguiente tarde, se dirigió a la biblioteca, como era su costumbre, y se acercó al recibidor donde se encontraba Riel.

—Buenas tardes, Riel.

—Buenas tardes, joven. ¿Qué necesitas? —inquirió la señora.

—Quería preguntarle si ha visto a la chica con la que me tropecé hace algunos días.

—Es tu día de suerte, querido, está sentada en la sección de los cómics —espetó la señora Riel.

Con el bastón, se guió hasta la sala donde se encontraba la sección y unos pasos más adelante, cerca de la mesa, volvió a oler el aroma que lo perturbaba tanto.

—Hola, antes de que diga algo, quiero presentarle mis disculpas. No fue mi intención ofenderla —dijo Mael intentando no sonar tosco.

La muchacha levantó la vista de su libro y lo miró. Aquellos ojos albergaban algo más que ella no podía descifrar.

—Está bien, acepto tus disculpas —lo dijo extendiendo su mano.

Mael estaba inmóvil, mientras la muchacha alargaba sus manos para tomar la suya. Él se agitó por el nuevo contacto y volvió a colmarse de aquella sensación que no podía definir.

—No eres de por aquí, ¿cierto? —preguntó Mael soltando su mano suavemente.

—Hace unos días llegué de Inglaterra.

Las horas pasaban. Tanto Mael como aquella muchacha se sentían a gusto, pero llegó la hora de cierre de la biblioteca. Entonces, se despidieron con cierto sabor agridulce. Mael no podía quitar de su cabeza el aroma que desprendía aquella muchacha. “Desconocida, has creado un conflicto en mi cabeza”, pensaba.

Al día siguiente, se despertó temprano, y su familia estaba reunida. En la mesa, su madre estaba organizando todo para la cena de esa noche.

Llegó la noche y la gente empezó a llegar. A Mael le irritaba este tipo de reuniones. Mientras tomaba un vaso de ponche, su madre se acercó.

—Hijo, quiero presentarte a alguien. ¿Te acuerdas de Estefanía?

Justamente, la señora en cuestión se acercaba a él.

—Hola, Mael, ¡qué grande estás! —comentó Estefanía alegremente.

—Hijo, te presento a Zía, la sobrina de Estefanía.

Mael estrechó la mano de Zía y nuevamente lo poseyó la misma sensación de días atrás con aquella muchacha, de la cual no sabía ni su nombre. Lo peor vino después, al percatarse de que la sobrina de Estefanía tenía el mismo aroma. “¿Me estaré volviendo loco?”, pensaba Mael.

—Si me disculpan, debo retirarme —dijo Mael visiblemente afectado por todo lo que estaba sintiendo.

Se retiró a su habitación y se dejó caer. Su cabeza lo castigaba con vehemencia y empezó a llorar sin consuelo alguno. Necesitaba liberar todo aquello que le quemaba por dentro.

Por su parte, Zía se encontraba fuera de lugar. Su tía la había dejado sola en medio de aquella gente que apenas conocía. Entonces, decidió ir al baño a refrescarse, pero había un problema, no sabía dónde se encontraba. Sin embargo, se dirigió al segundo piso. Al llegar al pasillo, vio una puerta y entró. Unos ojos enrojecidos y llenos de lágrimas la recibieron.

—No debes estar aquí, márchate —rogó Mael tratando de ocultar su estado.

—Lo siento, estoy buscando el baño —dijo Zía.

—¿Se parece esto en algo a un baño? —arremetió Mael.

Harta de su trato, Zía articuló:

—No tienes que ser tan grosero, eres un maleducado.

Al escuchar aquella voz, se llenó de calma. Era la chica de la biblioteca... Se llamaba Zía.

—Lo siento, hace tiempo que no dejo entrar a nadie a mi habitación —espetó Mael.

—De eso me he dado cuenta, pero no puedes tratar así a los demás. Fue un accidente. No eres culpable de nada —se apresuró a decir Zía.

Se arrodilló ante él y lo abrazó. El tiempo se paró, solo existían aquellos dos seres que, por azares del destino, debían conocerse.

El pasar de los días continuaba, y Mael y Zía se acercaban cada vez más; pero, cuando creían que por fin daban un paso, retrocedían diez. Zía no pudo aguantar más y le dio un ultimátum a Mael: o ella o su pasado. Mael estaba hecho un lío. Por un lado, estaba aquella muchacha que lo había traído de cabeza, la única que había podido calmar sus demonios; pero, por otro lado, sentía que le debía lealtad a su novia fallecida. Él se seguía culpando por lo sucedido aquel día.

Mientras seguía en aquella encrucijada, su hermano tocó la puerta.

—Eres demasiado estúpido, Mael —dijo Andréi—. ¿Cómo eres tan tonto de dejar a esa muchacha que está completamente colada por ti?

—La situación es complicada —aseveró Mael.

—Hermano, es tiempo de sanar.

Esas palabras surtieron efectos en él. No podía permitirse perder a alguien por sus miedos. El pasado es pasado, nadie lo puede revertir. Así que, cogió su chaqueta y su bastón, y emprendió camino hacia la residencia de Zía.

Tocó la puerta y abrió Zía. Antes de que hablara, la interrumpió.

—Arruiné tantas cosas que pudieron haber resultado increíbles solo porque no conseguía ver lo que tenía ante mis ojos. Tu aroma de cristal destruyó aquella armadura y estoy aquí a tus pies rogándote otra oportunidad. Has sido mi luz en la oscuridad, quien me ha dado fortaleza. Tú me has hecho ver lo que perdía. Te quiero tanto que duele. Perdóname.

Zía, entre lágrimas, no podía creer que, por fin, Mael se hubiera atrevido a decir esas palabras. Y el beso no se hizo esperar.

Mael pensó que esta era su oportunidad de superarse y de superar el pasado.

Es tiempo de sanar.

Una historia de superación

Luz Marcela Mercado Arispe

Nací en febrero de 1960 en Independencia, provincia al norte de la ciudad de Cochabamba, en el país de Bolivia, que se sitúa geográficamente en Sudamérica. Era la menor de cuatro hermanos. A mi padre no llegué a conocerlo, porque murió cuando yo tenía tres meses de nacida. Mi padre murió por el “mal de mina”, una enfermedad que afecta a los mineros que trabajan en el interior de las minas, causada por los gases tóxicos que respiran y afectan los pulmones.

Al quedarnos huérfanos, mi madre pasó a convertirse también en padre y, como es de suponer, vivíamos en un pueblo rural. En esa época, no había trabajos de mano de obra remunerada. Por ello, para sobrevivir, mi madre Marcela se dedicó a las labores del campo, la siembra de papa (patatas), maíz, verduras, etc., según la temporada, debido al clima subtropical que existía allí y a las parcelas que por entonces disponíamos en aquellas tierras fértiles.

Mis tres hermanos mayores asistieron a la escuela primaria. Cuando me llegó la edad de ir, mis hermanos se fueron de casa a

la ciudad de Cochabamba, por la imperiosa necesidad de trabajar y seguir estudiando para forjarse un futuro. Con mucho esfuerzo y dedicación, lograron ingresar a la Escuela Militar de Sargentos, de la cual egresaron satisfactoriamente y, por ende, con un trabajo asegurado. Nunca más los volví a ver, porque decidieron hacer sus vidas formando sus propias familias y olvidándose de que tenían una madre y una hermana pequeña.

Quedé yo sola en el pueblo a la edad de los ocho años y tenía que realizar con mucho esfuerzo la escuela primaria y las labores del campo. También, ayudaba a mi madre en el duro trabajo de la siembra, pero mi gran sueño era al menos algún día llegar a ser como mis hermanos.

A mis doce años, mi madre sufrió un ictus que le ocasionó una parálisis de la mitad del cuerpo para abajo. Por tal motivo, preocupada y desesperada, dejé la escuela para dedicarme a su cuidado y a las labores del campo. Así sobrevivimos varios años.

A mis dieciséis años, mi madre empeoró. Por ello, tuve que viajar a la ciudad de La Paz a comprar medicamentos que no se conseguían en el pueblo. Y, mientras me encontraba lejos buscándolos, mi madre falleció. Intenté regresar inmediatamente, pero, debido a que los autobuses no realizaban viajes todos los días, llegué cuando ya la habían enterrado, lo que ocurrió gracias a la caridad de la gente del pueblo.

Al verme sola y abandonada, y sobre todo frente a lo que suponía ese duro golpe en mi vida y mi incapacidad para asimilarlo, no me quedó más remedio que dejar el pueblo. Me fui a la

ciudad de Cochabamba, donde prácticamente me busqué la vida sola. No tenía dónde dormir ni qué comer. Con mucho esfuerzo, encontré donde quedarme, conseguí un trabajo en la cosecha de maíz y por la noche asistía a una escuela nocturna.

En aquella época, se escuchaba que la cosecha de café era bien remunerada, así que compré los pasajes con lo que había ganado y me fui a Brasil. En Minas Gerais, me encontré con varias personas en la misma situación y, cuando llegamos a la cosecha, sufrí discriminación por ser boliviana. Solo aguanté tres meses y decidí retornar a mi país.

Al llegar, alquilé una habitación y me propuse aprender el oficio de peluquería y trabajar en lo que surgiera cada día, ya fuera lavando ropa ajena, limpiando, etc.

A los veinticinco años, me casé, llegué a tener tres hijas. Mi esposo trabajaba de orfebre, era explotado y mal pagado.

Pasaron los años y mis hijas crecieron, razón por la cual nuestras necesidades económicas también lo hicieron. El salario de mi esposo ya no era suficiente.

Con el gran deseo de aportar económicamente en casa, decidí emigrar a España. Cuando llegué a Madrid, una ciudad tan grande y totalmente diferente, me sentí perdida y comencé a sufrir ataques de ansiedad. Caminaba por la ciudad sin rumbo y sin encontrar ayuda de ningún tipo. Dormía en parques y en portales, hasta que un día una señora mayor se me acercó con pena y me brindó abrigo y comida. Gracias a Dios que me mandó a esta persona.

Como estaba tan agradecida con la señora por haberme ayudado, le propuse ayudarla a cambio de un techo. Ella me brindó no solo un abrigo, sino también el cariño de una madre. Con el tiempo, los hijos de la abuelita decidieron enviarla a una residencia. Para ese entonces, yo ya contaba con la fuerza física y mental para enfrentar la vida en Madrid y busqué sin descanso hasta que encontré un trabajo de empleada doméstica interna.

Al cabo de un tiempo, traje a mi familia. Primero llegó mi esposo y, con mucho esfuerzo, posteriormente traje mis hijas. Debido a que éramos indocumentados, encontramos trabajo de internos en Málaga y, alrededor del año 2005, logramos conseguir nuestras tarjetas de residencia. Trabajamos hasta el año 2007 y decidimos establecernos en Madrid, porque nuestras hijas se encontraban viviendo solas en esa ciudad.

Mis hijas ya estaban trabajando y pudimos tomar un piso en alquiler y pagarlo entre todos. Ellas consiguieron sus tarjetas de residencia y más tarde la nacionalidad española. Yo llegué a conseguir un trabajo como limpiadora en un centro sanitario. Firmé un contrato indefinido y mi esposo también consiguió un empleo de operario en una empresa de medio ambiente en el aeropuerto de Barajas. De esa manera, nos encontrábamos más estables en nuestra situación económica y familiar.

Mi hija mayor se independizó y actualmente tiene una familia con tres hijos; se radicó en Barcelona. Mi hija menor también se independizó y vive sola con su único y amado hijo de once

años. Mi hija del medio está soltera, vive con nosotros y trabaja gracias a los cursos que realizó.

Por mi parte, como siempre deseé realizar mi sueño de graduarme de secundaria, me matriculé en el colegio para mayores. Y al final del año 2020, en plena pandemia del COVID-19 y a mis sesenta años, logré cumplir mi gran sueño de egresar de la Educación Secundaria Obligatoria, con lo cual pude aspirar a estudiar un curso de enfermería.

Por lo tanto, debido a todo lo que pasé hasta el día de hoy, llegué a la conclusión de que nunca es tarde para estudiar. Pienso que, con perseverancia, estudios y una buena preparación, podemos aspirar a una profesión y a mejores puestos de trabajo en nuestras vidas.

*Siempre deseé graduarme de secundaria
y a mis sesenta años lo logré.*

Dolores Sopeña

Una mujer visionaria

Olga Lucía García Castro

Había oído hablar de OSCUS en mi niñez, pero jamás de Dolores Sopeña.

En el año 2013, conocí a esta admirable mujer por una invitación que se me hizo para dictar charlas de formación en la Institución. Por aquello de mi profesión como periodista, en la cual siempre se busca estar informado y conocer a fondo el sitio donde se está, comencé a leer de la vida de Dolores Sopeña y a descubrir su pensamiento, sus sueños y sobre todo su amor a Dios.

Dolores Sopeña, a través de su legado, me ha enseñado, entre muchas otras cosas, que, ante la dificultad, reflejada de una manera muy fuerte en estos dos últimos años, uno debe enardecer para no caerse; y si se cae, levantarse como ella lo hizo cuando al inicio de su apostolado tuvo que enfrentar muchas adversidades, las cuales superó con grandeza.

Dolores Rodríguez Sopeña, quien fundó esta obra, que ella concibió desde un comienzo como laical, ha dejado en mi vida y en mi corazón una profunda admiración por su compromiso con

Dios y con el hermano, pues se sacrificó para darse toda al servicio de los trabajadores, a los cuales siempre acompañó y acogió, sin importar su extracción social, racial ni religiosa.

¿Qué se puede decir de tantos alumnos que he visto pasar por este centro, cada uno con sus ideas, dificultades, enfermedades y fortalezas? Muchos han venido a estudiar aquí, porque se los ha recomendado un amigo, un vecino o un familiar. El “voz a voz” ha sido la mejor carta de presentación de esta obra.

Yo he podido ver los frutos que este sueño de Dolores ha dado en muchos de los alumnos. Casi ocho millones de personas, que han pasado por este centro docente, han podido ver realizados sus sueños. Para no ir tan lejos, y pasando un poco por alto todos los logros de esos millones de personas que han tenido la oportunidad de reconocer el legado de la fundadora y expresar gran admiración por su vida, quiero que los que tengan la oportunidad de leer este relato sepan de los sueños que están cumpliendo muchas personas en el mundo, gracias a que son beneficiarios de la obra de Dolores Sopeña. Esta obra busca que se refleje el amor de Dios en todas partes donde haya un sopeñista.

Una mañana de un agitado sábado, como suelen ser los sábados en este centro, “el dragón de las siete cabezas”, así llamamos jocosamente al sábado, llegó un señor a mi oficina y me preguntó:

— Por favor, ¿puede informarme si William Velandia enseña todavía aquí?

— Sí, señor, aún enseña aquí —le respondí.

Luego me contó que su hermano, que vive en Canadá, tomó las clases con el profesor Velandia, y le dijo que viniera a Sopeña a estudiar Mecánica, y que luego lo esperaba en ese país para trabajar. Ahora, ellos dos están viviendo y trabajando en Canadá, gracias a lo que aprendieron en las aulas Sopeña.

Varias alumnas del área de Belleza han llamado para solicitar orientación sobre cómo apostillar sus diplomas, ya que se lo exigen en los países donde están ejerciendo su carrera, tales como Estados Unidos, España, Brasil, Italia y Australia.

Está también el caso de Viviana González, comunicadora social con maestría en Función Pública, quien trabajó en la oficina de prensa de la Presidencia de la República de Colombia. Ella quiso viajar a Australia en busca de mejores oportunidades para realizarse como profesional. Antes de partir, yo le sugerí que tomara un curso de Belleza aquí, para que aprendiera un oficio distinto a su carrera y, en caso de necesitarlo, le pudiera servir en el extranjero. Y ella así lo hizo.

Tiempo después, sonó mi teléfono. Yo estaba en Sopeña y Viviana me estaba llamando desde Australia. Ella me buscaba para que le hiciera el favor de comunicarla con la profesora a fin de consultarle sobre un procedimiento de tintes.

— Aquí no me valió mi carrera ni mi maestría, pero me va muy bien con lo que aprendí en Sopeña —me comentó.

Viviana ya lleva dos años ejerciendo en esas lejanas tierras y le ha ido muy bien económicamente.

Podemos apreciar claramente que Dolores fue una mujer visionaria: sabía que en el futuro se podría tener una profesión, pero también un oficio que muchas veces nos da mejores ingresos para vivir. Ella siempre se enfocó en que el estudiante Sopeña, a donde fuera, pudiera tener oportunidades laborales haciendo con excelencia y valores su trabajo. Esa era la garantía para dignificar más su vida.

No en vano ella sabía que, si el estudiante era formado con alta calidad y de una manera integral llevándolo a los pies de Cristo, iba a triunfar donde quiera que fuese.

Por esto, cada persona que llega a esta obra se lleva para su vida no solo un conocimiento, sino un incentivo de saber que al estilo de Dolores Sopeña se puede conquistar el mundo con conocimiento, entrega y amor a Dios.

*Aprender a trabajar con excelencia y valores es
garantía para dignificar la vida.*

Una chica de África

Cuento de Anna

Priscilia Pardón Amankhian

Anna era la única hija de sus padres, los padres eran ricos cuando dieron a luz a Anna.

Anna nació en una familia feliz, sus padres eran una pareja feliz. Un día, sus padres decidieron visitar la ciudad en la que nacieron. Cuando llegaron, fueron muy bien recibidos y ella estaba muy contenta de visitarlos. Pero, a los pocos días, su madre enfermó gravemente, al punto que no pudo ser tratada médicamente. Su padre tuvo que buscar la manera de encontrar una cura para la enfermedad y en el camino tuvo un accidente y murió.

Mi tío me contó que mi padre tuvo un accidente cuando se dirigía a encontrar una cura para la enfermedad de mi madre y que está muerto. Sentí que el alma abandonó mi cuerpo por el susto, ni siquiera puedo escuchar voces a mi alrededor, no puedo creer que mi padre, que me dijo que iba a encontrar una cura para mi madre y que todo iba bien, se haya muerto. No, no, esto no me está pasando a mí, ¿cómo se lo voy a decir a mi madre? grito, grito, lloro y rezo para que sea mentira. Mi

padre no puede estar muerto, me prometió que todo iba a estar bien.

Salí corriendo del hospital. No sé ni dónde voy, pensando cómo, mi mamá enferma, se iba a tomar la noticia. Nuestra familia estaba feliz antes de este viaje.

Necesito volver al hospital, espero que mi tío no le haya contado nada a mi mamá.

Cuando llegó al hospital, escuchó a su madre gritar y llorar diciendo no, no, no, no puede morir. Corrió hacia ella y se sorprendió al ver que su madre tenía dificultades para respirar. Llamó al médico para que la ayudara porque su madre se detuvo. Estaba respondiendo al tratamiento, pero, antes de que llegara el médico, su madre murió.

Después de la muerte de sus padres, Anna, que era muy joven, tuvo que mudarse a la ciudad de Benin (estado de Edo) con su tío y su esposa. Cuando llegó a la ciudad, comenzaron a maltratarla para ganar dinero con ella través de los hombres. Ella se negó y escapó de la casa, comenzó a moverse de un lugar a otro, sufriendo, sin nadie que la ayudara. Toda la familia estaba en su contra porque era huérfana.

Mientras se movía de un lugar a otro, vio a Sharon, una vieja amiga. Le contó la historia de cómo murieron sus padres y cómo su tío quería obligarla a casarse con un anciano, por eso se escapó de la casa y no tiene adonde ir. Sharon sintió lástima de ella y le dijo que la iba a ayudar, le dio buen ánimo, refugio, la vistió y la alimentó. Sharon ayudó a Anna a recuperar su vida

nuevamente. Sharon le contó a Anna cómo deberían viajar a Europa, a Italia, para una vida mejor. Anna estaba muy contenta con la noticia, pero le preguntó a Sharon de dónde sacarían el dinero para el viaje. Le dijo que no se preocupara, que hay una mujer que las va a patrocinar. Sharon llevó a Anna a la mujer, que prometió llevarlas a Italia y que cuando lo consigan le devolverán el dinero cuando empiecen a trabajar.

El sueño de la libertad se convierte en una pesadilla de prostitución.

Anna pensó que iba a Europa a estudiar y ganar algo de dinero, con un trabajo de medio jornada. Pero, de lo que la niña de Nigeria no se dio cuenta es que los libros serían un sueño lejano y el trabajo que estaría haciendo sería la prostitución.

Un viaje sin piedad.

De Nigeria a Italia. Un largo viaje de África a Europa cruzando el desierto y el peligroso mar Mediterráneo, solo con la promesa de mejorar su condición de vida. “Caminamos durante meses”, dijo Sharon, una de las compañeras de piso de Anna en Génova, que hizo lo que ella llamó un “viaje despiadado” a través del desierto para llegar al extremo norte de África, donde podría tomar un barco a Europa.

“Muchas personas murieron en este viaje, sin comida ni bebida. Tenían sed, sin otra opción que beber su propia orina”, dijo Sharon moviendo la cabeza ante el recuerdo.

Anna, una vez que llegó a Italia, se encontró, lamentablemente antes de darse cuenta de lo que estaba pasando, dentro

de una red de prostitución, mujeres víctimas de explotación. Le quitaron el teléfono móvil y el pasaporte.

No tenía ninguna posibilidad de escapar. Me quitaron la dignidad..., me sentí un producto que se puede traer para usar, para consumir.

Después del reclutamiento, y antes de su partida, obligaron a Anna a participar en un ritual vudú, una especie de rito de iniciación que puede considerarse como una forma de ritual psicológico vudú (JuJu en Nigeria). Lo realiza el médico nativo, que es un chamán local del pueblo.

Hacen una bolsita con mi cabello, ropa interior e incluso sangre menstrual y el chamán local se la queda.

Anna, de muy bajo nivel educativo, juró honrar el compromiso, devolver la suma de 60.000 dólares solicitada por los traficantes y obedecer todas las instrucciones, sin revelar los nombres de las personas involucradas ni ningún detalle útil. La amenazaron, si revelaba los nombres de estas personas o no les devolvía el dinero, con hacerle cosas horribles. La amenaza la tomó muy en serio y guardó silencio sobre toda la situación. Sin otra esperanza para ella que dedicarse a la prostitución.

Después de toda la tragedia por la que pasó, decidió presentar una denuncia ante la policía italiana. Su tragedia era muy dolorosa. La obligaban a acostarse con muchos hombres al día para recaudar el dinero que le pedía el traficante de mujeres.

La policía intervino, la sacaron de la situación y le dieron una nueva vida. Ahora, Anna es una representante de los migrantes de África que llegan a Italia.

La generosidad de valerse del dolor propio para tender una mano a los demás.

Superarme... Superarnos

Rosalía Pizarro Ventura (pseudónimo)

Recuerdo a una niña. Recuerdo una niñez normal y feliz de batallas campales, picota, pincho y role... Y hasta ahí llegan mis recuerdos de infancia, que se esfumaron como una exhalación a los once años. Recuerdo pasar de los sueños a la pesadilla, a la incertidumbre, al miedo, a esperar no esperar nada. Una larga pesadilla de dos años que me transformó de niña a mujer de un plumazo.

Crecí siendo una niña bastante desarrollada para mi edad y no solo en lo físico. En mi mirada transparente de inocente albor, se dejaba entrever un brillo de seriedad, de incipiente y serena reflexión, de pilluela ironía también, como frutos necesarios por ser la más pequeña de una familia numerosa. Sirva esta pequeña introducción sobre mi persona para poder entender el resto del relato.

Como digo, mi desarrollo físico explotó a una edad muy temprana. Con nueve años, era más alta que el resto de mis compañeros de clase; con diez, ya era una mujercita; y con once, alguien más se fijó en unos atributos que debieron haber quedado impolutos e inexplorados hasta que yo decidiera a quién entregarlos, para ser adorados y consagrados en aras de un amor protegido por la

complicidad, la espera, la alegría, el respeto y la libertad, y bendecido por Dios.

Sucedió que, ante mí, una tarde se abrieron las puertas de un submundo, paralelo a la realidad vivida en el día a día. Se presentó alguien a quien yo profesaba un profundo cariño por ser quien era; alguien que pasó de ser como un hermano a ser un ogro; alguien que pretendió, y en parte lo consiguió, ensuciar mi pureza; alguien que abusó de mi confianza, de mi cariño y... de mi cuerpo.

No voy a entrar en muchos más detalles sobre lo que para mí se convirtió en un pequeño infierno por cerca de dos años; una pesadilla de ansiedad, temor, nervios, miedo a estar a solas, cosa que sucedió durante un período prolongado, por circunstancias familiares; y de sueños rotos. Hasta que llegó el momento de decir ¡basta!

¿Que por qué no lo hice antes? ¿Por qué esperar dos años? ¿Sentimiento de culpa, como dicen los psicólogos? No. En ningún momento tuve la más mínima inclinación a culparme de nada. Pero sí había un sentimiento de culpa por lo que venía detrás, por las posibles consecuencias que acarrearía denunciar el hecho: romper un matrimonio hasta hoy en día feliz, destruir una familia, dañar a la pareja de este ser que para mí era mucho más que un simple familiar. Durante mucho tiempo me debatí entre hacer daño o que me hicieran daño. Al famoso dicho del karma “entenderás el daño que hiciste cuando te lo hagan”, yo invertí: “No quiero y no puedo dañar a quien quiero debido a mi dolor”.

Mi oportunidad de superación surgió una tarde, como tantas otras, en un coche. Cuando al “no” y al “miedo” se unió la tras-

cidental sentencia: “¡Nunca más! ¡O paras o lo cuento todo a mi familia y a la tuya!”. Algo debió ver este ser en esa no tan incipiente, sino avezada y serena mirada reflexiva de mujer irónica y mordiente, que me liberó; o mejor, me liberé.

Siempre he creído que las vivencias que van surgiendo en el transcurso de la vida pueden hacer de ti una clase de persona u otra, según las afrontes. Por ejemplo, yo hubiera podido optar por no volver a confiar en nadie y mucho menos en los hombres; podría haberme hundido en una depresión convirtiéndome en víctima por el resto de mis días; podría haber provocado esa “pena” que en aquella época era lo que se estilaba en esta clase de situaciones.

Sin embargo, como la vida siempre te da segundas y hasta terceras oportunidades, opté por la superación de los obstáculos, de las barreras, de los miedos; por la oportunidad de conocer a otras personas, otras vivencias; por tener otras expectativas y por contemplar otros cielos. Entonces, miras el mundo con otros ojos, te haces consciente de tu fuerza interior, de que tus experiencias son la supervivencia de otros, y te abres al entendimiento y a la comprensión.

No voy a decir que todo fue fácil a partir de los trece años. Tuve mi tiempo de rebeldía aborrecible, pero me permití abrirme al amor de otro corazón, a la caricia de otras manos y al abrazo de otros brazos; a la escucha tranquila, positiva y enriquecedora de otro latir que suena al unísono con el mío, el único que conoce mis derrotas y superaciones. Y es tan fuerte esa dicha de lo superado, que te atreves a expresar un profundo acto de perdón sincero, sin

rencor, pues existe cierta relación con esta persona, que, si bien no es diaria, al menos no es rechazada.

Todo esto sucedió mucho antes de que yo tuviera algún conocimiento de Dolores Rodríguez Sopeña, de su Instituto, ni siquiera del colegio. Pero no tengo ninguna duda de que, de una forma u otra, mi camino iba dirigido a ella a través del Padre, y al Padre a través de ella. Porque, en mi fuerza interior, sé que hay un poquito de esa fuerza que guiaba a Dolores a creer en las personas, a superarnos, a ayudarlas a superarse.

Les comparto la oración que nació durante uno de los Ejercicios Espirituales, reflejo de lo que el espíritu Sopeña remueve en nuestro interior y quizás cerró para siempre una herida abierta.

*Entraste en mi casa
un poco en ruinas,
donde la falta de abrazos
amontonaba el polvo.*

*Y sin preguntar siquiera
si era el momento,
instalaste tu gracia,
tu cama y tus aperos.*

*Abriste la caja,
y con tus herramientas sencillas
empezaste el cambio,
me arreglaste el alma.*

*Con una sonrisa,
ahuyentaste miedos;
con una palabra,
cerraste llagas;
y con una caricia,
templaste un espíritu
que andaba a medias
entre barro y agua.*

*De que te amo
con todo mi corazón
y todas mis fuerzas
no cabe duda.*

*Pero no es nada
si no me convenzo
de que TÚ el primero
y mucho tiempo antes*

ERAS EL QUE ME BUSCABAS.

*Es tan fuerte la dicha de lo superado, que puedes
expresar un profundo y sincero acto de perdón.*

Mujer con 17

Yilber José Moraga Aragón

En el año de 1986, nació una niña llamada María en el departamento de Chontales, en el país de Nicaragua, una niña muy risueña, pero con un futuro lleno de duros momentos.

María fue creciendo feliz y sana, hasta que su primer momento difícil le llegó. Sus padres se separaron y la abandonaron. Su abuela la empezó a criar con mano dura y sin el sentimiento de quererla. La trataba muy mal y le pegaba mucho. La obligaba a hacer los quehaceres del hogar y siempre que hacía algo mal, por mínimo que fuera, le pegaba tanto que no era raro verle a María la marca del cinturón en alguna parte de su cuerpo.

María estudiaba, pero no la dejaba salir a jugar con otros niños. Ella siempre envidiaba la libertad que tenían los demás niños, pero, si se quejaba, la abuela terminaba pegándole con el cinturón. Pese a todo, María aprobó su primaria y fue la segunda mejor estudiante. Ahora le correspondía avanzar a la secundaria.

Sin embargo, las cosas empeorarían para María, ya que estaba creciendo y entró en su etapa rebelde, la pubertad. Fue entonces cuando comenzó a salir con sus amigos a escondidas de su

abuela, con excusas de hacer trabajos en equipo y de ir a la biblioteca. También, empezó a tener novios y se lo ocultaba a la abuela para evitar castigos y golpizas.

Todo iba bien, hasta que la abuela se enteró de todo lo que hacía María y le pegó con tanta furia que las piernas y los brazos de María empezaron a sangrar. A pesar de todo esto, ella continuó con su novio y no le hizo caso a la abuela. Lo amaba tanto que ni siquiera le importaba su bienestar.

Un día, tuvieron relaciones sexuales sin protección. María carecía de la información y consejos de una madre o un padre para temas como el de las relaciones sexuales, así que no sabía muy bien de métodos anticonceptivos y a los dieciséis años quedó embarazada. Con esto, se ganó el desprecio de su abuela, quien la echó de la casa.

María se mudó con su novio y tuvo muchísimos problemas con su familia. Sin embargo, continuó estudiando, pues su sueño era superarse y obtener su título de bachillerato. Para sorpresa de todos, sacaba buenas notas estando embarazada y aún con el bebé de ocho meses.

El bebé nació dos meses después de que María cumpliera los diecisiete años. Este es el reto más duro que cualquier “mujer” o “niña” pueda imaginar. Entonces, no tuvo otra salida que abandonar el país en busca de trabajo, para que al bebé no le hiciera falta nada.

No fue nada fácil para María, ya que su novio la abandonó y se casó con otra mujer. A María le dolió tanto la traición, que se

derrumbó en la depresión. Estaba decaída y lo único que podía mantenerla optimista era que a su hijo no le faltara nada. Por ello, luchó sola desde el principio y nunca se rindió por dura que fuera la situación.

Pasaron tres años y hasta entonces pudo María volver a su país a ver a su preciado hijo, que había crecido mucho desde la última vez que lo vio; y con razón, porque se había ido del país cuando apenas tenía dos años. Pero la felicidad le duró poco, ya que solo había ido por las vacaciones, durante treinta días, luego tenía que volver a su trabajo.

María cayó nuevamente en depresión, pues tenía que dejar a la persona más importante de su vida: su hijo. Y así fue como volvió a su trabajo en Costa Rica, donde estuvo por dos años más. Luego decidió irse aún más lejos para conseguir un trabajo mejor y más oportunidades. Todo el dinero que logró ahorrar en cinco años lo usó para viajar a España, país donde le comentaron que había muchas oportunidades. Entonces, volvió a su país a despedirse de su hijo, que no podría volver a ver, sino hasta cinco años después.

María llegó a España como ilegal y la vida le cambió por completo. Si antes tenía que luchar por trabajar y sobrevivir día a día, ahora tenía que empezar de cero de nuevo, sin trabajo y sin papeles. Estaba completamente sola, pero sus ganas de superarse y de darle un futuro mejor a su hijo era lo único que necesitaba para salir adelante.

Durante estos cinco años y con tantos problemas como tuvo María, no hubo un día en que se sintiera completa. Su fuerza era

su hijo que estaba a miles de kilómetros de lejanía. No podía tener un trabajo decente por falta de papeles y tuvo muchos jefes que la explotaron. Incluso, una vez María pensó en suicidarse, en lanzarse de un séptimo piso. Pero escuchó una voz en su cabeza que le decía: “No lo hagas, tu hijo te está esperando”. María entendió que todavía no era su momento, así que luchó y luchó contra los problemas que día a día se le presentaban.

Después de dos años más, pudo obtener su nacionalidad y no dudó en volver a su país a ver a su hijo, pero nuevamente, se le rompió el corazón después de despedirse, porque solo iba de vacaciones.

Sin embargo, después de otros tres años, pudo ahorrar el dinero suficiente para pagar un vuelo especialmente para su hijo. De esta manera, madre e hijo por fin pudieron estar juntos después de haber vivido separados durante tanto tiempo.

Cuando María se reencontró con su hijo, se dio cuenta de que había valido la pena todo lo malo que había pasado, porque ya tenía un techo y podía darle el mejor regalo a su hijo: una buena educación.

Luchó sola desde el principio y nunca se rindió por dura que fuera la situación

Desde el principio, luchar y nunca rendirse por dura que sea la situación.

El lugar donde descubrí mis talentos

Zully Patricia Bernal Villa

Un día cualquiera del año 2012 en Bogotá, Colombia, busqué un lugar para capacitarme en un proyecto que tenía con mi restaurante. Quería que fuera diferente a los demás, y había escuchado a un familiar hablar de OSCUS, antiguo nombre de la Fundación Dolores Sopeña. Era un centro de educación donde no solo capacitaban, sino que también formaban a los estudiantes en el amor a Jesús. En esos momentos, yo estaba pasando por un desierto de incertidumbres y alejamiento de Dios, por todo lo que se vive cuando no se va de la mano de Él.

Decidí que sería bueno estudiar cocina para mejorar los platos del restaurante y me levanté un día y me dije: “Hoy voy a OSCUS para mirar un curso de Cocina”. Al llegar, me llevé una gran sorpresa. Me encontré un lugar tranquilo y lleno de paz. Busqué la oficina de inscripciones para matricularme y cuando ingresé vi a muchas mujeres haciendo fila y pensé: “¡Vaya, parece que hay de todo!”. Estaba emocionada, porque iba a estudiar.

De pronto, apareció Carmencita, una de las secretarias de la Fundación, y me ofreció su ayuda. Yo, temerosa y con bastantes

expectativas, le comenté que quería estudiar cocina, pero no estaba muy segura. Carmencita, con todo su gran bagaje y experticia de acompañamiento, me dice:

—¿Tú estudiando Cocina? ¡Noooooo! Te veo cualidades para Belleza.

A lo que contesté:

—La verdad, quiero estudiar, pero no sé qué.

—Yo te veo más talento para estudiar Belleza. Deberías estudiar Belleza, que es un técnico laboral. Debes matricularte pronto, ya casi empezamos clases.

Me tomó del brazo, me contó cómo era todo, lo que tenía que hacer, lo que vería y luego me llevó a la oficina y pidió que me inscribieran en Belleza. Yo continuaba con la incertidumbre de si verdaderamente tenía talento para estudiar eso, y me fui muy asustada a casa; pero, al mismo tiempo, con la emoción de encontrar a alguien que veía en mí un talento.

Al llegar a casa, comenté que me había inscrito en un curso de Belleza.

—¿Usted va a estudiar Belleza? ¿Pero para qué? ¿No iba a estudiar Cocina por lo del restaurante? —me dijo mi esposo sorprendido.

En ese momento, me di cuenta de que debía demostrarme a mí misma que podía capacitarme y cambiar mi calidad de vida, mostrarle a mi esposo que ya lo había decidido y, por pura intuición y consejo, debería hacerlo.

Llegó el momento de pagar la matrícula para ingresar a clases, pero no tenía el dinero completo. Me angustié al ver que no podía cancelarlo, pero Dios puso en el camino a Josefina (la directora del Centro Sopeña), con la que hablé y le expuse mi caso. Ella inmediatamente me ayudó dándome más tiempo para cancelar.

Por fin, llegó el día de comenzar clases. Ingresé con mi cuadernito y mi esfero, además de una gran pregunta en mi cabeza: “¿Cómo voy a pagar los materiales?”. Y entonces vi la imagen de Dolores Sopeña y pensé: “Tú eres la fundadora, ayúdame a llevar a buen término esta decisión”. Milagrosamente y a pesar de no disponer de los recursos necesarios, siempre conseguía el dinero para concluir.

Cuando ya tenía más conocimiento, vi la oportunidad de trabajar en salones de belleza, lo que me permitió pagar mis estudios y graduarme al fin como Estilista; claro está que mi familia también me ayudó a lograrlo. Me gradué en el año 2014 como Estilista Integral, con mucho esfuerzo y lucha, y seguí trabajando en salones de belleza.

Un día, una profesora me dijo:

—Zully, tú tienes talento para enseñar.

Ella me recomendó en un centro de capacitación. Este fue mi primer logro, pues yo quería enseñar, pero me costaba trabajo creer en mí. Cuando me llamaron del Centro las Adoratrices y me confirmaron como profesora del curso, no lo podía creer. Empecé a dictar clases y mi forma de en-

señar gustó y entonces decidí presentar mi hoja de vida en la Fundación Sopeña, pues necesitaban una profesora de belleza.

Pasó el tiempo y como no me llamaron, continué capacitándome en pedagogía para adultos, en Maquillaje... En eso estaba cuando me llamó Josefina para una entrevista de trabajo en la Fundación y yo no lo podía creer. Tras pasar la entrevista, llegué a mi primer día de clase, volví a encontrarme con la imagen de Dolores Sopeña y le agradecí esta oportunidad. Mientras tanto yo continuaba emocionada, con incertidumbre de cómo me recibirían las niñas, si les gustaría la clase, si daba la talla para la capacitación. De pronto, me di cuenta de que en la Fundación creían más en mí que yo misma.

Fue pasando el tiempo y comencé a participar de la formación, asistí a los encuentros, los retiros y a conocer más a Dios por medio de las Catequistas Sopeña. Como consecuencia de esto, comprendí que una de las cosas más bonitas de capacitar era poder servir a través de las brigadas de belleza en diferentes lugares, compartiendo lo aprendido en hogares de adulto mayor, casas de niñas o niños en resocialización, llegando incluso a atender a habitantes de calle. Descubrí cómo con todo esto Dios tocaba también los corazones de mis alumnas, pues al terminar sus prácticas salían con deseos de continuar sirviendo, solicitando salidas más seguidas. Al mismo tiempo, me di cuenta de la grandeza de Dios y de la oportunidad que me dio Dolores Sopeña, a través de la Fundación, para aprender, ense-

ñar y servir. Igualmente, empecé a tener más tranquilidad espiritual, y es eso lo que hoy transmito.

Durante el confinamiento, las alumnas escribían y llamaban preguntando cuándo volveríamos a clases presenciales, porque extrañaban la institución y las capacitaciones. Valoré mucho más lo importante que había sido sembrar en ellas el servicio, pues su interés en regresar a clases también pasaba por servir a las personas a través de lo aprendido.

Esto me motiva a seguir enseñando, no solo porque aprendan un oficio, sino porque descubren que hay personas con más necesidades que nosotras, que requieren de nuestro cariño y de nuestro saber. Si nos fijamos en la vida de nuestra fundadora, vemos cómo ella enseñó que ayudar con amor y fe en Dios era la mejor opción en el mundo. Y yo me he podido dar cuenta de lo alejada que estaba de Dios y de lo mucho que he aprendido en la Fundación.

Hoy, 20 de septiembre del 2021, para mí es un día muy triste, porque Dios llamó a Carmencita al cielo, y fue ella la persona que vio mi talento. Gracias a ese momento y descubrimiento, ahora soy profesora de la Institución y estoy muy agradecida con ella y la Fundación por la oportunidad que me han brindado, ya que, en tiempos de confinamiento, nos tuvieron en cuenta, nos dieron la oportunidad de seguir trabajando, y a las niñas de seguir capacitándose. Dios, junto con nuestra fundadora Dolores Sopeña, nos ayuden a seguir adelante.

Con mi experiencia, me he dado cuenta de cómo Dios coloca a personas, instituciones y herramientas, para que seamos mejores personas; y luego nos llama a servir, ayudando de la misma manera como en su momento nos ayudaron a nosotras.

Gracias, Fundación Dolores Sopeña.

*Ayudar con amor y fe en Dios es la mejor opción
en el mundo.*

Este libro
fue impreso en
España, en Madrid,
en diciembre
de 2022.

www.sopenafundacion.org

